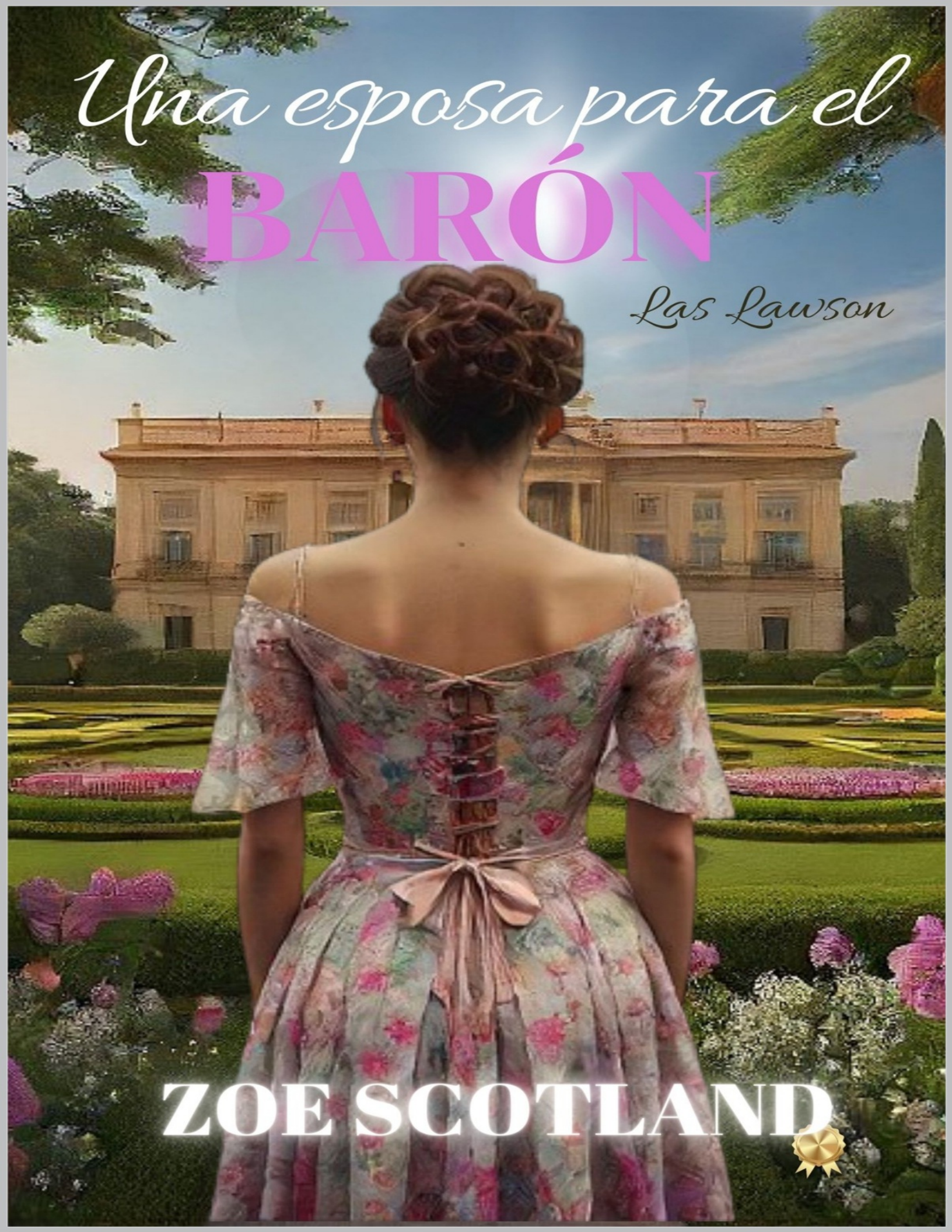




Una esposa para el **BARÓN**

Las Lawson

ZOE SCOTLAND



UNA ESPOSA PARA EL BARÓN

Las Lawson

Zoe Scotland

Copyright © Mayo 2024 Zoe Scotland

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

CONTENTS

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[About The Author](#)

[Books By This Author](#)



Prólogo

Suffolk, Inglaterra 1812

Rose Lawson



—Mi señora, me temo que ha ocurrido una terrible desgracia —pronunció Leandra al entrar en mi alcoba apresuradamente y sin llamar a la puerta. Aquella elegante puerta que separaba mi espacio con el resto de la casa.

Todo un atrevimiento por su parte. Se le veía horrorosa con semejante gesto, parecía que estaba a punto de comenzar a llorar.

—¡Que no se vuelva a repetir! —le recriminé e insistí en que hablase—, pero habla de una vez, no te quedes ahí parada como si de una estatua te tratases. Parece que has visto un fantasma, deberías de verte la cara.

—Es *lady* Flavia. Ella y su esposo... —Hizo una pausa de pocos segundos para tomar aire—, han muerto.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Vieja insensata, ¿de dónde te sacas eso?

—Acaba de llegar uno de sus arrendatarios señora, quería mostrarle sus condolencias por la pérdida, es así como me he enterado de lo ocurrido.

La sensibilidad y el tacto nunca fueron el don más destacado de mi sirvienta, y en esta ocasión lo hacía más que evidente. Leandra había llegado a la mansión seguramente el mismo día que la primera piedra que mandó traer mi difunto esposo para construir esta notable propiedad noble. Pero eso no le daba el derecho a comunicarme la nueva de manera tan desprovista de cortesía y consideración, pues era un despropósito hasta para mí...

Sentí al momento un peso inaguantable sobre mi pecho, me ahogaba, el aire que entraba en mis pulmones no bastaba para colmar mi necesidad vital. Me moría, comencé a verlo todo de color oscuro, las palabras de Leandra eran tan solo lo que escuchaba, tan solo eso, pues su imagen había desaparecido y aquello era lo único que me indicaba que no estaba sola. Mi respiración se aceleró al ver de pronto a Flavia tomando mi mano. Mi hermana estaba ahí, junto a mí, habían pasado tantos años... pero, continuaba tan bella como siempre. Me sostenía la mano, me susurraba algo al oído. No estaba muerta, todo había sido un error, pensé. Hasta que escuché lo que me pedía, eso fue lo que me hizo volver en sí tan rápido y entender que la noticia era más que verídica, porque de estar viva, jamás hubiera pronunciado aquellas palabras.

En un primer momento me asusté, después fueron mi fuerza, mi piedra de apoyo, mi consuelo, y le dieron la energía suficiente a mi avanzada edad para hacerme cargo de ellas.

Tardé en recuperarme unas horas, pero no podía perder más tiempo, pues desde que nuestros padres nos dejasen solas tras su muerte, Flavia y yo no teníamos a nadie.

Apreté fuerte los puños y hasta mordí uno de mis nudillos al recordar que ahora, me hallaba sola. Flavia también me había abandonado.

Una lágrima resbaló por mi mejilla dejando a su paso fuego sobre los surcos de mi arrugada piel. Ya no recordaba cuanto tiempo hacía que no me permitía dejar salir gotas saladas de mis ojos. Esas que dejan ver al resto lo débil que eres.

Con rabia limpié mi semblante, no había lugar para el dolor, debía marchar con premura a por ellas, no podía dejar que nadie, y digo nadie, llegase antes que yo. Esa era mi premisa.

Ordené que preparasen el carro para viajar hasta Norfolk, allí era el lugar donde mi hermana y su esposo, un humilde arrendatario loco y con pensamientos bastante desafortunados para ella, habían decidido establecer su familia.

Durante años le rogué que vivieran conmigo, pues tras la muerte de mi esposo, las paredes de la mansión se cernían sobre mí como una losa, y me recordaban lo sola que estaba. Pero al excéntrico de su marido no le agradaba vivir aquí, Chals jamás aceptó nada de mí, salvo la medicación que todos los meses mandaba para mi sobrina Emma. Porque de ser por su pobre sueldo, la pequeña nunca se habría recuperado de su enfermedad. Vivían todos allí metidos, en una casa que bien podría ser la porquera de un ganadero. Cinco personas compartiendo el limitado espacio que cualquiera de mis alcobas disponía. Pero ahora, todo estaba a punto de cambiar.

Capítulo 1

Inglaterra

Norfolk, año 1812



10 de abril

Fue poner un pie en el lugar y me invadió la tristeza de inmediato al ver en las condiciones en las que vivía mi hermana y sus hijas. Chals nunca me dio pena, pues era el culpable de que ellas no tuviesen una vida cómoda y placentera. Se vanagloriaba de repetir que el amor era lo que sustentaba a su familia, y yo en cada ocasión que lo escuchaba tenía que apretar mis labios y morder mi lengua para no responderle a sus locuras. ¿Cómo iba a mantenerse una familia con amor? Amor, eso efímero que dura tan poco como un dulce en las manos de un niño. Un dulce como aquellos de los que privó a mis sobrinas, esas que han sido alimentadas durante tantos años con leche, pan, arroz, y escasa carne.

Al llegar al lugar tuve que enfocar bien la vista para poder ver a lo lejos del camino la casucha que les daba refugio.

Atravesé los campos de trigo a pie. Campos que no eran suyos evidentemente, pero que era quien debía cultivarlos para poder pagarse aquel lugar.

O bien no había nadie en el interior de la casa o debían de estar muy ocupados para no salir a recibirme. El ruido de las ruedas del carro al llegar imaginé que habían sido suficiente aviso para alertar de mi llegada, y mis sobrinas ya tendrían edades significativas como para que nadie las retuviese en el interior para privarlas de mostrar su exquisita educación, aquella que seguro mi hermana le había dado a sus hijas.

De pronto vi a Devon salir de la casa y en aquel instante supe que existía un interés oculto sobre aquellas niñas. ¿Cómo había sido capaz de llegar antes que yo? Acababa de comenzar una batalla, una en la que yo debía salir victoriosa por el bien de mis sobrinas.

Dicen que las historias se suelen escribir por aquellas victorias logradas, pero olvidamos que en todas y cada una de esas victorias hay personas que pierden. Y yo no podía ser una de ellas.

—Buenos días, Rose —dijo cerrando sus ojos suavemente al verme aquel desalmado.

Todo un acierto por su parte dar los buenos días, siendo el motivo de nuestro encuentro la trágica muerte de mi hermana y el suyo.

—No hay nada de bueno en este día —respondí clavando mi mirada en sus ropas.

Desde que el hambre y la miseria se instalaron en la vida de mi joven hermana, Devon apareció como una sombra que iba y venía de su lado en cada una de las ocasiones que él necesitaba dinero. Y no es que ella desplegara grandes riquezas, pero la bondad era una virtud en las Lawson, y si fuera necesario dejar de comer para poder ayudar, sin duda lo haría. Ella, yo

había aprendido que antes de llenar estómagos ajenos, uno debe de ser atiborrado.

Me quedé absorta mirando sus ropas elegantes, aquello no era propio de él. La última vez que tuve la ocasión de verle vestía tan tiñoso como su hermano Chals, así es que de nuevo mis sospechas se confirmaban cada vez más, y pensé que algo peligroso comenzaba a respirarse a su alrededor.

Crucé los muros de la entrada y un fuerte olor a licor me bloqueó al momento. ¿Quién demonios había estado bebiendo tanto como para que aquel pestilente hedor estuviese impregnado en las paredes?

Coloqué mi mano sobre la nariz para intentar aminorar el olor, eché un vistazo al salón, y pude ver sobre la mesa adornada con un sucio mantel de tela cuatro copas con restos de un líquido color ambarino.

—Dios Santo, ¿has dejado que las niñas beban? —Me volví hacia él para reprenderle.

—No somos niñas, tía. Somos mujeres, y bebemos cuando y cuanto queremos.

—¡Abrid esas ventanas, ventilemos esto!

Me pareció escuchar la risa de Devon detrás de ellas, pero estaba tan absorta mirando a mis tres sobrinas enajenadas por el alcohol que nada más ocupaba mi preocupación en aquel instante.

—¿Mujeres dices? —Agarré un mechón de sus cabellos que colgaba por su frente y tapaba todo a su paso—. Deberías de mirarte en un espejo, en caso de que dispongas de uno en este cochambroso lugar. —Miré a mi alrededor horrorizada.

Parecía una pordiosera, a decir verdad las tres lo parecían. Ropas sucias, rostros sucios, cabellos enmarañados...

—Es nuestro hogar, quizá no es un palacio como el suyo, pero el amor soporta el peso de sus paredes. —Miré a la más pequeña, que era quien hablaba en ese momento.

—Idioteces de vuestro padre, siempre fue un campesino estúpido y no supo ocuparse de su familia, solo hay que veros. ¿Tú también has bebido? ¿En tu estado? Deberías de saber que tu enfermedad se agravaría de manera notable si continuas consumiendo alcohol.

Todas comenzaron a llorar desconsoladamente, podía entender que la pérdida de sus padres les encogiera el corazón, pero la vida enseñaba que en los momentos más dolorosos es cuando hay que tomar las decisiones correctas, o corres el peligro de arruinar tu vida. Así es que no sentiría pena por ellas, sería dura, un ejemplo de estoicidad.

—Ya está bien, Rose, no voy a permitir que se les hable así a mis sobrinas, y menos después de lo que ha ocurrido. Tan solo han sido unos cuantos tragos. Emma apenas probó el licor...

Miré a Devon intentando entender qué hacía él aquí, el hermano mayor de Chals, el hermano que jamás quiso relación alguna con Chals, y quizá el hermano que ahora quería ver si podía apoderarse de algo. Como un ave de rapiña, que vuela sobre los restos de animales muertos esperando comer las sobras que otro animal ha dejado. Deseando sacar tajada de la muerte de los padres de sus sobrinas. La muerte sobre la que tan poco conocía.

Callé, no porque él me lo pidiera, fue por mis sobrinas, que, aunque parecieran pordioseras en aquel momento de mi hallazgo, llevaban todas mi sangre.

Tres niñas preciosas, con el mismo color de piel que su madre, tan blanca que amenazaba con romperse, como la porcelana más delicada. Las tres con los ojos del color del mar, azules. La mayor de ellas lucía el tono más claro, los de las más pequeñas era más oscuro, como cuando el mar se embravecía. Iguales que los de su padre. Segura estaba que aquellos fueron los culpables de que mi hermana cayera en sus redes y enloqueciera igual que él.

Siempre nos educaron de la misma forma, nos aconsejaron que huyéramos de los burros o acabaríamos rebuznando, pero ella era atrevida como nadie, yo siempre fui conservadora y obediente con lo que respectaba a mi futuro.

Ojeé profundizando en la casa, paseé por los dos dormitorios, tan solo tres camas en toda la posada, debía ser una broma, tres camas para cinco personas, y ninguna de ellas lo suficientemente grande como para albergar en ella a dos cuerpos. En una esquina un pozal, lleno de agua a pesar de no estar lloviendo. Miré al techo para buscar el motivo, ahí estaba, una tubería oxidada que goteaba por una de sus juntas. Las ventanas no cerraban al completo, la madera hinchada lo impedía, y lo último que quedaba por ver en aquel lugar fue aquella trampa para ratones.

Horrorizada salí como un rayo de la habitación, también lo hice de la casa después, respiré profundamente y llené al completo mis pulmones, fue entonces cuando me di cuenta de que estaba reprimiendo mi respiración en el interior.

—¿Estás bien? —preguntó Devon acercándose demasiado a mí.

—¿Preferirías que te dijese que no? Quizá de esa forma podrías celebrar que todo esto es tuyo —respondí.

—Es eso, crees que estoy aquí por la herencia, ahora entiendo tu mirada incomprensiva, tu escrutinio repetido, tu frialdad.

—¿Vas a decirme que no estás aquí por eso?

—Estoy aquí por ellas. —Las miró, estaban las tres en la puerta de la casa escuchándonos.

—Pues ya puedes marcharte, ha llegado su tía, y me las llevo a un lugar mejor. —Señalé la casa.

Vi como mis sobrinas comenzaron a mirarse las unas a las otras, pero en ninguno de los rostros pude apreciar alegría.

—Pues te informaré que fueron ellas quien me buscaron, me hicieron llamar tan pronto como supieron la desgracia.

Me enderecé al instante de escucharle, ¿era cierto? ¿Habían mandado buscar a Devon?

—Mientes, mi hermana jamás les diría que te llamasen a ti, quizá no habría sido yo esa persona, pero estoy segura de que tú no. ¿Qué necio podría pensar eso?

Devon miró a Eliza, la mayor de todas, y vi como ella cogió aire, cerró sus preciosos ojos acompañados de sus tupidas y rizadas pestañas, y al exhalar el aire los abrió. Su mirada se había tornado oscura, sus ojos seguían siendo los más claros de todos, pero una oscuridad se apoderaba de ellos en ese instante.

—Dice la verdad, le mandé llamar yo.

—Si tu madre estuviese viva te diría que te equivocaste —aseveré duramente.

—Ella fue quien nos habló de tu forma de vida, de tu ausencia de alegría, de tu interés por el dinero, de lo desdichadas que hubiéramos sido si mis padres hubiesen aceptado tu invitación a vivir contigo.

Eso revelaba que mi hermana jamás le había mencionado a sus hijas que era yo quien pagaba los medicamentos de Emma, que era con mi dinero como ella podía seguir viviendo, con mi sucio y triste dinero.

Un nudo en mi garganta se formó en aquel espacio de tiempo, y tanto fue así que mi corazón acompañó al cielo, y cuando sobre nuestras cabezas retumbó el estruendo de un trueno, un dolor en mi pecho hizo que tuviese que echarme la mano sobre él. Después comenzó a llover, y al levantar la vista sobre mi cabeza vi un relámpago que iluminó todo el cielo. Las nubes se agolpaban tapándose la una con la otra y hasta un rayo que cayó en mitad del campo haciendo que todo ardiera rápidamente puso su aviso de que algo malo ocurriría. Me lo tomé como una señal, la señal de que aquello no estaba bien, que las niñas no iban a estar bien con él, y que yo tenía que obligarlas a que viniesen conmigo. Pero sería más tarde, porque el fuerte dolor de pecho era el culpable de que estuviera a punto de caer al suelo en ese momento.

—Rose, Rose, Rose... —Aquello fue lo último que escuché antes de perder el conocimiento.

Capítulo 3

Inglaterra

Norfolk, año 1812



12 de abril

Acababa de despertar, no me hizo falta mirar a mi alrededor para saber dónde me encontraba. La vista fija en el techo admirando todas aquellas manchas de diferentes tonos que había dejado a su paso la humedad provocada por las lluvias era un adelanto, pero además reconocería de sobra el olor que emanaba aquella casucha en medio de la nada. A la gotera de la tubería ahora se le sumaban otras dos más, que imaginé fueron las que me despertaron, pues el insistente ruido del agua golpeando musicalmente aquellas palancanas colocadas en el suelo era ensordecedor.

—Tía Rose, ¿cómo te encuentras? —preguntó Eliza.

No me había dado cuenta de que estaba allí, las goteras de la habitación se llevaron todo el protagonismo.

—Estoy bien —dije mientras me incorporaba en la cama para salir de la casa.

—El médico ha dicho que tienes que descansar, que no deberías viajar hasta pasados unos días.

¿Médico, qué estaba diciendo? Si solo habían pasado unas horas. ¿O tal vez no?

—No digas necedades niña, estoy perfecta, anda ayúdame a calzarme.

Al retirar las mantas que me cubrían el cuerpo me sorprendí al ver mis ropas, unas que no eran mías a decir verdad. Me avergoncé al pensar en que habían tenido que cuidar de mí de aquella manera, me habían lavado, vestido...

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté nerviosa.

—Mmm... pues algunos días —dijo ella mirando al suelo.

—Niña, dime cuantos. —Aseveré.

—Dos. Sufriste un desmayo, después comenzó la fiebre, decías cosas, hablabas sin sentido...

Tantos días fuera de mi hogar y nadie había ido a buscarme, pero claro, quien me iba a buscar a mí, ¿mi sirvienta, mi ama de llaves, mi cochero? No, el señor Trevor me había llevado hasta Norfolk...

—¿Dónde está Trevor? —pregunté por él.

—El tío Devon le mandó marchar, aquí no había sitio para él, no había tampoco para ti pero él insistió en que necesitabas una cama más que cualquiera de nosotras.

—Ayúdame, dame mis ropas, necesito quitarme estos viejos harapos.

—Cuida tus palabras, no te permito que hables así de las ropas de mi madre, y si hubiese imaginado que dirías eso de ellas, jamás te las hubiese prestado, ahora me arrepiento de habértelas puesto. No las mereces —dijo enfadada.

—Hablas mucho, haz llamar a tu tío el buen samaritano. —Cerré los ojos ignorándola.

Eliza salió de la habitación con los brazos pegados a su cuerpo, andaba rígida y con los puños apretados, aquello sería lo primero que deberíamos de corregir, no eran posturas elegantes para una dama.

La puerta sonó, unos nudillos la golpearon duramente para darme aviso de que en breve se abriría, y así ocurrió. Devon la atravesó con fuertes zancadas y dando dos de ellas se posicionó a los pies de la cama donde yo aún descansaba. Su gesto era serio, levantó una ceja y torció la boca, también tenía sus puños apretados. Ya sabía de donde había sacado el ejemplo Eliza.

—No debiste dejarme aquí, debiste ordenar que me llevasen a mi hogar, ahora haz llamar a mi cochero para que venga a por nosotras.

Pronuncié aquello con un tono de voz autoritario. Él se carcajeó al escucharme y la postura que tomó no me gustó en absoluto, se cruzó de brazos.

—Ellas se quedan —dijo después de reír.

—Ni lo pienses, son las hijas de mi hermana, vienen conmigo.

—Dejemos que ellas elijan donde desean vivir, si aquí conmigo o allí contigo.

—Debes de estar loco si crees que voy a aceptar que unas niñas sin educación ni futuro alguno elijan sobre ese tema.

—¿Y las dejarías elegir sobre algo? —formuló la pregunta y sonrió.

Yo iba a responderle rápido afirmativamente, pero no lo hice porque sería mentira, ¿cómo iba a dejarlas escoger su futuro? No, no lo haría.

—No. —Sonó fuerte y rotundo.

—Pues dudo que quieran marcharse contigo, así es que tú puedes irte ya, tu cochero ya está aquí, le mandé llamar en la mañana.

—No sé qué es lo que pretendes hacer con estas niñas, estoy segura de que tus planes no son buenos para ellas.

—No es de tu incumbencia —dijo eso y pretendió salir de la habitación sin más.

—Te pagaré más dinero por ellas del que puedas ganar prostituyéndolas en sus mejores años —le dije en susurros para evitar que ellas me escucharan.

Él detuvo el paso, se quedó detenido mirando hacia la puerta, y yo pude ver su rostro reflejado en un espejo situado en la pared de su derecha. Sonreía, sonreía tanto que me dio miedo. Era eso lo que él pretendía con aquellas niñas, venderlas, prostituirlas, sacar dinero por ellas. Estaba claro, Devon no era un buen hombre, era mezquino, vil, egoísta, y nunca había tenido ningún interés por las mujeres si no era para satisfacer su libertinaje.

—¿De cuánto dinero hablas? —preguntó él, y yo pude ver como sus ojos se entrecerraban.

—Te daré tanto dinero como para que desaparezcas de sus vidas para siempre, podrás vivir cómodamente durante toda tu vida, y hasta puedes quedarte con todo esto —le dije y me levanté de la cama.

—Igualmente no creo que pudiese ocuparme de ellas, yo viajo mucho, ellas deberían de estar contigo, pero el dinero me vendrá bien, puedo comprar tierras y arrendarlas —respondió mientras abría la puerta para marcharse.

—Eso pensaba...

Comencé a cambiarme de ropa de forma rápida, no quería permanecer más tiempo del necesario en aquel lugar, me recordaba a las pésimas condiciones en las que mi hermana había vivido durante parte de su vida.

Salí al salón, porque aquel lugar de llamarse de alguna manera, ese sería su nombre, aunque hubiese una cocina, un butacón, tres sillas, una cama, y una mesa en la misma estancia. Devon se despedía de ellas. Sí que había sido veloz en aceptar el trato, incluso sin saber todavía de la cantidad de dinero que estaba dispuesta a regalarle. Pero él sabía de sobra que haría cualquier cosa por protegerlas de él, lo que no terminaba de entender era por qué mi hermana no mantuvo alejado de sus hijas a un hombre tan mezquino como lo era Devon Stirlinton.

—No puedes obligarnos a ir contigo, nuestros padres no nos dejaron a tu cargo.

Eso ellas todavía no lo sabían, no habíamos acudido a la lectura de la herencia, así es que imaginé que Devon ya había comenzado a hacer su particular camino con ellas.

Le miré esperando que fuera él quien les dijera que tenían que venirse conmigo, así es que guardé silencio para que hablase.

—No importa lo que diga ese papel, vuestra tía se hará cargo de vosotras, estaréis mejor que conmigo, yo debo de viajar muy a menudo, y Emma es demasiado pequeña para vivir así. Es lo mejor para todos.

Lo dijo, sí, omitió que me había vendido a mis propias sobrinas y yo casi que lo agradecí, porque igual de culpable era él de vender como yo de comprarlas, aunque fuese por el bien de todas ellas.

—Mi madre no quería eso —Miró a sus otras dos hermanas—, y si ella negó a sus hijas a su propia hermana tendría un motivo.

Eliza era demasiado guerrera, conocía ese temperamento, iba a costar de domar, pero yo sabía cómo había que hacerlo, pues ella emanaba a raudales mi personalidad.

—Podéis recoger vuestras cosas, nos vamos ahora mismo. Solo lo necesario, no os preocupéis por vuestras ropas, al llegar podréis comprar todo lo que deseéis. —Sonreí al decirlo y Eliza me miró desafiante.

Devon se largó sin despedirse de forma cariñosa de ninguna de sus sobrinas, pero ellas también habían sido educadas de similar modo, así es que no se entristecieron al ver como el carruaje de su tío se alejaba por el camino.

—Os esperaré fuera, cuando estéis listas avisad a Trevor para que os ayude con el equipaje.

Me miraron confusas al terminar de hablarles, y entendí que no había objeto alguno en

aquella casa para guardar nada.

—¿Tenéis cofres, baúl, algo donde meter vuestras cosas? —pregunté.

—No tenemos cosas materiales que llevar, nuestra vida es humilde, tan solo una muda cada una que lavamos cuando está sucia y cuando seca hacemos lo propio con la que cubre nuestro cuerpo. Mi padre nos enseñó que llegamos al mundo sin pertenencias, y que tan solo lo necesario debemos de llevar con nosotros durante el viaje de la vida.

Eliza me estremeció con aquellas estúpidas palabras, era como escuchar a su padre, aquel loco hombre que engatusó a mi hermana, le hizo tres hijas y la esclavizó a una vida miserable.

—Está bien, pues vayámonos pues, no hay motivo para quedarnos más tiempo aquí.

Suffolk

12 de mayo de 1812

Eliza Lawson

Una esposa para el barón, esas fueron sus palabras mientras hablaba con su sirvienta. Y la elegida para sir Rupert era yo, la mayor de sus sobrinas. Aquellas palabras me sorprendieron. Tantos esfuerzos en educarnos no eran en vano, ella agradaría a cada uno de los hombres con los que se reunía casi a diario. Uno tras otro desfilaban por la mansión, y no era en ella en quien estaban interesados, qué estúpida fui al creer eso, ¿por qué iban a desposarse con una mujer que ya de poco podría servirles, si podían hacerlo con una joven que pudiese darles herederos?



Capítulo 4

Inglaterra

Verano de 1815

Eliza Lawson



Tres meses para el enlace.

No podía creer que mi tía pudiese hacerme esto, obligarme a desposarme con un señor que me triplica la edad casi, que huele todo el día a tabaco de mascar, y que se hurga la nariz a cada poco. Si hubiese conocido cuales eran sus sucias intenciones después de que fuéramos educadas a su imagen y semejanza jamás lo habría aceptado. Habría continuado subiéndome a árboles y sentándome sobre el tejado para leer las novelas que tanto me gustan. Ahora me siento como una simple marioneta, la cual va a ser manejada a su interés, y sin importar cual es mi deseo.

Yo sí creo en el amor, esa fuerza, ese magnetismo, esa unión mágica entre dos personas destinadas a estar la una con la otra durante toda la vida. Sin importar el dinero, el título que

ostente o lo noble que pueda ser, tan solo interesados el uno en el otro y nada más.

—Deja el maldito libro, solo hace que llenarte la cabeza de ilusiones que son falsas, nada de lo que hay en esas páginas es verdad, son solo cuentos para soñar despierta, y debería de estarles prohibido leer ese tipo de libros a jovencitas en edades casaderas.

Mi tía pretendía que cosiera durante toda la tarde, que paseara con mi prometido durante largas horas de la mañana, y que descansara más de diez horas para que mi piel siempre estuviese reluciente. No comprendía que la costura me aburría en exceso, que los paseos con lord Rupert eran tediosos como nada más en todo el mundo, y que a mi cansancio le bastaban siete horas para reponerse.

—La detesto, desde que apareció aquel día en nuestra casa lo único que he hecho ha sido odiarla con todas mis fuerzas. No tiene bastante con arrojarme a los brazos de un sucio, gordo y viejo hombre, que también quiere que no tenga opinión propia de nada, para usted la mujer debe de obedecer siempre y por encima de todo, y debo decirle que en mi hogar eso no era lo que sucedía.

—¡Qué desfachatez! Creía que vuestro padre tenía un poco de poder, pero al parecer ni en su propia casa disponía. —Se carcajeó.

—No voy a consentir que hables de mi padre de esa forma, pide perdón ahora mismo o jamás me casaré con el barón. —Me crucé de brazos en plena rebeldía.

—Tú serás la que pierdas la oportunidad de llevar una vida llena de comodidades, y no seas tan exigente, con suerte ese hombre vivirá pocos años, después todo lo suyo será tuyo.

—Eso es lo que tú hiciste, veo que la historia se repite, o al menos es tu intención —le dije para herirla, pero lejos de conseguirlo afirmó con la cabeza dando por válidas mis palabras.

—Ahora que ya te has relajado, baja a pasear con tu prometido, te lleva esperando demasiado tiempo, otro ya se habría cansado de hacerlo, lord Rupert es un hombre paciente. No existen muchos con tal virtud.

Como si aquello fuera encomiable, es paciente dice, como no iba a serlo, ¿quién demonios querría casarse con un hombre así? Claro que tenía que ser paciente, es más, debería de besar por el suelo que yo piso, debería de regalarme palabras de cortesía a cada momento que estuviese conmigo, pero no, de lo único que él hablaba a todas horas era del heredero que iba a darle nada más casarnos. Lejos de sentirme cómoda a su lado, de disfrutar de su larga compañía, larga porque se me hacía eterno estar junto a él, me provocaba náuseas su olor, ese pestilente aliento a tabaco y regaliz, ese aroma a rancio, ese tufo que desprendían sus ropas almidonadas. La saliva condensada que se le formaba en mitad del labio inferior, los pelos largos de sus cejas que me recordaban a los bigotes de un gato, o la cera que en ocasiones había visto salir de su oído y caer sobre su hombro, era agonizante permanecer a su lado sin que una arcada contrajera tu estómago.



Capítulo 5

Inglaterra

Verano del año 1815



Dos meses para el enlace.

A tía Rose no le iba a resultar fácil separarme de mis hermanas, no solo por Emma, Jane también era una niña, ninguna de las dos estaba acostumbrada a tomar decisiones, antes papá y mamá las tomaban por las tres, y ahora la tía Rose las toma por ellas. Que si el color de los vestidos, que si recogidos bajos o trenzas, paseo a pie o en carro, ahora no se come que es la hora del té, todas aquellas decisiones tomadas por ella hacían que mis dos hermanas fueran simples muñecas que vestía y desvestía a su antojo. Estaba claro lo que ella pretendía, casarnos a todas para que nos marchásemos de su casa, al parecer le molestábamos. Debió de pensarlo antes de

decidir traernos aquí.

Una cosa tenía clara, la vida que yo tenía junto a mis padres, esa vida que conocía y disfrutaba se había esfumado. No lo hizo al morir ellos, no, desapareció en el momento en que pusimos un pie sobre aquel carro.

Acepté el matrimonio con lord Rupert Ashford, pero en mi mente jamás entraron esos vástagos con los que él soñaba. Y cuando me enteré de que lo que más deseaba en su vida era tener un hijo para que heredase su fortuna y su título de noble, entonces fue que en mi mente tramé un plan. Nunca le daría ese hijo con el que él contaba, de esa manera me repudiaría, me dejaría abandonada en algún lugar, así sería libre, así podría encontrar el amor de mi vida, vivir mi historia de la manera en la que mis padres la habían vivido.

—¿En qué piensas mi bella Eliza? —me preguntó sacándome de mi ensoñamiento mientras no dejaba de escupir saliva que se acumulaba a cada lado de su boca.

—En la boda. —No mentía, pensaba en el día que estaba por llegar, en como disimularía la tristeza de aquel día frente a todos los invitados.

—Me enorgullece que estés tan impaciente como yo por que llegue el día.

Solo un simple movimiento de cabeza, nada más, eso fue lo único que hice, y al parecer le di fuerzas para que dijera aquello otro.

—Tienes razón, mi pequeña, debemos adelantar la boda, iré a hablar con tu tía ahora mismo.

—No se preocupe *milord*, puedo aguantar las ganas, la paciencia fue aquella virtud que adquirí al llegar aquí y de la que más orgullosa me siento. —Le cogí por las manos.

La rugosidad de su piel me recordó su edad, bajé el rostro para mirarla y vi todas aquellas manchas sobre el dorso de sus manos. Se acercó mucho a mí para darme un beso, y cuando vi toda esa saliva acumulada en el centro de su labio inferior, me dio una arcada que no conseguí reprimir, lo que sí que hice fue girar mi cabeza un poco para vomitar en el jardín y no sobre él.

—Disculpe, *milord*. —Me avergoncé de verdad.

—¿Estás enferma? —me preguntó alterado.

Agradecí que su inteligencia fuera escasa y no pensara en que mi angustia la había provocado él.

Asentí mientras me limpiaba la boca con un pañuelo, más tarde me excusaría con la ingesta de algún alimento en mal estado. Mientras tanto Rupert limpiaba la falda de mi vestido con su pañuelo, y sin entenderlo bien del todo, pues aquel trozo de tela no había sido salpicado, pero él insistía en limpiar la parte trasera de mi falda, justo a la altura de mis posaderas. Todo un descaro.

Me enderecé y con gran interés lo miré furiosa, él se sintió observado, esa era mi intención.

—¿Qué cree que está haciendo? Debe de pensar que como es un hombre poderoso puede hacer lo que guste, ¿es eso? —le pregunté.

Su rostro se tornó del color de una cesta de fresas, y después endureció su gesto y me golpeó la mejilla con la palma de su mano.

—¿Está llamándome grosero?

—Me estaba tocando sin mi permiso —le respondí colocándome la mano sobre la mejilla ardiente.

—Es usted una deslenguada, no crea que me asusta que se invente eso sobre mí, nadie la va a creer.

Salí corriendo hasta donde se encontraba mi tía. Crucé los jardines de la mansión, y cuando por fin di con ella, me detuve para coger aire, apoyé mis manos sobre mis rodillas para descansar, y jadeé.

—Jovencita, guarda tu postura, pareces una cualquiera, levanta la barbilla, estira tu espalda, ¿deseas un poco de agua? —me dijo.

—Rupert es un cretino —conseguí decirle.

—Eso ya lo he escuchado otras veces Eliza, no vas a decirme ahora que no te casarás con él, a estas alturas todo está preparado.

—Ha paseado su mano haciendo como que me limpiaba la falda por la parte de mi trasero —le dije gritando.

—No vas a poner el grito en el cielo por un poco de cariño, además en pocos días será tu esposo. No entiendo tanto revuelo por eso.

Mi tía le restaba importancia a todo lo que nos hicieran. Otra vez más dejaba entre ver que deseaba deshacerse de mí lo más rápido posible.

—Está bien, pues adelante la boda, deseamos que la celebración sea cuanto antes. Si es lo que desea lo tendrá de inmediato.

Emma que paseaba por allí mientras recogía flores para el centro de mesa me escuchó decir aquello y salió corriendo.

Al poco llegó el que iba a ser mi esposo, parecía que había corrido hasta llegar al lugar, no por lo rápido que se presentó, pero sí por todo el sudor que se acumulaba en su cuello.

—Lord Rupert, mi enhorabuena por conseguir que mi sobrina haya perdido la cabeza por usted, no sé cómo es que lo ha hecho, desconozco sus dotes de cortejo, pero para querer cambiar la fecha del enlace ha debido de ser usted un buen pretendiente. —Mi tía estaba acostumbrada a halagar a personas influyentes, se notaba, y logró con sus palabras lo que pretendía.

—Si su sobrina me da un hijo al poco tiempo entonces sí que habré alcanzado mi cometido.

De nuevo mi estómago comenzó a bailar, porque imágenes de Rupert desnudo se me agolpaban en la cabeza. Ahora tan solo eran fruto de mi imaginación, pero en pocos días pasaría a ser la realidad, tendría que soportar que me tocara, que besara mi piel, mi boca.

Vomitó, no pude retenerlo, salió todo lo que quedaba en mi interior.

—No me estará engañando, ¿verdad, querida Rose?—Escuché como le preguntaba Rupert a mi tía al verme de nuevo vomitar en su presencia.

—Le tengo en gran estima, no me ofenda con esas palabras. Eliza está sana, le habrá sentado algo mal.

Por supuesto que me había sentado algo mal, él era el que me provocaba aquellas náuseas, y o descubría como detenerlas cuando se me acercase la próxima vez, o iba a tener un serio problema con esa boda.



Capítulo 6

Inglaterra

Fin del verano del año 1815



Una semana para el enlace.

—No puedes dejarnos solas con ella, es malvada, no hay cariño detrás de su mirada, no nos quiere, solo pretende educarnos para poder orquestar matrimonios ventajosos para ella a nuestra costa. Y que a nadie se le pase por su cabeza que yo aceptaré casarme con un hombre como el barón. ¿Lo has visto bien? Debes de estar loca tomando esa decisión. —Emma me zarandeaba por los hombros mientras sus duras palabras me hacían ver de nuevo la gravedad de todo.

Aquello no terminaría conmigo, no, continuaba con mis dos hermanas.

—No es para tanto, Emma tú estarás a salvo, escúchame, cuando pase algún tiempo regresaré a por ti. —Cogí las suaves y pequeñas manos de mi hermana para apretarlas junto a las mías.

Ella no lo sabía, no podía contarles nada todavía, pero mi plan iba a funcionar y en poco tiempo conseguiría robarle al barón dinero suficiente para poder empezar una vida nueva lejos de Inglaterra junto a mis hermanas. Solo tenía que ser paciente.

—¿Me lo prometes? Promete que no te olvidarás de nosotras cuando conozcas las riquezas que el barón puede darte.

Me estremecí al escuchar aquellas palabras cargadas de verdad. Las mismas con las que nuestra madre nos contó el motivo por el cual se separó de su hermana.

—No soy como ella, Rose es fría, calculadora, egoísta, nunca ha amado a nadie, y yo sí, os amo a vosotras.

Abracé fuertemente el cuerpo delgado de Emma antes de que apareciera por el final del pasillo nuestra tía, y al verla me separé con urgencia.

—¿De nuevo esos gestos? Ya no sé en cuantas ocasiones debo de repetir que están prohibidas las caricias, los besos, los abrazos, cualquier roce que implique debilidad en el corazón de una Lawson. No es tan difícil de recordar, la próxima vez que ocurra tal acción, tendrá castigo.

Aquello era lo más duro de todo, no poder demostrarnos el amor que sentíamos, se nos hacía imposible.

La suerte estaba de mi lado aquella semana, pues se decía entre la sociedad que ver demasiado a la futura esposa durante la última semana de su noviazgo era signo de debilidad para el hombre, entonces sir Rupert decidió abandonar Londres y ocuparse de sus negocios en Gran Bretaña, de aquella manera podría estar alejado de mí sin hacer grandes esfuerzos para él. Pero como todo lo bueno, se termina. En mi caso se acabó cuando nuestros padres decidieron embarcarse en aquel navío que según ellos les llevaría hasta tierras ricas donde probar más suerte. ¿Estaban buscando quizá la misma suerte de la que se quejaban que había ennegrecido el corazón de tía Rose? No lo sé, y ciertamente jamás lo sabré, de lo que sí podemos estar seguras mis hermanas y yo es que al morir nuestros padres nuestro futuro se vio marcado como ganado. Vendidas, esclavizadas sin poder de decisión. Maldigo el día que aquel barco naufragó debido a los fuertes vientos de aquella tempestad.

—Eliza, promete que vendrás a vernos a diario —Emma me lo pedía a cada poco. Y de nuevo lo hizo mientras me ayudaba con aquel precioso vestido que adornaba mi cuerpo, y que tía Rose me pedía que me enfundase cada día. Ella debía asegurarse de que al llegar la fecha señalada todo encajaba a la perfección, incluso mi cuerpo dentro de aquella prenda.

—Venga desata ya los lazos, necesito salir de aquí para recuperar la libertad que me roba este vestido.

—No me has respondido aún. —Vi como Emma cruzaba sus brazos esperando mi respuesta.

—Ya te lo dije ayer mismo, vendré todo lo que me deje mi esposo.

Odiaba tener que verbalizar que haría cuanto mi futuro esposo me dejase hacer, pero había aceptado todo lo que Rose me pidió a cambio de tener un trato especial con Emma, y aunque aquello no quisiera decir que estaba libre de un matrimonio concertado, confiaba en que la elección del suyo sería un poco más ventajoso para ella que el que iba a ser el mío para mí.

—Dilo, prométemelo —gritó—. No desataré el lazo hasta que te escuche.

—Que sí, claro que sí. Ojalá el barón acepte mi petición. —Escondí la cabeza entre mis hombros.

—¿De qué hablas? —Me dio la vuelta para enfrentarme.

—Voy a pedirle que podáis vivir en nuestro hogar, si él desea que yo le dé un heredero, él tendrá que aceptar mi petición.

—Eso nunca sucederá, tía Rose tiene nuestra tutela, ella no accederá a tal cosa.

—El barón es un hombre con recursos, no será ese un problema para él.

Emma me abrazó con tanta fuerza que cortó mi respiración, y por una vez agradecí que la tía Rose apareciera y ella cesara en su abrazo al instante de percibirla.

—Casi me matas —le dije al recuperar el aliento.

Unas fuertes palmadas fueron las que me alertaron.

—Ya ha llegado, el barón ya está en la ciudad, los preparativos están casi listos, y tú Eliza, estás preciosa con ese vestido. Cuando te vea quedará embelesado con tu belleza, no puedo imaginar lo que dirán los invitados, vas a estar en boca de todos durante mucho tiempo.

Eso era lo que a ella le importaba sin duda, que toda la alta sociedad de Londres hablaran de ella, del gran matrimonio que había logrado organizar para su sobrina, para su pobre y desdichada sobrina huérfana de padre y madre.

—Me dijo que no regresaría hasta el día de la celebración, ¿cómo puede ser que haya adelantado su viaje? —le pregunté inquieta, mis manos apretaban la tela del vestido arrugándola visiblemente.

—No deseaba hacerte esperar, y pensó que merecía la pena llegar dos días antes y no arriesgar al retraso. —Rose sostenía sus anteojos con dos dedos mientras miraba con detalle mi fina piel de cerca—. No estás durmiendo todas las horas que te he ordenado.

Como si dormir fuese una elección.

—Sí, querida tía, todas y cada una de ellas, deseo estar radiante para mi futuro esposo. Deben ser los nervios que resecan mi piel.

¿Qué más daba si lucía esplendida o no? Él era un vejestorio, seguro que me agradecía aparentar unos cuantos años más para que no se hiciera la diferencia de edad tan evidente.

La sirvienta de la tía Rose entró en la alcoba a la carrera, tropezándose a cada paso que daba con todos los muebles que descansaban en la estancia. Armando un revuelo que permaneció en el aire durante varios segundos.

—Por Dios, Leandra, un poco de delicadeza, parece usted recién salida de la selva —le dijo tía Rose sujetando un jarrón de cerámica que se tambaleaba y estuvo casi a punto de caer al suelo y romperse.

Siempre me reía de sus comparaciones, y en aquel momento también lo hice, y Leandra al verme sonrió.

—Ya han llegado, están aquí. —dijo tartamudeando en casi todas las palabras pronunciadas.

No sabía a quien se refería, pero debía ser alguien importante.

—No sé por qué te doy trabajo, no me sirves para nada. Debiste marcharte tú en el lugar de Bernarda.

Leandra abrió mucho los ojos al escuchar eso. ¿Qué clase de ser humano le deseaba la muerte a otro? Bernarda fue otra de las sirvientas que habitaban en la casa cuando Rose se casó con el duque de Sealand. Era la persona de confianza que el duque tenía en su hogar junto con Leandra, que lejos de depositar tal amistad con un hombre, lo hizo con ellas. Todavía un gran cuadro cuelga de la pared del despacho del duque, la imagen de Bernarda. Algo bien extraño que una persona del servicio ocupase un hueco en una de las paredes de la mansión dejando estos para los antepasados o herederos. Bernarda murió semanas antes de que lo hiciera el duque, y una de sus condiciones para que tía Rose continuase en su mansión siendo que no le había engendrado heredero alguno, fue que jamás se descolgaría el retrato de Bernarda de aquel lugar, y a todo el que viviera entre aquellas paredes se le informase bien de quien se trataba. Por eso es que nosotras sabemos quién era Bernarda.

—Mi señora, ella falleció —se le escapó como un suspiro.

—Fuera de mi vista.

—¿Quién es tan importante, tía? —pregunté.

No respondió, posó su mirada sobre el reflejo del espejo y retocó su peinado.

—¿Quién es la visita? —volví a preguntar y después añadí un carraspeo.

—Nadie que te interese demasiado —respondió con frialdad.

Salió de allí a paso acelerado, tanto que se chocó con el mismo mueble que su sirvienta minutos antes. Reí a escondidas mientras ella se marchaba.

Terminé de quitarme el vestido de novia y me puse la ropa más cómoda que llevaba antes. Suspiré al pensar que podría casarme con un hombre al que quisiera de verdad, pero la dulce voz angelical de Emma me devolvió a la realidad y me recordó porqué era que lo hacía.

—Te ves tan bonita, ojalá que al barón le dé un infarto al verte y caiga fulminado en el acto.

—No digas eso —me enserié con ella—, deja al menos que se haya convertido en mi esposo.

Emma se rio de forma inmediata al escucharme decir aquello.

—Hazme un favor pequeña —le dije dándole un golpecito con mi índice sobre su respingona nariz—. Recoge todo esto, yo tengo que bajar para ver quien ha llegado y es tan importante para tía Rose.

Emma afirmó sonriente y yo besando su cabeza salí de allí como alma que llevaba el diablo, no quería perderme a aquellos invitados.

Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al *hall*, donde todos charlaban animadamente.

Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.

—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.

—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de una mujer que suavemente levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado. Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.

—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.

Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.

De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca. Era un hombre aparentemente fuerte, recio, robusto, tenía una figura esbelta, aquel traje color marrón lo defendía como a nadie le había visto hacerlo. Su piel bronceada dejaba ver que el sol había hecho mella en ella, lucía unos cabellos oscuros y rizados, cortos pero no en exceso. Y cuando este levantó su mirada del suelo y me miró, mi corazón dio un brinco en mi pecho y mi garganta subió y bajó como si hubiese visto un fantasma. Su rostro era perfecto, un hombre de labios carnosos y jugosos que los hacían apetitosos. Su mirada de color azulada estaba llena de curiosidad, y la fina y suave peca que le acompañaba junto al pómulos lo hacían más que apetecible. Había algo en aquellos ojos. La mirada que me dispensó evocaba la sensación de lo conocido, tan cercana que no pude apartar mi vista de aquel rostro.

Mi tía debió de darse cuenta de mis deseos y dio por finalizado aquel encuentro sin ni tan siquiera hacer las presentaciones educadas.



Capítulo 7

Inglaterra

Septiembre del año 1815



—Rápido, no podemos hacerle esperar, está impaciente. —Tía Rose hablaba tan deprisa que me costaba entenderla.

—¿Pero no decía usted que era una suerte que fuese un hombre paciente? —Me burlaba de ella.

Si igualmente iba a terminar casada con él, al menos me divertiría todo y cuanto pudiese.

Un fuerte tirón desde atrás apretando mi cintura me hizo arrojar todo y cuanto se hallaba dentro de mi vientre.

—Insensata, has estado a punto de ensuciarlo todo, imagina casarte con un vestido repleto de restos de comida masticada.

—No aprete tanto mi cintura o mis tripas serán lo que salga por mi boca la próxima vez.

Se colocó detrás de nuevo y agarrando las cuerdas del corsé que ya me apretaba demasiado volvió a estirar con fuerza de cada extremo, produciéndome de nuevo otra bocanada de comida ya digerida. Pude sujetar el vuelo de la falda para no mancharla, y salir airosa de nuevo.

—Ya está bien, todos esperan, terminad de una vez, y tía, afloja un poco la cintura o juro que me desmayaré antes de pronunciar el sí quiero.

Dos minutos tardaron en arreglarme, y estábamos descendiendo por la gran escalinata de mármol cuando aquel rostro ya conocido volvió a cruzarse en mi camino, pero en esta ocasión su mirada fue fría como una barra de acero. Tan solo unos segundos bastaron para notar su odio hacia mi persona, y aún no había podido descubrir de quien se trataba.

—¿Quién es él? —le pregunté a mi tía mientras descendíamos.

—Nadie, no es nadie, es un simple familiar del barón, pero ahora no parece que se tienen en gran estima. En el pasado fue diferente...

—¿Y si no se aprecian, qué hace aquí como invitado? —Entrecerré los ojos desconfiando.

—Hay que guardar las apariencias, ¿eso tampoco te lo enseñaron tus padres? Qué lástima de tiempo malgastado.

—No vuelvas a pronunciarlos, te prohíbo que hables de ellos, ni para bien ni para mal. ¡Promételo! —Me detuve y le exigí.

—No pienso prometer nada. Muévete.

—No daré ni un paso más hasta que no escuche salir de tu boca que jamás volverás a hablar de ellos.

Se carcajeó y tiró de mí obligándome a caminar.

—Ni una vez más o juro que cuando el sacerdote me pregunte diré que no, no me casaré con el barón. Usted elije. Seguro que estará en boca de todos durante mucho tiempo.

Se quedó pensativa, pero por poco tiempo, porque ella sabía cómo yo que no podía orquestar un matrimonio y después dejar que ocurriera aquello con lo que la amenazaba.

—Bien, lo prometo, pero camina rápido, te espera desde hace mucho tiempo, y la paciencia no es infinita.

De nuevo estiró de mi brazo y yo en esta ocasión caminé.



Capítulo 8

Inglaterra

¿Septiembre del año 1815



—Estimados presentes, nos congregamos hoy ante la presencia de Dios Todopoderoso para solemnizar la unión de estos dos corazones fieles. El sagrado vínculo del matrimonio, instituido por el Creador en los albores del tiempo, es un acto de devoción que debe ser abordado con la más alta consideración y reverencia por quienes lo emprenden.

—Padre, ¿no podría usted ir un poco más rápido? —dijo Rupert a la vez que le tomaba la mano al sacerdote y disimuladamente le escondía monedas en el interior de esta.

En otra ocasión me hubiera sorprendido de tal acción, pero ver aquello fue de lo más normal, pues estaba acostumbrada ya a las falsas apariencias, a los matrimonios dispuestos de

falta de amor y a las mentiras de una sociedad a la que no pertenecía a pesar de que ella quisiera engullirme.

El sacerdote hizo lo oportuno, pasó varias páginas de la Biblia a toda prisa, miró nervioso a todo el público que nos acompañaba y prosiguió.

—En el temor de Dios y ante vosotros, lord Rupert Ashford, Barón de Kent, ¿aceptáis a *lady* Eliza Lawson como vuestra legítima esposa, prometiendo amarla, consolarla, honrarla y cuidarla en la salud y en la enfermedad, y renunciar a todas las demás, manteniendo vuestra fidelidad mientras ambos viváis?

Cuando escuché aquello de amarla y renunciar a todas las demás se me formó un nudo de al menos ocho cabos en la garganta, porque al oírlo salir de la boca ajena sonaba aún peor de lo que imaginaba. Y suerte tuvo Rupert de que ya había vaciado el interior de mi estómago, de no ser así hubiese vomitado allí mismo.

Llegó mi momento, ahora debía ser yo quien respondiera a la pregunta.

Terminó de mover los labios, y de forma automática giré mi rostro hacia donde estaban mis dos hermanas.

Emma lloraba desconsolada, y Jane acariciaba su mano. Al verme sonrió y me guiñó un ojo, entendí que ella sabía que todo lo hacía de manera obligada. Respiré, volví mi rostro hacia Rupert, el que sonreía más que nunca. Tomé aire hasta llenar mis pulmones y respondí mirándole a los ojos, aquellos dos cristalinos que apenas se podían ver, pues cada día los mofletes del barón parecían tapar más sus ojos.

—Acepto.

Cuando el sacerdote pronunció eso de que podía besar a la novia, cerré los ojos, y al notal sus húmedos labios sobre mi mejilla agradecí ínfimamente a Dios que me ahorrara ese momento.

Disfruté de la compañía de mis hermanas durante toda la cena, debo decir que Rupert estuvo muy acertado al dejar que ellas se sentasen junto a mí. Todo un detalle, aunque eso no me borraba de la memoria que la noche de bodas estaba por llegar.

Pude ver en varias ocasiones como el hombre misterioso que verdaderamente todavía no sabía qué relación tenía con mi recién estrenado esposo, intercambiaba breves palabras, al parecer poco agradables para el desconocido.

Me acerqué a Rupert cuando despedía a un grupo de invitados con la intención de preguntar por él, pero poca falta me hizo al descubrirles abrazándose cordialmente y pronunciando palabras de despedida acompañadas de; tío Rupert, Sebastian.

Se me congeló el cuerpo. Rupert tenía un sobrino, y yo no lo sabía. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que en realidad no conocía nada de la vida de Rupert, ya que había estado más concentrada en esquivarlo que en conocerlo, y ahora debía de hacer lo segundo, pues era mi esposo. Para toda la vida, como dijo el sacerdote.

—Tía Eliza... —pronunció Sebastian inclinándose y pidiendo mi mano para besar el dorso.

—Compórtate, Sebastian, no seas grosero con mi esposa. No deseo que formes un espectáculo aquí.

No entendí que mi esposo llamase la atención a su sobrino por despedirse de mí, lo que sí que pude apreciar fue un gesto de burla en el rostro de Sebastian después de que lo hiciera. Algo me estaba perdiendo de aquella extraña relación familiar.



Capítulo 9

Inglaterra

Septiembre del año 1815



El camino se me hizo corto, porque entre otras cosas no dejaba de pensar en lo que iba a extrañar a mis dos hermanas estando tan lejos de ellas, pues jamás nos habíamos separado. Ni si quiera en aquellas semanas cuando Emma nació y tuvo que ingresar en el St. Thomas' Hospital, no me separé de ella ni un segundo, rogué a nuestra madre que me dejase acompañarlas, y así sucedió.

—¿Tienes frío? —me preguntó el barón.

La verdad es que me encontraba helada, pero si le respondía de manera afirmativa corría peligro de que deseara hacerme entrar en calor con ayuda de su cuerpo, así es que dejé de

frotarme las manos y dije que no.

—Cuando lleguemos a nuestro hogar será de noche, pero mañana deseo mostrarte los jardines de la mansión, nunca has podido ver algo parecido en la zona, y todo te pertenece —dijo sonriéndome.

—Gracias, eres muy bueno —respondí.

—Sí, sí lo soy, y espero que tú también lo seas y me des pronto ese hijo que deseo.

De nuevo el tema hacía acto de presencia.

Guardé silencio porque no era el momento de negarme, podría dar media vuelta con el carro, devolverme a casa de la tía Rose y yo qué sé si podría anular el matrimonio.

El carruaje se detuvo, el relinchar de los caballos se escuchó abruptamente, después alguien desde fuera se acercó hasta el carro y abrió la puerta del coche.

—Buenas noches *lady* Eliza, es un placer tenerla entre nosotros, estábamos deseando su llegada.

El rostro arrugado de una mujer, unos ojos verdes como la hierba más fresca, su sonrisa inquietante, y su atuendo oscuro, me paralizaron al instante. Disfrutaba de una belleza inquietante, y sin duda, gracias a las palabras amables y al parecer sinceras me recordó a mi madre. Me ofreció la mano para que saliera y yo la tomé complacida y agradecida. Aquello era algo que habíamos aprendido de tía Rose, debíamos ser amables con los sirvientes, sí, aunque los consejos que daba no los aplicaba a ella misma.

—Encantada —dije y descendí.

Un ejército de personas se formaba ante mis ojos, todos rectos, impolutos, con sus atuendos recién sacados de la lavandería, sus zapatos brillantes, y una sonrisa en sus rostros forzada.

—Rompan filas —grité y reí.

Pronto me cubrí la boca al percibir que a mi esposo el señor Rupert no le pareció tan gracioso como a mí. Me quedé mirándolo y le pedí disculpas por aquella niñería. Y cuando reanudé la marcha pude ver como una de las sirvientas y la señora que me abrió la puerta del carro sonreían disimuladamente.

—Buenas noches a todos, me encantaría conocer sus nombres, aunque me temo que estoy tan cansada que de escucharlos ahora mañana los habré olvidado.

Me disculpé y dejé que Rupert me guiase hasta mi alcoba.

Lo propio era dormir en alcobas separadas, una para mí y otra para mi esposo, pero al ser esta la noche de bodas todo me indicaba que compartiríamos lecho sin escapatoria.

Rupert se detuvo frente a una grande y elegante puerta blanca decorada con ornamentos dorados. Empujó la manecilla y al abrirse pude ver como la luz de decenas de velas iluminaba toda la estancia, dejando a mi vista una bonita cama con dosel, muebles color caoba, un tocador acompañado de un banco tapizado en color burdeos, y lo más importante: una gran ventana, tan magna que nacía en el suelo y terminaba a la altura del techo. Las vistas desde ese dormitorio eran magníficas, los jardines de la mansión eran inmensos, y el perfume de todas aquellas flores inundaba la estancia. Me ilusioné al pensar como sería la visión a la mañana siguiente, cuando el

sol hiciera su aparición.

Rupert carraspeó colocándose delante de mí.

—Dejaré que te acomodes mientras yo bajo a resolver un asunto que me tiene algo preocupado.

Lo agradecí, porque ahora que había descubierto como era que tenía que hacer para no vomitar en su presencia tenía que ocuparme de ello.

Busqué una jofaina, antes me serví un poco de agua que había en una jarra. Tragué varias veces, y después introduje varios dedos en mi garganta para obligarme a vaciar el estómago, esa era la solución para no hacerlo en presencia de mi esposo.

Cuando terminé con mi cometido sonó la puerta de la alcoba, y creí que me había escuchado alguien. Respondí cautelosa y al abrirse pude ver como la misma señora que nos dio el recibimiento estaba allí frente a mí.

—*Milady*, voy a ayudarla a prepararse, mi nombre es Marianne, y seré su doncella.

No quise despreciarla, pero, ¿acaso aquella señora en su avanzada edad podía servirme a mí?

—No se preocupe, puedo vestirme yo sola, y así usted puede descansar.

—Son órdenes de mi señor, usted debe de tener una sirvienta, y yo soy la mejor de esta casa.

—No dudo de su profesionalidad, pero dígame, ¿qué edad tiene?

Marianne quiso asesinarme con su mirada, pero aún con esas no me respondió, solo se limitó a desanudarme los lazos del corpiño y aflojar el corsé. Que sin tardanza agradecí.

Al mirarme en el reflejo del espejo vi el miedo tiritar frente a él, estaba segura de que cuando Rupert me viera con aquel camisón de seda, y cubierta por aquella bata pesada que marcaba mis senos a su paso, desearía quitarme las ropas de inmediato. Y de nuevo imaginarme su pestilente aliento, su rugosa y flácida piel, o ese cuerpo redondo me provocarían brincos en el estómago. Me sacudió una arcada, pero como ya había realizado mis deberes antes pude reprimir el vómito. Aunque la señora antigualla no perdió detalle.

—¿Se encuentra bien, *milady*?

Estuve a poco de responder, cuando las voces provenientes del piso de abajo captaron toda la atención, la mía y la del servicio, que entraron abruptamente en mi alcoba pidiendo ayuda a la señora Marianne.

—Corra, corra, el señor necesita ayuda, es Sebastian, le ocurre algo.

Marianne salió a toda prisa, parecía que se deslizaba sobre las alfombras, hasta pude ver como saltaba los escalones de las escaleras sin rozar alguno, cosa que para su edad era todo un peligro.

Perseguí al servicio para saber de qué se trataba tal revuelo, y al llegar hasta la planta inferior la señora Marianne entró en una alcoba y antes de que yo pudiese cruzar su puerta la cerró frente a mis narices.



Capítulo 10

Inglaterra

Septiembre del año 1815



Golpeé con fuerza sobre la madera con mis nudillos, pero nadie me abría, y al intentar girar la manecilla de la puerta me percaté de que estaba bloqueada.

La rabia que sentí en aquel instante me hizo darle una patada a la puerta, pero aquello tampoco funcionó si lo que pretendía era que la puerta se abriese, así es que apoyé mi cuerpo en la pared y dejé que resbalase hasta quedar sentada sobre el frío mármol del suelo. No sé cuanto tiempo fue que estuve allí tirada, pero me quedé dormida, y al despertar vi como mi cuerpo se

encontraba tapado con una manta de lana gruesa.

—Avisé a su sobrino que la próxima vez podría ser más severa, trate de convencerle milord.

Desperté con la voz grave de un doctor ataviado con su maletín y con un instrumento médico colgando de su cuello que le decía aquellas palabras a mi esposo. ¿De qué hablaban?

—No deberías de estar aquí, es tarde.

Me miró condescendiente, no reconocí a Rupert bajo aquel rostro.

—¿Qué ocurre, quien hay en la alcoba, qué me escondes?

Me alcé para enfrentarme a él, acabábamos de contraer matrimonio y no podía esconderme secretos.

Me miró y suspiró, reanudó el paso, e hizo llamar a Marianne después de pedir al servicio que cubriesen las ventanas, necesitaba descansar.

Volteé mi cuerpo para dirigirme hasta la puerta que no había podido traspasar, y al poner la mano en la manecilla esta vez, pude notar como cedía, estaba abierta.

Me colé de forma silenciosa, cerré tras de mí sin apenas hacer ruido, y al dar tres pasos pude ver un carrito de metal con más instrumental hospitalario: vendas, gasas, jeringas, pastillas... Un biombo de mimbre separaba la estancia en dos partes, y a través de los pequeños agujeros de este se apreciaba una cama, y sobre ella un cuerpo.

—Usted no debe estar aquí —me sorprendió Marianne cuando salía de detrás del biombo.

—¿Quién hay ahí? —pregunté.

—No es cosa suya, vuelva a su alcoba, es su noche de bodas —dijo la señora Marianne.

—Digamos que ya es de día...

—No puede estar aquí —me repitió.

—No me dirá qué es lo que puedo o no hacer en mi casa, apártese.

Con mi brazo izquierdo la empujé para abrirme paso, y cuando crucé la separación de la habitación pude ver lo que se escondía allí.

Era Sebastian, el sobrino de mi esposo, parecía dormido, o muerto, porque si tuviese que juzgar lo que veían mis ojos, apostarí por lo segundo, de no ser por aquel movimiento suave que hacía mover las sábanas bajo su pecho.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté mientras continuaba acercándome al camastro.

—Está enfermo, milord, el barón lo cuida desde que su hermana, la madre del joven Sebastian, lo abandonó.

Sentí un fuerte dolor en el estómago al escuchar lo que Marianne decía. ¿Cómo puede una madre abandonar a un hijo? Un deseo casi irrefrenable se adueñó de mi mano, y la acerqué hasta su frente para apartarle el mechón del cabello que tapaba su rostro.

—Pero, yo lo he visto antes en buen estado, ¿qué tiene?

—Ahora podríamos decir que está curado, pero no puede tomar licores, eso lo puede matar.

—¿Y por qué querría alguien que sabe que puede morir bebiendo licor, emborracharse?

Marianne apretó los labios, estaba claro que no iba a responder mi pregunta, así es que me marché del dormitorio donde Sebastian se encontraba y caminé hasta dar con mi esposo. Tuve que recorrer media mansión porque no me había dado tiempo suficiente como para conocer mi hogar.

Perdí los modales, no toqué a la puerta para comunicar mi entrada, mi atrevimiento fue descortés, y eso a Rupert le molestó mucho, tanto que se negó a hablarme. Intenté pedir disculpas, pero no funcionaba, solo emitió una frase: *no me he casado con una mujer sin modales, aprende y practica, o por el momento no disfrutarás de mi compañía.*

No me miraba en el momento que dijo eso, porque de ser así habría podido ver en mi rostro la gran sonrisa que se dibujó. ¿No iba a disfrutar de su compañía? Por Dios, aquello era el mejor regalo de bodas que podría hacerme.

Las semanas trascurrían tranquilamente en la mansión Ashford, la librería era tan magna que ni estando toda una vida encerrada podría terminar de leer todos aquellos libros.

Sebastian se recuperó a los pocos días, y fue entonces cuando me enteré de que el sobrino de Rupert vivía con él en su casa. Era la única familia de mi esposo, y como tal debía de ocuparse de él. De todo me enteré por el servicio, pero no por Marianne, ella era la mano derecha de Rupert, y en cuanto a mí, estaba segura de que su opinión era que yo no merecía al barón.

Me crucé decenas de veces con Sebastian por los pasillos, no obstante o se había quedado sordo de la medicación o no deseaba responder a ninguno de mis saludos. Salvo aquel día en el que el encuentro entre nosotros fue sin duda accidentado.

Caminaba cargada de libros que llevaba de la biblioteca de la mansión a los jardines. El día era perfecto para pasarlo bajo el sol, sí, sobre la hierba fresca, bajo la sombra de un árbol, acompañada del susurro de las fuentes, o del cantar de aquellos pajarillos que acompañaban y mecían las ramas de los arbustos. Y al querer cargar más libros de lo que debía, uno de ellos resbaló y cayó barandilla abajo, golpeando en la cabeza de Sebastian que se encontraba en el *hall* de la mansión.

—¡Dios Santo! ¿Pretendes matarme? —gritó.

—Disculpa milord, no fue a propósito, solo un accidente. —Bajé las escaleras corriendo para disculparme en persona.

—El cementerio debe de estar lleno de accidentes —dijo malhumorado.

Al llegar al último escalón no calculé bien, y creí que ya no quedaba ninguno, así es que caí al suelo con tan mala fortuna que me golpeé en el codo y sentí un terrible dolor.

—¿Está usted bien? —Corrió a mi auxilio.

—Creo que no es nada, discúlpeme por lo del libro.

Al arrodillarse frente a mí pude ver el color de sus ojos, y si antes me habían parecido dos aceros al mirarlos, me había quedado corta al expresarme, porque fue la mirada más fría y helada que pude sentir en mi cuerpo, un escalofrío recorrió hasta mi alma, y tuve que frotar mis brazos para suavizar la piel que se levantaba erizada.

—Deje que la ayude —dijo agarrándome por el brazo.

Un gemido salió de mis labios al agarrarme del codo, parecía que iba a ser más de lo que creía.

Dio un par de chasquidos con sus dedos y una sirvienta apareció de la nada. Allí las personas eran como si se escondiesen detrás de las paredes y estuviesen preparadas para ser llamadas.

Al poco apareció el doctor, y tras un primer reconocimiento en el gran salón de reliquias familiares, que era así como yo lo llamaba, me vendó el brazo y me ordenó reposo absoluto hasta que la inflamación cesase. Así es que aunque mi esposo me devolviese esa compañía de la que me privaba, tampoco podríamos encamarnos hasta que la inflamación cesara, como bien había dicho el doctor.

—Te acompañaré hasta tu alcoba —dijo Sebastian.

—No, aquí estoy bien, el salón de antigüedades me gusta, solo, si fueras tan amable de acercarme uno de esos libros que se quedaron en el camino... —conseguí decirle.

Sebastian sonreía mientras miraba a sus parientes difuntos y colgados por todas las paredes. La verdad es que eran retratos de buen gusto.

—¿Conoces sus nombres? —dijo señalando los cuadros que tenía más cerca.

—Seguro que son duques, generales, y algún príncipe incluso, a juzgar por sus ropas no creo que sus nombres sean fáciles de pronunciar, y si te soy franca —susurré en esta última parte—, preferiría aprender primero los nombres del servicio, ellos aún tienen pulso.

Sebastian rompió a reír y sus carcajadas alertaron a todos en la mansión, y entre ellos a mi esposo que bajó rápidamente para averiguar a qué se debía tal escándalo.

—Disculpe, tío, no volveré a repetirlo.

Sebastian desapareció, y el barón me saludó, me miró el brazo que sujetaba con la ayuda del otro, pero, ni tan si quiera quiso saber qué era lo que me ocurría.



Capítulo 11

Inglaterra

Octubre del año 1815



—Eres cruel, no entiendo tu negativa —le gritaba a Rupert.

—Cumple con tus deberes de esposa y podrás disfrutar de ellas. —Levantó una ceja y medio sonrió.

Me chantajeaba con tener a mis hermanas cerca a cambio de intimidades entre nosotros.

—Está bien, tráelas, demuestra que no mientes, después de que pase todo un día junto a mis

hermanas —hice una pausa reprimiendo las náuseas que me provocaba solo pronunciarlo—, seré toda tuya.

—Así se hará, mañana mismo estarán aquí.

Se acercó a donde yo estaba, sus pasos cortos y rápidos me hacían reír cuando lo veía desde atrás, pero de cerca y de frente, aquello era de terror, su sonrisa hacía desaparecer al completo sus ojos, y cuando depositó sobre mis labios aquel beso húmedo, cargado de babas, e intentó introducir su gorda y áspera lengua no pude hacer otra cosa que aceptarla. Era eso o quedarme sin la visita de mis queridas y añoradas hermanas.

Me dolió a partes iguales el mismo acto de Rupert como que su sobrino nos estuviese mirando desde la puerta. Sentí vergüenza que me viera hacer aquello, seguro que me juzgaba por haberme casado con un hombre que me sacaba más del doble de edad, e indudablemente pensaría que lo que yo deseaba era cazar su fortuna.

—Eliza, deseo tenerte bajo mi cuerpo tanto que siento que el pecho me oprime cuando lo pienso. Mañana por fin seremos uno, encajaremos nuestros cuerpos hasta quedar una sola pieza.

—Sí amor, sí, pero antes de nada necesito a mis hermanas, ellas me alegran tanto que estoy segura de que después quedaré tan complacida que no podré más que agradecerte todo.

—Emma, Jane, Emma, Jane —dije nada más ver como descendían del carro que las había traído hasta la casa del barón.

Emma se abalanzó sobre mí con tanta velocidad que perdí el equilibrio y caímos las dos al suelo. Desde abajo vi como un par de piernas más bajaban del carro, como no, la tía Rose no iba a dejar a sus dos lingotes de oro salir de su casa sin que ella fuera detrás.

—Vaya, Eliza, veo que te tratan bien —dijo al mirar las millas de campos y jardines que poseía Rupert.

—Estoy segura de que ya conocías que iba a ser así, como buena casamentera...

—Así es, nunca dejaría a ninguna de mis sobrinas en manos de la ruina, no deseo que la historia se repita como ocurrió con... —guardó silencio de inmediato al verme la mirada.

—Anda levanta del suelo —dijo Jane ofreciéndome su mano.

Rupert había salido por motivos de trabajo, a él no le complacía la compañía de dos niñas, y ni a mí la suya, con lo cual lo más sensato era que desapareciese durante el día.

Jugamos en los jardines, paseamos por el invernadero, corrimos descalzas como nuestros padres nos habían enseñado, rodamos por la hierba para perfumarnos desde los cabellos hasta los calcetines, reímos como antes lo hacíamos, y también lloramos en la despedida. Pero recuerdo cada una de las palabras que Jane dijo en la visita, y eso era porque había hablado muy poco, parecía que algo la afligía, y aunque había tratado de que me lo contase, se mantenía firme en su excusa de echarle la culpa al cansancio.

La noche llegó, y con ella la cena en el salón de las reliquias. Una mesa colocada con las mejores copas de la casa, la cubertería de gala bañada en oro, los candelabros de plata, y un exquisito manjar decorando los platos.

Entendí que mi esposo el barón ya había regresado, y me resigné a cumplir mi parte del trato. Ocupé mi sitio en aquella mesa, junto a la otra butaca todavía vacía.

Marianne se acercó hasta mí para avisarme de que comenzase a cenar, que lord Ashford se retrasaría un momento, y haciendo caso omiso lo esperé. Solo que el Ashford que apareció fue uno bien distinto al que debía.



Capítulo 12

Inglaterra

Octubre del año de 1815



—Buenas noches, *milady*.

Sus palabras sonaron a música que retumbaba entre las paredes del salón, y no pude evitar pensar en él como el esposo que me hubiese gustado tener.

—¿Usted? —pronuncié con voz queda.

—Si no le disgusta, mi tío tardará en llegar y me pidió que la acompañase en la cena.

—Todo un detalle el de su tío —sonreí de vergüenza.

—Sí, imagino que fue eso lo que le enamoró de él. —Me depositó un beso en el dorso de la mano antes de sentarse. Y pude ver como dejaba una copa con algún licor color ámbar sobre la mesa.

—Eso y su atenta y exquisita educación. —Incliné mi cabeza para tratar de disimular el rojizo de mi rostro por tenerle tan cerca.

—En ningún caso, imagino, que su fortuna nubló su juicio... —Ahora la mirada no era limpia. Y su voz sonaba malvada.

—Como puede ver no soy mujer de grandes lujos, no me gustan las joyas, ni derrochar en vestidos nuevos, tan solo libros, eso es suficiente.

—Imagino cuantos libros puede comprar...

—Basta, no continuaré con esta absurda conversación, está siendo un maleducado.

—Una copa más de coñac —pidió levantando la que sostenía en su mano ya vacía.

—Milord... —pronunció la sirvienta.

—¡He dicho que me sirvas más! —Endureció sus palabras.

—No beberás más en mi casa —le grité y me puse en pie.

Él se carcajeó al escucharme, y agarrando la copa de nuevo en su mano la lanzó contra uno de los cuadros de sus antepasados.

—Eres la fulana que ha engañado a mi tío, esta no es tu casa ni lo será nunca.

Miré a los ojos de Sebastian, ardían en furia, y su rostro se ensombreció.

El salón quedó sumido en un silencio pesado, los sirvientes se retiraron discretamente, y mi cuerpo se congeló al notar que solo estábamos él y yo.

Salí corriendo de allí, no quería compartir espacio con aquella persona que pensaba así de mí, por que yo no era eso, no era ninguna mujer que deseara el dinero de nadie, yo había sido obligada a casarme con el barón, no tenía escapatoria, porque de haberme negado quizá la unión habría sido con alguna de mis dos hermanas, y ellas no merecían eso. Así es que yo me sacrifiqué por ellas.

—Mi caramelito, despierta, ha llegado tu barón.

Abrí los ojos y lo tenía sobre mí, di gracias a Dios que todavía estuviese vestido porque de no ser así se me habría parado el corazón, y también agradecí el no haber cenado, porque las náuseas habían tornado a aparecer.

—Mi Gracia, deja que me cambie para ti —le dije escapando de su prisión.

—Oh, sí, ponte algo más transparente —me pidió.

—Claro, mi amor.

Me coloqué detrás del bastidor y sin mucha prisa comencé a quitar mis ropas para cubrirlas con el camisón que tanto había odiado cuando cayó en mis manos.

—Mi caramelito, estoy impaciente —dijo entre risas.

—Merecerá la pena, sé paciente, además es la virtud más encomiable.

Respiré varias veces antes de salir de mi escondite, no podía retrasar más el momento, di un paso y terminé con la espera. Allí estaba él, sobre las sábanas de la cama, con su rostro enfocado en mi cuerpo, Rupert me miró sin perder detalle en mi figura, ya que se transparentaba cada milímetro de mi silueta tras las telas. Emitió un fuerte suspiro cuando sus ojos descendieron por la parte inferior de mi cuerpo, y después se frotó las manos, eso fue algo que me puso nerviosa, pero pasara lo que pasara, era mejor que empezase rápido y que terminase cuando antes.

—Milord, ya estoy lista —dije con voz suave y casi inaudible.

—Ven aquí, te voy a hacer una mujer.

Dio un par de golpes sobre la cama para que ocupase aquel lugar. No sabía como iba a hacerlo, como iba a colocarme tan cerca de él y no terminar desmallada o lo que era peor, vomitando sobre él.

—Si no te importa, necesito beber algo antes, los nervios me han dejado la boca seca.

—Claro, mi caramelito, yo te acompañaré —dijo mientras se levantaba, y dando esos pasitos cortos y rápidos que le caracterizaban llegó hasta el mueble donde tres botellas que sostenían un líquido colorido descansaban.

—¿Deseas coñac, whisky, o prefieres simplemente agua, mi caramelito?

—No. Agua no.

—Está bien, te serviré un poco de whisky.

—Mucho, tengo mucha sed. —Al ver su cara de estupor tuve que añadir un motivo a pesar de ser mentira—, la cena me ha dejado esta sensación tan extraña.

Brindamos con nuestras copas, y después, de un solo trago bebí mi licor. Rupert se asombró de mi aceptación por el alcohol al pedirle que me sirviera otro más.

—Uno y no más mi caramelito, o no podremos con lo que viene ahora.

Qué elegante decirlo de aquella manera. Eso era lo que yo deseaba, quedarme dormida mientras él me tocaba y disfrutaba de mi cuerpo, si fuera posible beber tanto para no tener que sentir sus caricias y sus besos sobre mi piel bebería hasta la extenuación.

—Bien, ya está —dijo quitándome la copa de mi mano.

Estiró de mí agarrándome por el brazo para llevarme a la cama. De un empujón me tumbó sobre ella, y desde mi posición podía ver como se desvestía. Lo hacía con la misma prisa que andaba, movimientos rápidos y cortos, torpes y equívocos. Lo peor fue ver como se retiraba los pantalones, hizo dos intentos aún estando en pie, y al no conseguirlo se sentó sobre el suelo para acabar de sacárselos.

—Ahora tú —dijo Rupert ya en pie.

Si supiera la imagen que lucía, ahí parado frente a mí, con esa barriga redonda que simulaba a la de una mujer en estado de buena esperanza... Solo cubrían su cuerpo los calzones blancos algo amarillentos por la zona de sus partes nobles.

—Claro, mi esposo.

Levanté de la cama y cerré los ojos. Comencé a rezar todo lo que conocía, le pedí al señor que me diera las fuerzas necesarias para poder hacer lo que mi esposo me pedía.

Retiré la bata de mis hombros dejándolos desnudos. Tan solo los cubría un fino y delicado tirante del camisón.

Rupert se echó la mano al pecho. Aquello me dio miedo, pasé de la angustia al temor en segundos.

Después bajé los tirantes deslizándolos muy despacio por mis brazos. La tela suave de seda se deslizó por mi cuerpo de forma muy rápida, me asusté y cubrí mis pechos con mis manos.

—No te tapes, mi caramelito, eres perfecta. Hija de una diosa como mínimo. Quien me iba a decir a mí que aquella niña a la que conocí cuando a penas sabía hablar iba a acabar siendo mi esposa.

Era asqueroso escucharle decir sandeces, pues él y yo jamás nos habíamos visto, seguro me confundía con alguien que solía frecuentar el hogar de mi tía. Y ni mis hermanas ni yo visitamos aquella casa hasta lo ocurrido...

Volví a cerrar los ojos y levanté mis manos dejando expuestos los senos.

Rupert dio dos pasos hasta llegar a mí. Olfateó mi cuello, tocó mis cabellos, limpió el sudor de su frente. Y de nuevo respiró jadeante atufando mi rostro con su pestilente olor.

—Te deseo.

Eso fue lo que dijo, que me deseaba, pero en cambio volvió a colocar su mano sobre su pecho y cayó al suelo como una piedra. Impactó de forma brusca. Con toda la carne que cubría su cuerpo me extrañó que al tocar el suelo el sonido fuera tan duro.

—¿Rupert, estás vivo? —Me quedé en la misma posición, no me moví salvo para darle un pequeño puntapié en el trasero para ver si reaccionaba, pero no lo hizo.

Era absurdo que permaneciera escondida en mi alcoba, si necesitaba un doctor debía de pedirlo, y si había muerto... Vaya, si había muerto toda mi pesadilla terminaría en ese instante, no tendría que volver a tocarle más, no yacería sobre el mismo lecho jamás. Sonreí de manera exagerada, pero me duró poco, muy poco, porque de pronto su cuerpo se agitó, y un fino hilo de voz salió de su boca.



Capítulo 13

Inglaterra

Norfolk, año 1815



—Llama al doctor —consiguió decir aquello y volvió al trance.

Cuando mi esposo dijo aquello, llamé al servicio y con la ayuda de tres sirvientas lo colocamos sobre la cama. Debo de reconocer que me moría de la vergüenza pensar lo que ellas imaginaban que había ocurrido en la alcoba, pero no podía hacer otra cosa, no iba a dejarlo morir tirado sobre el suelo y en calzones.

El doctor salió de la alcoba donde a Rupert le había ocurrido aquello...

—Y bien doctor, ¿qué le ocurre al señor? —preguntó Marianne.

El doctor me miró con cautela pero extrañado por ser una sirvienta la que hacía la pregunta.

—Dígame, es grave —añadí reprimiendo las ganas de reproches a Marianne.

El doctor miró al servicio, al parecer le resultaba violento hablar de temas de salud delante de ellos, así es que les pedí que se retirasen para obtener información sobre el estado del barón.

—*Milady*, lo que ha ocurrido es una desgracia. —Cerró los ojos.

Yo en cambio los abrí mucho.

—Ha muerto, ¿eso es lo que me está diciendo?

Al parecer lo que dije sonó de manera brusca, porque el doctor me miró perplejo, pero seguía sin dar datos congruentes.

—*Milady*, aún no.

—Mire, hágame el favor de ser más conciso, porque no sé donde está la desgracia entonces.

—El barón ha sufrido un infarto, y su corazón se encuentra débil. Ha debido de hacer un esfuerzo demasiado grande y el músculo no ha soportado el empuje.

—No, no ha hecho nada de esfuerzo, solo me miraba, no levantaba peso.

—Perdone mi atrevimiento, pero quizá su corazón no pudo resistir la emoción de mirarla...

Me sonrojé al escuchar decirme eso, pero mis mejillas ardieron aun más cuando descubrí que Sebastian también lo había oído.

—Milord, siento mucho lo que ha ocurrido —le dijo el doctor al ver su figura—, en pocos minutos podrán entrar para estar con él, ahora iré yo delante para suministrarle un analgésico, lo importante es que se encuentre cómodo.

—Gracias por todo doctor Gerber.

Se conocían, estaba claro que allí la pieza sobrante era yo.

—Después me contará bien y con detalles que era lo que hacía mi tío para que se encuentre en esa cama y que su doctor no confíe en su recuperación.

¿Cómo? De ninguna manera le contaría a nadie y menos a él lo que su tío estaba haciendo cuando cayó desplomado al suelo.

El doctor salió al poco de entrar y se acercó hasta nosotros.

—El barón desea verla.

Sebastian dio un paso adelante para hacer la intención de traspasar la puerta, pero el doctor interpuso su brazo impidiendo que lo hiciera.

—Es a *lady* Eliza a quien desea ver, milord —dijo con calma pero de forma seria.

Los sirvientes que nos rodeaban desde una distancia prudente armaron un gran revuelo entre ellos.

Marianne se acercó con discreción y agarró a Sebastian por el brazo para retirarlo de la puerta que todavía me separaba de mi esposo.

Sebastian asintió mirándome, y yo me detuve justo frente a la puerta antes de entrar, no deseaba cruzar ese umbral, no era yo la persona que debía acompañar al barón en sus últimos días de vida, no sentía ni el más mínimo aprecio por ese caballero.

Cuando entré en la alcoba allí todo estaba oscuro, una vela iluminaba poco más que su cama, y al acercarme hasta él pude notar de nuevo su olor, aunque en esta ocasión se mezclaba con un fuerte olor a rancio, aquel pestilente aroma no lo reconocía, ni el barón ni nadie que conociera había poseído ese olor antes. Entonces caí en la cuenta de que era el olor a muerte, a ella se le percibía sin ser vista, con lo cual su vestido debía ser ese, un fuerte y estupefacto perfume a muerte.

Rupert tenía la cabeza hundida en el cojín, sentí un deseo de ahuecarlo y volver colocarlo bajo su cuello, pero esa fragancia me mantenía alejada de él. Su rostro había cambiado, sus mullidos mofletes estaban notablemente deshinchados, parecía demacrado, aunque no se podía decir que era un esqueleto. Su boca se mantenía entreabierta con respiraciones poco profundas y cortas.

No conocía bien que era lo que se esperaba de mí en aquel momento, porque sí, era la esposa del barón, pero mi escasa experiencia en el matrimonio no me había enseñado todavía a como era que debía de actuar en una situación como aquella.

—Mi caramelito —escuché decir al barón.

—No hables, descansa, tienes que guardar las fuerzas, el doctor dijo que te encuentras débil.

Aunque pareciera una contradicción no deseaba que el barón sufriera, él no me había deseado ningún mal, pensé. El solo deseaba mi compañía, y como cualquier hombre, satisfacer sus deseos más íntimos, y yo me había convertido en su esposa...

—Necesito tocarte —dijo de nuevo con un susurro.

Tomé una bocanada de aire disimuladamente y me acerqué todo lo que pude hasta Rupert arrastrando la butaca para colocarla junto a él. Le sostuve la mano durante algo de tiempo, pero la rugosidad, el fuerte olor a muerte, y la contención para no respirar en exceso hizo que me levantara rápido de mi asiento.

—Discúlpame, necesito beber agua —mentí.

Me acerqué hasta la mesita colmada de pastillas y me serví un vaso de agua. Solo le di un trago, la verdad es que el aroma ya había inundado toda la alcoba y ni el agua pasaba.

Regresé de nuevo junto al barón, y este aprovechó mi acercamiento para pedirme que le ayudase a incorporarse. Coloqué un almohadón más mullido detrás de su espalda y de esa manera se sintió aliviado.

—Lo siento, caramelito. —Le costaba hablar.

—No te esfuerces, debes descansar.

Me pidió que guardase silencio, parecía que lo que tenía que decir era importante.

—Dentro de muy poco te abandonaré, me temo que así lo ha querido la suerte —dijo

finalmente—, y no quiero que me odies por lo que hice en su día, pero es necesario para la casa Ashford.

¿De qué demonios estaba hablando? Seguro que el opio hablaba por él, porque no conseguía entender ni una sola palabra de todo aquello que decía.

Entrecerré los ojos y fruncí el ceño, entonces Rupert dijo su nombre. Eso no fue lo más espantoso, porque de haberlo escuchado a solas hubiera pensado que había sido un mal entendido, que su fatiga le jugaba una mala pasada, que mi esfuerzo por permanecer en aquella estancia con ese tufo me nublaba el juicio. Pero no estábamos solos.

—Deseo ser yo quien te lo diga, a pesar de que en la lectura de testamento todas las bases quedarán bien explicadas.

—No continúes, descansa, el doctor fue duro en esto, debes de descansar —le volví a pedir.

—Cuando mi cuerpo deje de respirar —tomó aire para proseguir con su discurso—, pasarás a ser la esposa de mi sobrino, Sebastian será quien se haga cargo de ti.

—Eso es inaceptable. —Un fuerte golpe acompañado de esas palabras que salieron de Sebastian me hicieron dar un salto de mi asiento.

El barón hizo un gesto repetitivo con su mano para pedirle calma, y después con el dedo índice le solicitó que se acercase.

—No debe de ser él quien habla, será fruto del opio, no creo que debamos de tener en cuenta nada de lo que diga —le dije en tono suave cuando se acercó.

—No conoces a mi tío, solo te has preocupado en saber cuanto dinero es el que posee.

Lo ignoré, no era el momento.

Su mirada de nuevo helada me hizo dar un respingo hacia atrás.

Rupert de nuevo se acomodó como pudo, su cuerpo estaba más débil todavía, pero logró sacar fuerzas como signo de que lo que tenía que decir era de vital importancia.

—He cuidado de ti como nadie lo hizo —Tomó aire y levantó su mano para que Sebastian guardara silencio hasta que él terminase de hablar—, te he dado un hogar, una vida llena de comodidades, y respecto a tu salud, he traído siempre a los mejores doctores para curarte. —Se detuvo para respirar pausadamente y volvió a levantar su mano para avisarle de que no terminaba ahí la conversación.

Yo me sentí en un lugar que no me correspondía, y con delicadeza me retiré de la cercanía de la cama de Rupert, y poco a poco, paso tras paso comencé a dirigirme hasta la puerta.

—Eliza, no puedes marcharte —volvió a hablar el barón.

Me detuve pero no me moví de aquel lugar, pues comprendía que aquella conversación era entre tío y sobrino, y a mí nada de lo que se reprochaban me incumbía.

—No. —Sebastian miró duramente a Rupert y solo dijo aquello.

—Si no obedeces cuanto hay en ese testamento, se te desposará de posesiones, ropas, y también me encargaré de que la sociedad que te conoce te niegue el saludo.

Nada más, ni una palabra más se dijo en la alcoba, entre otras porque después Rupert exhaló

el poco aire que retenía en sus pulmones y se marchó.



Capítulo 14

Inglaterra

Octubre del año 1815



La señora Marianne irrumpió en mi alcoba tres horas después de la muerte del barón para comunicarme que convenía asistir a la lectura del testamento. Qué horror, teniendo al muerto de cuerpo presente y ya se debían tratar temas de herencias. Los nobles eran en ese aspecto demasiado fríos en cuanto a sentimientos. Lo último que deseaba era escuchar cuantas tierras poseía, cuales eran los negocios que Rupert tejía, o mis obligaciones como baronesa de Kent en la casa Ashford.

Un sirviente me abrió las puertas del despacho del barón donde su sobrino y un señor con el cabello repleto de canas descansaba sentado frente a la mesa caoba del barón. Se mostraba inquieto, sostenía en sus manos unos papeles y comenzaba a humedecerlos debido al sudor de sus manos.

—Mi más sentido pésame, *milady* —pronunció haciendo una reverencia al entrar en la sala.

Sebastian ni se inmutó, él estaba más concentrado en mirar cómo el líquido dorado de su vaso ancho daba vueltas con la ayuda de su dedo.

Tomé asiento frente al sobrino y al mirarle al rostro pude apreciar que no era la primera copa que se servía.

—Como ya conocen —se estiró la camisa—, el señor Ashford nunca ha sido demasiado derrochador en su vida, así es que goza de una gran suma de dinero, gozaba, les ruego me disculpen. Suma de la cual ha dejado en herencia parte a dos orfanatos de Londres y un hospital. Bendito sea él —añadió.

Me estremecí al escuchar eso, me sentía orgullosa de haber conocido a una persona que fuera tan bondadosa de una forma tan desinteresada.

—Ve a lo importante y sáltese las minucias con las que mi tío quería que le recordasen. —Sebastian sonaba hiriente en cada una de sus palabras.

El arcaico lector de la herencia de mi esposo clavó su mirada en mí, y yo le pedí conocer cada una de sus letras de aquel testamento mirando después al sobrino de manera desafiante.

—Para la señora Marianne, existe una asignación vitalicia de treinta libras esterlinas, también le ofrece la posibilidad de alejarse de la mansión Ashford y disfrutar en el campo el resto de su vida. Para ello le deja el usufructo de su casita de caza en la pedanía colindante. A su cochero.... A las sirvientas recién llegadas... a los ganaderos... —Así hasta nombrar a cada una de las personas que trabajaban para él o lo habían hecho en algún momento de su vida.

Mi corazón se llenaba de júbilo con cada palabra escuchada, y una enorme sonrisa se dibujaba con cada palabra, hasta que el abogado dijo aquello.

—Podríamos quedarnos aquí todo el día y bien seguro hasta parte de la noche, hay más de ochenta hojas, todas ellas repletas de regalos a sus más fieles amigos, conocidos o sirvientes, pero deberíamos de centrar la atención en lo verdaderamente importante. En usted. —El abogado se retiró las lentes, las depositó suavemente sobre el escritorio, pasó los dedos de sus manos sobre la piel marcada de su nariz donde habían descansado, y de nuevo se las colocó.

Sebastian se enderezó, dejó el vaso apoyado en la mesita frente a él, y yo al ver su postura me removí incómoda en mi asiento. Apreté mis manos y cuando comenzaron a doler fue que aflojé la presión.

—Adelante —le insté.

—Todas sus propiedades las deja a su esposa Eliza, baronesa de Kent. —Respiré al escucharlo, porque horas antes en la alcoba Rupert había dicho cosas, cosas de locos, y al no escuchar nada sobre ello supe que eran enajenaciones de un enfermo. Mi cuerpo se relajó, pero no demasiado, pues no deseaba hacer ver que algo así me interesaba.

—Ahora le toca a usted, milord. —Miró a Sebastian y levantó una ceja.

—Dese prisa, tengo partida de cartas en el Red's. —Sebastian sonaba grosero.

—Para el señor Sebastian deja exactamente lo mismo, todo salvo su título.

Debía de haber un error en aquella lectura de testamento, porque no se pueden dejar las mismas pertenencias a dos personas distintas. A no ser que se pretenda...

—Debe de haberse equivocado, acaba de decir que su tío le deja en herencia lo mismo que a mí que soy su esposa, vuelva a leer por favor y se dará cuenta del error —le pedí angustiada, comencé a impacientarme.

—Para el señor Sebastian deja exactamente lo mismo, todo salvo su título. —El abogado se retiró las gafas hasta dejarlas en la punta de su nariz y me miró por encima de ellas—. ¿Lo ha entendido ahora mejor, *milady*?

Sebastian salió del despacho con alguna que otra dificultad. Se daba golpes contra las paredes y hasta derramó parte del líquido de su vaso cuando lo dejó sobre la mesa después de darle el último trago.

—Siento mucho lo que está sucediendo, creo que debería de regresar en otro momento para darles más información sobre todas las peticiones del barón con respecto al disfrute de su herencia. Me temo que lord Sebastian no se encuentra en sus plenas facultades para entenderlo.

Nadie podría entender aquello que el barón pretendía. Ni un lúcido abogado ni un borracho.

—Antes de que se marche, tengo una pregunta que hacerle.

—Lo que desee, *milady* —respondió mientras guardaba los documentos en un maletín.

—Si mis sospechas no son erróneas puedo entender lo que el barón pretende... —me detuve por miedo a sonrojarme al pensar en Sebastian como mi esposo en lugar del barón—, pero necesito conocer qué es lo que ocurriría si no se acepta su petición.

—Está claro, ninguno de ustedes podría disfrutar de nada que le perteneciera a lord Ashford.

Bueno, dentro de lo malo no era lo peor, yo regresaría a casa de mi tía junto a mis hermanas, y el sobrino, pues él no era asunto mío. Seguro que sabría apañárselas sin la fortuna de su familiar.

—Y la nota final del testamento dice bien claro que quedarían anuladas todas las donaciones a cada uno de sus herederos, así como a sus sirvientes, conocidos, amigos, allegados... —El abogado no varió su tono de voz, era como si aquello que leía no le afectase lo más mínimo. Yo en cambio me cubrí la boca al escuchar aquello—. Y los orfanatos no recibirían ni una sola libra

—No puede ser, de esa manera nos estaría obligando.

—Veo que lo ha entendido, avíseme cuando su sobrino esté en mejores condiciones.

El abogado se marchó, y yo caí derrumbada sobre el sillón. No podía creer lo que ocurría, o mejor dicho lo que Rupert pensó que debía de ocurrir en su ausencia.



Capítulo 15

Inglaterra

Octubre del año 1815



Descendí por las escaleras descalza, era algo que me encantaba hacer, aunque hacerlo por la hierba del jardín era mejor que por el frío mármol de la mansión. Buscaba a la señora Marianne, ella sabría decirme como hacer para poder hablar con Sebastian, el abogado debía de regresar de nuevo a la casa para terminar de leer el testamento.

Entré en las cocinas, allí era donde la había visto casi todas las veces que paseaba por el hogar.

—Señora Marianne, necesito su ayuda —dije al verla.

—Pero por Dios, vístase, no puede pasear por Ashford Abbey casi sin ropas, en cualquier momento el señorito Sebastian puede cruzarse con usted.

—A él es a quien busco y necesito su ayuda, tiene que ayudarme a que entre en razón.

La sirvienta puso un rostro entre feliz y confuso, pero estiró de mi brazo y me dirigió hasta mi alcoba. La que ahora era mi alcoba, porque la de origen había sido el lugar de la muerte de Rupert y ya no podía regresar a ella.

—No importa que nadie reciba su herencia, lo bueno es que los sirvientes nos podremos quedar en Abbey Ashford para mantener su esencia, y con eso es más que suficiente. El señor siempre compartió sus deseos conmigo, y eso era lo que dijo —Marianne hablaba todo el tiempo mientras me ayudaba a cambiarme de ropas.

—Usted ayúdeme a reunirme con Sebastian y el abogado, pero no debe de haber bebido, ni una gota —le dije.

—Pues es difícil, porque en la mañana bebe, por la tarde bebe, y aunque no lo hace al anochecer, está tan borracho que ni dos caballos tirando de él lograrían despertarlo.

—Pues entonces habrá que aprovechar la mañana, lléveme hasta su alcoba.

—Mi señora, no puede entrar en la alcoba de un hombre —se escandalizó.

—Créeme, puedo y lo haré.

Terminamos con mis ropas y después con mis cabellos, al parecer a la señora Marianne no le parecía tan buena idea eso de que irrumpiera en el dormitorio de mi sobrino. ¡Cómo odiaba tener que llamarle sobrino! era algo en contra de la naturaleza, dos personas de semejante edad con parentescos extraños.

Llegamos hasta la majestuosa puerta, aquella puerta era de color distinto al resto de la mansión. Negra, pintada de tono oscuro, lo único que la hacía bonita era el dorado de la manecilla. La señora Marianne trató de impedirme que hiciera lo que estaba apunto de hacer, pero me negué a escucharla y la mandé marchar.

Entré en su alcoba sin llamar, era algo inusual en mí pero en aquel lugar al parecer aquello no desentonaba y las circunstancias así lo requerían.

—Ejem ejem... —Tosí de forma exagerada para llamar la atención de Sebastian que todavía dormía.

—¿Desde cuando se entra en mi alcoba sin llamar? —preguntó sin saber aún de quien se trataba.

—Desde que la señora de la casa desea —respondí.

Un cuerpo salió de entre las ropas de cama, pero no fue el de Sebastian, y yo me avergoncé de ver aquella escena fuera de lugar. Era una de las sirvientas de la mansión.

—No tienes derecho a venir hasta aquí, y hacer lo que te plazca. —En esta ocasión sí fue él quien salió de su cama, y además como Dios lo trajo al mundo. Desnudo. Y aunque yo no quería mirarlo, era inevitable hacerlo.

El brillo de su cuerpo bronceado me atrapaba, no podía dejar de mirar su cuerpo desnudo, con todos aquellos músculos debajo del bronceado. Sus brazos, eran como esculpidos, grandes, fuertes, estaba segura de que podría levantarme sin ningún esfuerzo. Y cuando bajé la mirada hacia sus partes íntimas un estremecimiento se adueñó de mi bajo vientre. Logré controlar un suspiro, pero Sebastian cogió mi brazo y entonces me obligó a apoyar mi mano sobre su abdomen rígido, y ahí un gemido de placer salió de mis labios. Incontrolable esta vez.

—Nunca antes has visto un hombre así, ¿verdad? ¿Mi tío te daba placer cuando te frotabas con su enorme barriga? —Sonó cruel y yo aparté rápido mi mano de su cuerpo.

—Eres un atrevido.

—¿Y como sé que no era esto lo que buscabas viniendo hasta mi alcoba?

Apreté mis piernas con fuerza, un estremecimiento sentí al hacerlo. Todavía estaba frente a mí, desnudo, y ahora habitaba en su mirada la lujuria.

Se acercó un poco más a mí y respiró cerca de mi cuello.

—Solo vine para decirle algo. —Mi voz sonaba entrecortada.

—Pues dígalo, estoy esperando. —Acarició la piel de mi cuello con el suave roce de su nariz.

—Detente —le pedí entre jadeos.

—¿Estás segura de que es lo que deseas? ¿Que me detenga? —Cogió mi barbilla y me hizo girar mi rostro hasta poder ver la cama desecha.

No, no deseaba que se detuviera, deseaba que me besara, que me acariciara, que levantara mi falda, que apretase su cuerpo contra el mío. Poder tocar su torso, acariciar su rostro, sus cabellos, introducir su pene en mi interior, darme placer, sentir placer junto a él. Yacer en aquella cama...

—Sí, por supuesto —conseguí decir retirándome y apartando la mirada de él.

—Tus deseos son órdenes. —Se retiró también.

—Necesitamos que el abogado regrese de nuevo, pero debes de estar en buen estado, haz el favor de no beber hasta que terminemos con esto.

—Para eso podrías haber mandado a una sirvienta a decírmelo.

—Haré llamar al abogado, baja cuando estés listo, y vestido —dije y mordiendo mi labio inferior salí de su alcoba.

Dios mío, no dejaba de pensar en lo que había ocurrido en esa alcoba. Al salir de allí fui consciente del poder que ejercía sobre mí, acababa de alejarme del infierno, pero el miedo se instaló en mi interior al pensar si podría volver a alejarme de él cuando lo deseara. Ese hombre era como el demonio, estar cerca de él hacía que mi sangre ardiera, y aquello no podía volver a ocurrir.

Entré en la biblioteca, el abogado esperaba. Lo había mandado llamar y en poco menos de una hora ya estaba allí. Cuando puse un pie en la sala un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo y ascendió por la nuca, aquel hombre que tanto me inquietaba también se encontraba junto al

licenciado.

Sebastian sostenía en su mano un vaso ancho, y aunque en un primer golpe de vista enfurecí, después caí en la cuenta de que era agua lo que colmaba aquel vaso.

—Has tardado tía Eliza —dijo Sebastian sonriéndome.

—Desconocía hasta hace muy poco que había llegado el honorable abogado familiar.

Me atreví a mirarle, y lo que observé fue un semblante perfecto, de nuevo esos labios carnosos me llevaron a soñar besarlos, y un par de palmadas frente a mis ojos me sacaron del embelesamiento de inmediato.

—Eliza.

Lo contemplé un instante más y después miré al abogado, quien esperaba con los documentos en sus manos para terminar de explicar como es que se encontraba la situación.

—Como ya venía diciendo, ayer quedó la parte más deleznable...

Imposible, ¿más aún que pretender que su sobrino y su recién esposa formaran una nueva unión sustituyendo la suya propia? Me reí para mis adentros.

—Adelante, no creo que nada me sorprenda ya.

—El barón exige compromiso, para ser más claros, les exige el compromiso a ustedes, entre ustedes.

—Eso ya quedó claro ayer, al nombrar las mismas posesiones y riquezas para ambos, se dio por entendido que deberíamos contraer matrimonio. —Sebastian se levantó de su sillón de cuero.

—Me limitaré a leer —dijo el abogado mirando antes a ambos—. Tanto mi esposa Eliza, como mi sobrino Sebastian Ashford, disfrutarán como propietarios legítimos de todas mis posesiones, de mi dinero, todo cuanto poseo, siempre y cuando formalicen este último documento adjunto donde su matrimonio queda formalizado.

Miré a Sebastian para ver en su gesto qué era lo que pensaba sobre aquello, pero era infranqueable, no había expresión en su rostro.

El abogado pasó varios papeles que imaginé serían esos documentos con los que nuestras vidas quedarían atadas en matrimonio en caso de aceptarlo.

—Todo lo hago por el bien familiar —continuó el abogado—, y solo por eso Sebastian deberá hacerse cargo del linaje.

Emití un sonoro grito del susto al escucharlo. Me cubrí la boca con ambas manos.

—Continúe, no se detenga, parece que ahora viene la mejor de las partes. —dijo Sebastian y se sentó junto a mí. Cruzó su pierna sobre la otra tomando una postura de lo más relajada.

—Un vástago que continúe con el apellido familiar, un barón que pueda soportar el título.

Quedé confundida porque de no solicitar aquella locura, sería su sobrino el que debería de llevar tal título. ¿O aquello no funcionaba así? Miré a Sebastian que tenía enfocada su mirada en el fondo del vaso ya vacío.

—Lo dejo a tu elección, no tengo especial interés en nada de lo que pone ahí, pero está claro

que algo gano.

¿No deseaba nada de la herencia de su tío?

—No te creo, seguro que mientes, y ¿qué es eso de que algo ganas con esto? —pregunté enfadada.

—Ya lo has oído, tengo que hacerte un hijo. ¿sabes como funciona eso? —Me guiñó un ojo y sentí miedo a la vez que algo se contrajo entre mis piernas.

—Pues esto es todo, ahora solo falta que decidan si obedecerán los deseos de Rupert, o de lo contrario deberán abandonar Ashford Abbey de manera inmediata.

—De negarme, ¿qué sucederá con los sirvientes? —pregunté antes de abandonar la biblioteca.

—Rupert cambió de opinión a última hora, y las puertas quedarán cerradas para siempre después de que el último de ustedes abandone. Ellos también tendrán que marcharse de aquí. Este asunto al parecer lo llevaba meditando durante mucho tiempo.

—Te estamos esperando —dijo Sebastian mirándome con una sonrisa en su rostro que se la hubiera borrado de bien gusto con una bofetada.

Aquello no era tan sencillo. Después de que yo pronunciase mi respuesta todo recaería sobre mí, tanto si respondía con un sí o con un no.

—Debo de pensarlo.

—Disculpe, leeré algo que al parecer no escuchó. —Recuperó las hojas anteriores que ya había pasado y comenzó a leer—. La decisión debe de ser informada antes de abandonar la sala cuando se haya finalizado la lectura.

—¡Mierda!—Espeté.

—¡Qué modales! Mi tío habría salido corriendo al escucharla, jamás se habría unido a usted de conocer bien esas conductas.

—Tu tío es pasado, y al parecer mi presente más inmediato eres tú. Aunque quizás tampoco te agraden mis modales...

—Baronesa —ofreció su mano para tomar la mía—, podré hacer un esfuerzo con tal de obedecer las últimas voluntades de mi querido tío.



Capítulo 16

Inglaterra

Octubre del año 1815



Se escucharon aplausos detrás de la puerta. Y no sé si me sorprendí más por ellos o por la expresión de confusión de lord Sebastian.

—Si son tan amables, deben de firmar aquí y el enlace quedará resuelto. —Levantó su pluma agitándola en el aire para llamar nuestra atención—. Si pudieran darse prisa, tengo una nueva lectura en el día de hoy.

—No se preocupe, firmaré inmediatamente después de mi sobrino —dije dirigiendo la

mirada hacia él.

—Deberás de empezar a llamarme esposo —respondió secamente.

Sin hacer esperar al abogado que tenía todo dispuesto para la firma, documentos recogidos salvo los nuestros, firmamos ambos y lo despedimos en la puerta de la biblioteca.

—Veo que cometí un error —pronunció Sebastian mientras se disponía a abandonar la sala después del licenciado.

—Los de tu clase lo hacen continuamente, juzgan a las personas sin conocerlas —respondí.

—El error fue subestimar tu poder de persuasión con mi tío.

—No sé a qué te refieres, pero si estás insinuando que tengo algo que ver con todo este circo, te equivocas.

—Estoy seguro de que para hacerte con el título metiste pájaros en la cabeza de Rupert. Yo debería de ser el barón, no tener que engendrar uno nuevo.

Apreté fuerte los puños y también lo hice con los labios, y conté hasta diez para no darle un golpe en su bonito y perfecto rostro.

—Eres un estúpido ignorante, no creo que él pudiese decidir eso sobre el título de barón de Kent.

—Y tú una buscona.

No pude, volví a intentar contar hasta diez, pero dijo aquella palabra tan hiriente cuando aún no había llegado ni tan siquiera al seis, y le arremetí un golpe bien fuerte, tanto que se movió del sitio.

—Siento dañarte tu perfecto y precioso rostro, pero una Lawson no aguanta impertinencias de nadie. Ni de su, esposo.

—¿Te parece precioso? —preguntó mientras apoyaba su mano sobre el pómulos golpeado.

La sonrisa que se le dibujó en los labios eran un signo de que el demonio habitaba en él.

La llegada de mis hermanas a la mansión me mantuvo ocupada. Cuando la verja se abrió esa mañana y aparecieron tras ella Jane y Emma, un fuerte júbilo se adueñó de mi alma.

—Eliza —gritó Emma y de pronto se detuvo—, se te ve cambiada, no te sienta bien el color negro.

Reí, Emma era tan sincera que en ocasiones rozaba la comedia.

—Ya sabes, el barón... —le expliqué.

—Deberías de lucir un color más alegre, porque estoy segura de que es así como te sientes después de que el vejestorio ese con mal aliento haya estirado la pata. —Emma saltaba las lavandas que crecían por el camino mientras decía aquello.

—No deberías decir eso, ha muerto alguien.

—Pero bromeábamos con esto antes de tu matrimonio.

—Calla, calla de una vez. Cuéntame, ¿te sientes bien? ¿Tomas tu medicación a diario?

—Tía Rose, ¿por qué Eliza puede decirlo y yo no? —le preguntó a nuestra tía que caminaba detrás distraída e ignoró mis preguntas.

—Imagino que a nadie le gusta escuchar en boca de otros las palabras tan duras que uno mismo pronuncia. —Me paralizó aquella voz.

—Sebastian, ¿qué hace usted aquí? —pregunté.

—Lo propio, me presento ante mi nueva familia.

Todavía no había tenido ocasión alguna de poder hablarles a mis hermanas de aquella estúpida petición en el testamento del barón, no conocían que Sebastian y yo éramos matrimonio.

Me adelanté hasta él y le di un beso en la mejilla, mientras que le susurré cerca del oído que ellas no sabían nada de lo nuestro. Sebastian puso los ojos como platos, y después emitió una carcajada, a lo que yo le arremetí un pisotón de forma disimulada, y él me dio una bofetada en el trasero. Di un respingo al notarla, pero no podía pedir explicaciones o armaría un revuelo que no deseaba. Así es que le lancé una mirada deprecativa y regresé junto a mis hermanas para abrazarlas fuertemente.

Más tarde y después de haber comido, ellas decidieron dormir en la terraza que daba a los jardines. Se tumbaron sobre unas mantas y entre cosquillas y risas fueron aminorando el volumen de sus dulces voces y se quedaron inermes.

—No es propio que tontees con el sobrino del barón, si la sociedad se llegase a enterar sería todo un escándalo, deberías de echarle de tu hogar.

Mi tía era una buena observadora, y para ella no había pasado desapercibido aquel juego de esta mañana en el que Sebastian se tomó más libertades que las que le pertenecían según ella.

—No es lo que cree, piense lo que quiera, que aun pensándolo mucho no podría imaginar la verdad del asunto.

Dejé a mi tía divagando entre las palabras que le había dicho, y me retiré hasta la biblioteca a dejar un libro y a elegir otro.

Si a lo inoportuno de lo de esta mañana con mis hermanas, le sumaba intensidad daba como resultado encontrarme a Sebastian de nuevo en aquel lugar.

Caminé ignorando su presencia, y lo correcto hubiera sido que él hubiese hecho lo mismo, pero su desdén hacia mí no podía refrenar su comportamiento.

—No parece que le resulta cómoda mi presencia, querida esposa.

—No vuelvas a repetirlo —le señalé con mi índice.

—Los modales, cuide esos modales, parece sacada de una choza en mitad del campo. —Aquellas palabras no me hicieron daño por más verdad que fueran, el dolor lo ocasionaba con su tono.

—¿Tiene algún problema con la procedencia de las personas? No parecía importarle de donde había salido la sirvienta que lo acompañaba en su cama aquella mañana.

—¿Celosa? —Colocó su rostro frente al mío.

Tenerlo tan cerca hizo que el corazón me tamborileara, el pulso se aceleró, y mi boca se secó tanto que tuve que pasar la lengua varias veces por los labios para recuperar el aliento y la humedad.

Sebastian se acercó un poco más a mí y dejó sus labios a escasos milímetros de los míos. Jadeé, y entonces él me miró a los ojos, yo sin poder evitarlo jadeé de nuevo, y sin dominio de mi cuerpo no conseguí apartar la mirada. Entonces Sebastian empujó su cuerpo contra el mío y clavó sus manos en mis nalgas, levantó mis glúteos y ejerciendo fuerza se restregó lascivamente notando su abultado miembro sobre mi entrepierna. Deseaba que me besara, pero no lo hizo, se retiró de inmediato justo después de rozar mi mejilla con el borde de su dedo. Obligándome a cerrar los ojos al notarlo.

—¿Por qué te detienes? —pregunté.

—Es impropio para una dama.

—Eres mi esposo —Jadeé pues mi respiración no se había recuperado.

—Ese tema debemos de tratarlo sí, y si es posible mejor en la intimidad, porque no sé si estás dispuesta a aceptar todo lo que tu esposo desea hacerte.

Mi estómago se contrajo, pero nada que ver con las náuseas que su tío me provocaba, este era un sentimiento bien diferente. Aceptaría cualquier cosa que quisiera hacer conmigo.

La señora Marianne carraspeó para comunicarnos que llevaba allí más tiempo del deseado, pero mis hermanas y mis tías debían regresar a su hogar y querían despedirse de mí.

Sebastian se alejó de mí, pero antes rozó su mano con la mía en una especie de despedida, ¿era eso, sentía quizá lo mismo que yo estaba empezando a sentir por él, o quizá era un trofeo más que llevarse a la cama? Fuera lo que fuere, por el momento yo lo estaba disfrutando.

La despedida con mis hermanas fue tierna, cariñosa, bueno, por todas salvo por nuestra tía que seguía sin aceptar las muestras de cariño, ni en público ni en privado, así es que tuvimos que escondernos para poder abrazarnos sin que nos viera. Prometieron regresar de nuevo en pocos días, y Jane me dijo que la tía ya le había encontrado un marido para ella, pero que el duque se encontraba de viaje en tierras francesas, y todavía tardaría meses en conocerlo. No me gustó la ilusión con la que pronunció sus palabras, pero aun con eso, prefería mil veces ilusión a desolación.



Capítulo 17

Inglaterra

Diciembre del año 1815



La visita del tío Devon no estaba programada, y cuando el servicio me comunicó la reciente llegada de mi familiar, antes de alegrarme me preocupó el motivo, porque mamá siempre prefirió a Devon que a su propia hermana, decía que a ella se le veían las ideas, y que nunca ninguna era buena. En cambio a papá su propio hermano le provocaba dolor de estómago, siempre nos dijo que el peor animal que podíamos encontrarnos era el lobo, pero no uno cualquiera, un lobo con piel de cordero, así era como describía a su propio hermano.

—Tío Devon, qué alegría verte de nuevo, pensábamos que viajarías por las Américas durante mucho tiempo.

—Me enteré del suceso y regresé tan pronto como pude, ni enterarme de tu boda con, ¿cómo era su nombre?

—El barón Rupert Ashford —respondí.

—¿A quién tenemos el placer de agradecer tan incómoda visita?

Volví mi cuerpo al completo para recriminar a Sebastian sus modales.

—Sebastian, es mi tío.

—¿El tío tiene nombre? —pronunció duramente.

—Devon, mi nombre es Devon, no quiero incomodar a nadie, solo vine a darle el pésame a mi sobrina —Me estrechó fuerte contra su pecho—, la baronesa Ashford.

Sebastian apretó visiblemente su mandíbula y yo logré zafarme de los brazos fofos de mi tío para acercarme hasta Sebastian e insuflarle paciencia.

—Tío, te presento a Sebastian Ashford, lord Ashford vive aquí en la mansión de su tío desde que nació. Es una gran piedra de apoyo para mí en estos delicados momentos.

Sebastian de nuevo colocó su mano sobre mis nalgas de manera disimulada, aprovechando que no podía recriminarle nada en aquel momento.

—Me alegro de que un hombre tan fuerte te proteja de cualquier suceso. Pero dime, ¿donde es que puedo dejar mi equipaje?

¿Equipaje? Si tan solo deseaba darme el pésame por qué había traído con él todos esos baúles?

Le acompañé hasta una alcoba de invitados, y mandé que le suministraran todo lo necesario para hacer cómoda su estancia, después me dirigí hasta la alcoba de Sebastian para dejarle de una vez bien claro cómo debía ser su comportamiento hasta que la sociedad Londinense supiera de nuestra posición.

Golpeé la madera de la puerta oscura, oscura al parecer como su alma. No deseaba llevarme de nuevo ninguna sorpresa.

—Mi esposa no debería de temer al entrar en mi espacio —dijo con burla.

—No le temo a nadie, creo que ya te lo he demostrado, pero si te atreves a colocar una de tus largas manos sobre mi cuerpo sin pedir permiso antes, entonces serás tú quien deba temer por su vida.

Lo tenía tan cerca que podía oler el sutil perfume de sus ropas. De nuevo mi pulso se aceleraba, y mi corazón comenzaba a dar brincos, mi estómago bailaba su ya habitual danza al reconocer su cercanía, y mi boca jadeante cada vez era más difícil de frenar.

—Pues lo preguntaré.

No conocía a lo que se refería.

—¿Qué?

—¿Puedo tocar tus duras y firmes nalgas?

Jadeé al escucharle, deseaba que me besara, me había quedado hambrienta de sus labios, y ahora necesitaba sentirlos, rozarlos con los míos, probar a qué sabían. A cambio, lo que obtuve fue sus fuertes manos apretando de nuevo mi trasero.

—Bésame —le pedí entre jadeo y respiraciones de ambos más que agitadas.

—Eso no es propio de una dama, ¿quién le ha dicho que puede ir pidiendo besos así sin más?

—Eres mi esposo, debes de cumplir con tus obligaciones —respondí acercándome aún más a su boca, pero por más que lo hacía jamás lo alcanzaba porque él se retiraba lentamente.

—Me temo que solo deseas besarme, y yo poseerte. Si después del beso no lograste separarme no me perdonarías jamás lo que te iba a hacer.

Mi vagina se encogió, mis senos se endurecieron. Escucharle hablar así me provocaba una excitación tan grande que en ese instante me hubiera lanzado sobre él, pero de nuevo la puerta sonó.



Capítulo 18

Inglaterra

Diciembre del año 1815



—¿Me permite, lord Sebastian?

Di un salto al escuchar la voz de mi tío detrás de la puerta de la alcoba de Sebastian. Negué con la cabeza para que lo retuviese un poco, tenía que lograr esconderme antes de que me viera allí. Todo tenía que seguir el curso, primero comunicarlo a mis hermanas, a mi tía y a él, pero antes de todo debía de estar segura de que aquello podía funcionar.

—Deja que me esconda —le supliqué.

Sebastian rio, pero abrió su ropero para que pudiera meterme allí.

Vi como Devon entraba en su alcoba, incluso diría que con ciertos aires chulescos, como si se sintiera por encima de él.

—Bien, veamos, Sebas —se atrevió a decirle.

—Sebastian, ese es mi nombre —le corrigió.

Yo cerré los ojos, porque el curso de la conversación no estaba yendo como esperaba, y en cualquier momento algo se torcería y alguno de ellos golpearía al otro, y, ¿qué iba a hacer yo dentro de un armario?

—Como gustes, no me andaré con rodeos. Tu tío era un hombre muy rico, tanto que ni en diez vidas podrías acabar con su fortuna.

No podía creer lo que mi tío estaba diciendo. Jamás hubiera pensado que él era un loco atrevido como mis ojos estaban viendo.

Vi como Sebastian se sentó en una silla que colocó previamente de espaldas al armario donde yo estaba escondida.

—Me impacienta su conversación, por favor continúe, no se detenga.

—Puedo hacer que mi sobrina me de buena parte de esa fortuna, y si usted se está quietecito la compartiré.

Me tapé la boca al escuchar la proposición.

Sebastian se rio, no dijo nada como respuesta, solo se reía. De pronto comenzó a arremangarse los puños de su camisa, aún se encontraba sentado sobre la silla que bloqueaba las puertas del armario donde yo permanecía.

—Digamos que acepto —dijo Sebastian.

Me horroricé al escucharle.

—Buena decisión —respondió Devon.

—¿Usted seguirá por aquí, se marchará, qué ocurrirá con Eliza?

—No puedo desaparecer de forma rápida, sería una torpeza por mi parte. Con respecto a la joven Eliza, pues tengo planes para ella. Podríamos sacar un buen pellizco, a pesar de ser viuda, solo hay que mirarla, cualquiera querría yacer con ella en su lecho. Hay millones de hombres a los que algunos conozco que pagarían muchas monedas por compartir un rato con ella.

Me quedé petrificada al escuchar hablar así de mí, de su propia sobrina, pero mi rigidez duró poco, porque Sebastian acto seguido de dejarle terminar de hablar se desabrochó un botón de arriba del cuello de su camisa y se acercó hasta Devon para golpear su rostro repetidamente hasta que este pidió indulgencia por su vida.

—Largo de aquí, desaparece de mi vista o conseguirás que te mate.

Solo pude ver como mi tío se deslizaba por el suelo hasta que salió de la alcoba de Sebastian, y después retiró la silla que había colocado frente al armario y salí agobiada.

—Eres un animal, casi lo matas, ¿estás loco? —golpeaba su torso con rabia. Aunque no

sabía si la rabia provenía de ver como había pegado a Devon, o por el contrario de haber escuchado a mi propio tío decir aquello sobre mí.

—Detente, estás furiosa, pero no es conmigo, ese hombre es un canalla. Ya lo has escuchado.

Rompí a llorar cuando me abrazó tan fuerte que bloqueó mis movimientos. Él calmó mi sufrimiento acariciando mis cabellos con una de sus manos, mientras que con la otra continuaba apretándome contra su pecho con fuerza.

—Creo que es hora de que todos sepan que eres mi esposa, no tiene sentido que te escondas por más tiempo.

—¿Y si esto no resulta? Es mi reputación la que quedará manchada —dije entre sollozos.

—¿Temes que no pueda darte un hijo?

Ese hombre lo entendía todo mal, a mí poco me importaba ese título de noble que tanta cólera le había dado perder. Aunque a decir verdad él nunca heredaría un título que sus padres jamás hubieran poseído. Mi miedo era no soportar ese vicio suyo con el licor, y que al parecer lo convertía en otra persona muy distinta a la que parecía que realmente era.

Me marché de su alcoba, me alejé lo máximo que pude de su compañía, deseaba con fuerza regresar al pasado, aquel en el que mi mayor obligación era lavar mis ropas o recolectar flores frescas de los campos colindantes a mi hogar.

Pasamos así evitándonos cerca de dos semanas, y la sorpresa llegó con la visita del abogado de nuevo a la mansión. Nadie conocía aquella cláusula en el contrato matrimonial salvo él. Ninguno de nosotros había reparado en leer las copias que dejó sobre la mesa aquel día en el que nos convertimos en marido y mujer por imposición de Rupert.

—*Milady*, la esperan en el despacho del difunto barón. —Entró Marianne a la biblioteca interrumpiendo mi lectura.

—Aquí ya nada le pertenece al difunto barón, deja de mencionarle —dije apartando de mi regazo el libro que leía.

—Disculpe *lady* Eliza.

—Es a mí a quien debe de llamar baronesa.

Mi carácter se estaba endureciendo, la vida no dejaba de darme golpes, señales para que mi personalidad se fortaleciera.

Al entrar en aquel despacho me di de bruces con la cruda realidad, Sebastian continuaba allí, seguíamos siendo propietarios ambos de aquella mansión, y a pesar del esfuerzo por no cruzar nuestros cuerpos ninguno con el otro, allí estábamos los dos, pendientes de lo que aquel abogado soporífero venía a notificarnos.

—Usted dirá, pero no puedo decir que me alegre de verle, es más, se me hace algo tediosa su compañía —le dije mirando su rostro envejecido. Debía de tener más años que ningún hombre vivo en la faz de la tierra.

—Comprendo su descontento, pero créame que esto que vengo a decir les interesa

escucharlo.

—No se detenga, dígalo pronto que me espera una partida de *whist*. —Sebastian se cruzó de brazos y permaneció en pie.

El abogado comenzó a sacar de nuevo documentos del interior de su maletín de piel pelado por las esquinas, y cuando terminó, se colocó las gafas a la perfección y ocupó su lugar en la silla del escritorio.

—Esta es mi última visita a la casa Ashford —carraspeó y miró a Sebastian—, un punto del que no hablé, ya que debía de mantenerlo en secreto hasta este momento, es este. —Rebuscó por los documentos que sostenía en sus manos hasta que dio con el elegido—. Quedan ambos avisados, y sirva esta lectura como tal para que si en menos de seis meses, mi viuda no ha quedado en cinta, será igual a haberse negado a contraer matrimonio.

El abogado dijo aquello y recogió todo para marcharse, no sin antes decir en el quicio de la puerta: *Si no tengo noticias de su embarazo me temo que deberán desalojar pronto.*

Caí al sillón desolada, pensaba que nada podría golpearme ya con tanta fuerza como aquellas palabras, pero de nuevo volvía a confundirme.

—Ve haciendo las maletas, no tendrás un hijo mío. Si lo único que deseas es obedecer al pie de la letra ese contrato que un viejo chalado se ha inventado para reírse de mí, no te ayudaré a ello.

¿Por qué Rupert iba a querer reírse de él? No encontraba la respuesta, para mí lo único que deseaba el barón era que su título de noble no terminase con su muerte, y aunque un poco peliagudo todo, ese era su deseo.

Aún así me retiré a mi alcoba y saqué un par de baúles para guardar todos esos vestidos que el barón había comprado para mí en los últimos días de su vida. Metí todo en ellos, y me senté a cepillar mis cabellos frente al tocador, aquel tocador que había pedido traer de la alcoba primera que tuve en la mansión, y donde Rupert había fallecido.

Mandé llamar a tía Rose, a pesar de no ser la persona más elocuente que conocía sí era en la que más confiaba, porque al escuchar todo lo que Devon escupió de su sucia boca me di cuenta de que ella solo nos libró de sus garras.

Ya nada me ataba a aquel lugar, y lo único que me apetecía hacer era permanecer encerrada en la gran biblioteca leyendo todos aquellos títulos de libros que jamás volvería a tener en mi poder. Tan cerca de algo que podría ser mío, y tan lejos de algo que jamás lo fue.

—Eliza —escuché a mis espaldas cuando un libro con el lomo escarlata ya tenía en mis manos.

—Tía, qué pronto has llegado —dije volviéndome para mirarla.

Tuve que frenar mis deseos de abrazarla porque verdaderamente necesitaba un largo, y cálido abrazo para reconfortarme.

—Sentémonos aquí, cuéntame qué es lo que ocurre para que tengas que abandonar este lugar de inmediato.

Mi memoria regresó al día en que murió Rupert, y enumeré todas y cada una de las

peticiones que el barón pronunció en su testamento. Tía Rose no daba crédito a lo que escuchaba, y con un gran estupor levantó sus posaderas del sillón para ir a buscar a Sebastian.

—Él no es el culpable de esto, además también está lo otro.

—¿Qué es lo otro? Niña habla de una vez no te quedes callada.

—Devon vino hace unas semanas. —Llené de aire mis pulmones para intentar decir de forma rápida lo que había sucedido—. La excusa fue el pésame, pero quería hacerle una preposición a Sebastian a cambio de dinero, algo así como repartirse el dinero que lograra sacarme, y como último venderme a algún hombre desesperado, o quizá era arrendarme, como si fuese una posesión...

Terminé llorando de nuevo, era tan doloroso volver a recordar como mi tío intentaba venderme.

—Espero que Sebastian le diera su merecido a ese vil y mezquino tiñoso.

Me hizo reír escuchar a mi tía hablar así, ella era tan educada y recatada que las palabras sucias no sonaban con naturalidad en su boca.

—Sí, le dio una paliza para que se alejara de mí.

No me estaba dando cuenta de lo que hacía con mis manos hasta que Rose me las separó, y pude ver como las marcas rojizas se amontonaban sobre mi piel duramente pellizcada.

—Está bien, regresemos a casa. No hay motivo ya para permanecer en este lugar, tienes razón.

—Antes dime una cosa. ¿Qué tuviste que hacer para apartar a Devon de nuestro lado?

—Eliza, el dinero mueve el mundo. Si vuestro tío os hubiese querido ni todo el oro que poseo hubiera sido suficiente, en cambio se conformó con algunas miles de libras. Aunque por lo visto no fueron suficientes para olvidarse de vosotras.

Cerré los ojos y dejé escapar dos lágrimas que se agolpaban bajo mis párpados, y de pronto noté como los brazos suaves y fríos de alguien me rodeaban el cuerpo, fue un abrazo que necesitaba en aquel momento, y cuando abrí los ojos pude ver que era ella quien me estaba reconfortando. Sonreí y apreté mi cuerpo al suyo para sentir su calor, y hasta depositó un beso sobre mi cabeza antes de apartarse.

—Gracias —solo dije eso y salimos de allí sin mirar atrás.



Capítulo 19

Inglaterra

Norfolk, Enero del año 1816

Casa familiar de las hermanas Lawson



Los primeros rayos del sol se filtraban entre las hojas de los árboles, pintando el jardín con tonos dorados y cobrizos. El aire fresco de la mañana acariciaba suavemente nuestros rostros mientras nos aventurábamos por la fresca hierba que crecía sin freno. Cada paso descalzo era una caricia para nuestros pies, una conexión íntima con la tierra misma.

A medida que nos adentrábamos más en el jardín, el murmullo de la vida comenzaba a

despertar a nuestro alrededor. El canto de los pájaros llenaba el aire, entrelazándose con el suave susurro de las hojas movidas por la brisa. Un zumbido distante nos recordaba la actividad frenética de las abejas que buscaban néctar entre las flores.

Nos detuvimos bajo la sombra de un antiguo roble, cuyas ramas extendidas nos ofrecían un refugio acogedor. El césped aún húmedo se adhería delicadamente a nuestras plantas, como si quisiera retenernos un poco más en ese momento de paz y serenidad.

Frente a nosotras lucía esplendida la casa de nuestros padres, la misma que tía Rose había mandado rehabilitar cuando nos marchamos de allí. Ahora todo era perfecto, salvo por un asunto, aún quedaban dos meses para que terminase mi compromiso con el barón de Kent, y se rompiera todo en aquella mansión. Hasta que no se acabase todo no podía concentrarme en otra cosa que no fuera pensar en la pobre gente que servía allí, y que muy pronto se quedaría en la calle.

—¿En qué piensas? —Se acercó Jane hasta mí.

—En lo bonita que estarás mañana en la fiesta de tu compromiso.

—Sí, por fin lo conoceré, ¿crees que será guapo, elegante, fuerte? Ojalá y que se parezca a lord Sebastian.

Sería un eufemismo decir que no me acordaba de él y que pronunciar su nombre mi hermana había hecho que recuerdos se agolpasen en mi mente, porque la verdad era que cada mañana, cada noche, a cada rato, la imagen de Sebastian venía a mi cabeza.

Sin darme cuenta entristecí el rostro, y me senté sobre las amapolas.

—Nunca entenderé por qué dos personas que se aman no pueden ser felices.

—No digas bobadas, y cubre tu rostro, no desearás manchas producidas por el sol.

Tía Rose venía junto a Emma caminando por el campo, aunque ella con calzado, se acercaba la hora de marcharnos, estábamos profundamente agradecidas de todo lo que estaba haciendo por nosotras.

Habíamos aprendido a entenderla, y ella se esforzaba por entendernos a nosotras que imaginábamos no le resultaba nada fácil a su edad.

—No deberíais tomar tanto el sol, las pieles blancas son las más bellas. —Jane y yo nos miramos y sonreímos.

—Tía, ¿cree usted que puedo mandar invitaciones para el baile de mañana? —Jane le preguntó y yo al escucharla abrí mucho los ojos.

—No veo por qué no, hay espacio suficiente.

Jane me guiñó un ojo, y yo negué con mi cabeza, no podía verlo, no quería verle, él es quien había tomado la decisión de no llevar a cabo la petición de su tío, y aunque eso ya me importase poco, un sentimiento de amor crecía en mi interior a medida que pasaban los días y no sabía de él.

Suffolk, Inglaterra

La fiesta había sido breve, incluso fugaz. El duque resultó ser un hombre educado, poco expresivo pero también con un rostro apetecible, y eso era lo que a mi hermana le había

convencido. Cuando llegó el momento de la petición, digamos que el duque hincó rodilla en presencia de más de cien invitados y solicitó la mano de Jane a mi tía que no dudó en hacer el teatrillo oportuno, como si aquello no estuviese más que hablado.

Cuando todos se marcharon, Jane todavía estaba poseída por el espíritu de la emoción, y si nadie le suministraba algún tipo de infusión relajante me temo que podría llegar al día de la boda sin dormir.

—Ya está bien por hoy jovencita, ya conoces la historia. Descansar al menos diez horas, caminar por los jardines a diario, y comer cuando yo diga.

Sí, la historia se repetía, solo pedía a Dios que no terminase igual que la mía.

Pedí permiso a mi tía para poder pasear por los jardines a pesar de ser tarde en la noche, pero no podía hacer otra cosa que caminar para cansarme o leer, y en aquellos momentos nada de la biblioteca tenía como nuevo, todos habían sido leídos ya.

Su figura era inconfundible, hasta a millas lograría diferenciar a Sebastian Ashford de cualquier otro caballero. Ahí estaba, de pie junto al roble. Con los brazos cruzados, una pierna apoyada en la corteza del tronco y con la mirada enfocando a sus pies.

Froté mis ojos para asegurarme de que no eran alucinaciones, pellizqué mi brazo para despertar del sueño que estaba viviendo, y él continuaba allí, junto al roble.

—¿Sebastian? —pregunté, pero pudo ser una afirmación porque estaba segura de que era él.

—Lo siento, tu hermana me invitó pero no tuve valor de rodearme de tanta aristocracia. —Hasta desde mi posición pude ver su sonrisa.

Caminé hasta donde se encontraba, y aunque hubiese corrido por estar cerca de él un segundo más, me contuve y caminé erguida y con pasos elegantes.

—Imagino que has venido para decirme algo... Aquí me tienes —le dije al quedar frente a él.

La primera vez que acaricié mi brazo tuve una reacción de rechazo, pero cuando acercó su mano hasta rozar mi mejilla, cuando acercó su boca hasta quedarse en el hueco de mi cuello y mi hombro, cuando me apretó contra su cuerpo, aquella reacción desapareció de inmediato. Ahora mismo podría hacer lo que deseara conmigo, que nada podría hacer para evitarlo.

Sin dejar de apretarme junto a él, besé su cuello, sí, fui yo quien lamió su piel, paseé mi lengua por sus labios para lograr que me besara, pero aun así se resistía de nuevo, entonces di un paso hacia atrás para preguntar.

—¿Por qué no me besas? No entiendo que no desees mi boca.

—Ya te dije una vez que si besaba tu boca y devoraba tu lengua no habría lugar para negarte, no podré detenerme, por eso evito tus dulces labios.

—No puedes evitarlos, te desean tanto como tú a ellos, así es que no tengas miedo en no poder detenerte, necesito que lo hagas, necesito que nuestros cuerpos desnudos se acaricien el uno con el otro, que tu miembro se introduzca en mi interior, y que sigas apretando mis nalgas como siempre lo has hecho hasta ahora.

La bata cayó, las manos de Sebastian eran intrépidas por mi cuerpo, la boca devoraba cada suave pedazo de mi piel, y su boca al fin llegó hasta la mía, primero con cierto reparo. Besó mi labio inferior y gimió suavemente al hacerlo, después agarró el superior y lo succionó con suavidad, encajó su boca con la mía y paseó su lengua por dentro, sus movimientos eran excitantes, su respiración me llevaba hasta la extenuación, y de pronto una de sus manos que acariciaban mis senos bajó hasta mi bajo vientre.

—No te asustes —dijo al notar como di un respingo.

Al contrario de hacerlo abrí mis piernas para dejar expuesto mi sexo, quería sentirlo, deseaba hacerlo.

El se arrodilló y levantó la tela de mi camisón, metió su cabeza por debajo y retiró la ropa interior que cubría mi sexo para tener mayor acceso, acarició mi intimidad con su lengua y yo gemí, lo hice tan fuerte que salió rápido de debajo de mis ropas para silenciarme.

—No puedes hacer eso, despertarás a todos.

Me ayudó a tumbarme sobre el manto de hierba, estaba húmedo, pero antes de que mi cuerpo tocara el suelo, colocó su chaqueta y camisa sobre él. Verlo desnudo de nuevo era todo un regalo, mi cuerpo se encogía desde adentro.

—Dobla las rodillas —me pidió una vez en el suelo tumbada.

La relajación de aquella postura era perfecta, no tenía que pensar en nada más que no fuera en disfrutar de lo que me hacía.

Las caricias de sus dedos eran exquisitas, y de pronto introdujo un poco uno de ellos en el interior de mi cuerpo. El deseo se multiplicó y le supliqué que me hiciera el amor. Su respuesta fue inmediata, se retiró el pantalón mientras besaba mi boca, y en pocos segundos noté como algo grande y duro se colocaba sobre mi sexo.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con voz quebradiza.

—Te deseo más que nunca —respondí.

Con la ayuda de su mano introdujo su pene en mi interior y las primeras veces que movía aquello dentro de mí, sentí un dolor seco como el fuego.

—¿Qué ocurre? No me irás a decir que jamás...

Negué con la cabeza, no me atrevía a decírselo, pero mi edad era corta, mi marido no había logrado consumar el matrimonio, murió antes de que lo consiguiera, pero él no tenía porque saber todo aquello. Nunca me había preguntado, y de ser así yo jamás le hubiese contestado a tal cosa.

Se detuvo de inmediato. Creí que me dejaría abandonada en mitad de la noche, pero no fue así.

—No debe de doler, ¿lo entiendes? No tienes que aguantar ninguna clase de dolor.

Volvió a introducir su enorme miembro, y ahora mientras eso ocurría, con la ayuda de una mano acariciaba también mi vagina, de esa manera comencé a humedecerme rápido y la fricción del principio desapareció. Los gemidos se tornaron menos espaciados, mi cuerpo danzaba bajo el suyo, arqueaba mi espalda para que su pene entrara más profundamente. Los movimientos

cambiaban de ritmo. Pasaron de lentos y profundos a rápidos y cortos, después a lentos, de nuevo rápidos, y entonces una explosión de calambres que me llevaron al cielo, junto a unos impulsos involuntarios que provenían de su cuerpo, dieron por terminada la noche.

—Te amo —le dije.

Vi como él se separaba un poco de mí, y con el semblante serio pronunció.

—Eliza, no deberíamos de confundir los sentimientos, esto es tan solo lo que es.

¿De qué demonios estaba hablando? ¿Acaso había llegado hasta aquí solo para llevar a cabo un plan? ¿Era eso lo que acababa de ocurrir? ¿Solo vino para poseerme?

Me quedé perpleja, no reaccioné.



Capítulo 20

Inglaterra

Abril del año 1816



La casa al completo se vestía con sus mejores galas para recibir la ceremonia que uniría en matrimonio a Jane y al duque de Summerfield. La gran pregunta que todo el mundo se hacía era: ¿cómo de comprometido estaba el duque con *lady* Jane? Porque muchas lenguas mencionaban ya que lo habían visto disfrutar en los burdeles del oscuro Londres de la compañía de señoritas de dudosa reputación.

En cada ocasión que mencionaba el asunto a mi hermana, a esta le entraban las prisas por cepillar su largo cabello. No deseaba escucharme.

Habían pasado solo cuatro días desde aquel encuentro con Sebastian en los jardines de la casa de tía Rose, recordar lo que ocurrió me erizaba la piel todavía, me ardía el pecho, y mi vientre se contraía a cada segundo que él estaba en mi cabeza. Dejé escapar un suspiro mientras paseaba por los jardines de la mansión. Me detuve frente a un rosal, me llamó la atención lo extraño de su color. Algunos pétalos de sus flores lucían un tono rosado, en cambio otras se desteñían en el interior de sus pétalos.

—Preciosas, ¿verdad? —La voz inconfundible de tía Rose me sacó de mis pensamientos.

—Diferente.

—Ahí está la belleza, pero no creo que quieras hablar de flores. He escuchado que el sobrino del barón visita las tabernas de Londres en lamentable estado.

—No es asunto mío.

—Vosotras tampoco lo erais para mí, pude dejaros en compañía de Devon, pero sabía que no era justo para tres jóvenes.

¿Qué es lo que pretendía con eso?

—No es lo mismo, somos familia.

—Es tu esposo.

—Porque un pedazo de papel lo dice, porque un loco moribundo lo escribió, porque mi enajenación en aquel momento hizo que firmase sin pensar en las consecuencias que podría tener.

—Porque cuando firmaste aquel contrato creíste que podrías amarlo, porque ese hombre seguro que te hacía sentir viva, y algo me dice que no puedes escapar de su recuerdo.

Las palabras de tía Rose me sorprendieron, hablaba como si fuera mi conciencia, como si hubiera ocupado mi cuerpo en alguna ocasión, hablaba en voz del amor.

—¿Lo amaste? ¿Amaste alguna vez al duque? —le pregunté confundida, pues siempre había creído que era interés.

—Amé cada caricia, cada gesto de caballerosidad, cada palabra de cortesía, y ahora me arrepiento de no habérselo dicho. En otros tiempos tenía la absurda convicción de que los sentimientos debilitaban a las personas.

Rompió a llorar como una niña que siente dolor, lágrimas resbalaban por sus mejillas sin control, gemidos sonoros se escapaban de sus labios. Abracé su cuerpo, la acuné en mi regazo para aplacar su pena, y en pocos minutos cesó su tristeza.

—Recuerda que las Lawson hacemos cosas increíbles cuando amamos —dijo.

Tía Rose se separó de mí, secó su rostro con un pañuelo, enderezó su moño en la parte baja de su cabeza, arregló las faldas de su vestido, y levantó su barbilla para recuperar ese aire de indiferencia que le gustaba aparentar con el resto.

—Tía, solo algo más —le dije antes de que se alejara del rosál.

—No me hagas perder el tiempo tengo una boda que preparar y a unos invitados a los que atender.

—Es sobre el duque de Summerfield, ¿él ama a Jane? —Miré su rostro intentando averiguar si la respuesta que me diera podría ser de verdad.

—¿Te amaba tu esposo antes del enlace?

—Pero mi esposo... —¿De qué esposo hablaba? Del barón, de Sebastian...

Me vio dubitativa y chasqueó sus dedos para llamar mi atención.

—¿Crees que es diferente la respuesta si piensas en lord Sebastian? —Tía Rose abrió mucho los ojos y pude ver como sus labios se curvaban percibiendo una disimulada sonrisa.

Corrí por los jardines hasta llegar a la casa, mandé preparar un carro para que me llevase hasta Ashford Abbey. Lamentaba profundamente no asistir al enlace de Jane con el duque, pero estaba segura de que podría perdonarme.



Capítulo 21

Inglaterra

Abril del año 1816



Al salir de la mansión de tía Rose el cielo anunció que se acercaba una tormenta, sí el cochero era competente no aminoraría la marcha en ningún momento para poder llegar hasta Ashford Abbey antes de que estallase el diluvio. Dudé en dar media vuelta debido a las señales que al parecer me mandaba la naturaleza. Un fuerte viento comenzó a soplar creando unas melodías casi insoportables, los rayos del sol habían desaparecido al completo sin dejar rastro alguno, la niebla se levantaba y un camino lóbrego se mostró ante la carroza.

Cuando por fin nos detuvimos frente a las puertas de la gran mansión el cochero abrió la portilla para ayudarme a bajar a tierra.

—Tenga cuidado *lady* Eliza, todo está encharcado hasta la gran puerta.

Me extrañé que nadie saliera a recibir la visita, claramente nadie conocía de mi llegada, pero el servicio debería continuar al menos algunos meses más, pues aún no se había cumplido la fecha del plazo.

Trevor, el conductor de tía Rose me acompañó hasta quedarnos bajo cobijo, las puertas continuaban cerradas, di varios golpes sobre la madera con la ayuda de un bastón que sostenía en su mano Trevor. Cuando se abrió, apenas escasos centímetros que me permitieron ver a Marianne, su rostro estaba envejecido, sus pómulos eran más visibles, estaba claro que había perdido peso notablemente, lo que no conocía era el motivo, porque todo debería de funcionar de la misma manera que antes hasta que se terminara el plazo.

—Baronesa, ¿qué está haciendo aquí? —No, no se alegraba de verme.

—Buenas tardes también a usted, Marianne. Vengo a ver a Sebastian —dije empujando la puerta para poder acceder al interior.

Aquella también era mi propiedad aunque solo fuera durante un tiempo, nadie podía prohibirme la entrada.

—Lord Sebastian no se encuentra disponible en estos momentos —dijo aquello con su voz, pero su cuerpo nervioso y sus ojos dirigidos hacia el salón de reliquias, decían lo contrario.

—Le esperaré, no tengo prisa, sirva un té caliente mientras tanto a Trevor, yo visitaré la biblioteca...

—¡No! La biblioteca no, están remodelándola.

No había que ser diplomada para intuir que Sebastian se encontraba en la Biblioteca, así es que esperé pacientemente a que se alejara a servir el té para el cochero, y fue en ese momento cuando me dirigí con paso firme hasta la biblioteca.

No conocía cual era el estado de Sebastian, pero sabiendo su gusto con el licor sí que imaginé que en el instante en que mis ojos lo vieran sostendría un vaso en su mano.

Los nervios no me permitían quedarme quieta, ahí estaba yo, frente a la puerta doble de madera pintada de blanco y adornada en oro. Puse mis manos sobre los tiradores de las puertas, respiré profundamente, cerré los ojos, mi corazón tamborileó al ser consciente de que iba a ver a Sebastian. Con cierta aprensión abrí, y el miedo y los nervios desaparecieron al ver lo que Marianne trataba de esconderme.

Sebastian clavó su mirada en mí, duró un segundo, después una de las dos mujeres que lo acompañaban se colocó a horcajadas sobre él, desnuda, mientras la otra acariciaba a ambos y besaba los senos de la primera.

—¡Fuera! —grité.

Ellas corrieron a vestirse al escucharme, él se levantó del sillón de la lujuria y el desenfreno, agarró un vaso ancho que contenía licor en su interior y lo alzó mientras me miraba, no pronunció nada, a saber si podía hablar. Su cuerpo advertía una gran ingesta de alcohol, y su

aspecto era desaliñado.

Las mujerzuelas salieron de la estancia escabulléndose sin hacer demasiado ruido, y tras ellas cerré las puertas.

—No deberías dejar que el servicio viera esta actitud relajada que muestras —dije con tono humillante.

—¿Vienes a reemplazarlas? Sí, me gustas más tú, colócate sobre el sillón. —Me costaba entender lo que decía, su lengua tropezaba continuamente, igual que lo hacía su cuerpo mientras trataba de acercarse a mí.

—Es mejor que te calles, y deja de una vez de beber, por Dios.

—Dios no está aquí, ¿tú lo ves? —Abrió mucho los ojos con la ayuda de sus dedos. Daba vergüenza verlo.

—Eras la esposa de mi tío, la bella y joven esposa del barón Ashford, ¿sabes qué es lo que pensé cuando te vi la primera vez? —Todavía estaba desnudo, pero no sentí deseo al verlo de aquella manera.

—Deja de hablar, me cuesta entender tus palabras, estás ebrio.

—Me ayuda a olvidarte, necesito sacarte de mi cabeza, las mujeres sois la lacra del mundo.

Escucharle hablar así solo hizo que sintiera pena por él, la angustia que pude experimentar en ese instante me dio la fuerza necesaria para abandonarle para siempre.

Caminé sin volver la vista atrás, y cuando puse mis manos de nuevo en los tiradores de las puertas, el ruido ensordecedor del vaso de cristal golpeando contra el suelo hizo que me girase de inmediato.



Capítulo 22

Inglaterra

Abril del año 1816



—Ayuda, que venga alguien, Marianne, llame al doctor, rápido. —Sebastian había perdido la consciencia y parecía que le costaba respirar.

El servicio corrió al escuchar los gritos, y Trevor fue a casa del doctor que se encontraba a tan solo media milla de distancia.

Recé para que las inclemencias del tiempo nos dieran una tregua y que el viaje pudiera hacerse rápido y sin contratiempos, mientras tanto dos de los jardineros de la mansión llevaron a

lord Sebastian a su alcoba.

Al entrar en la alcoba de Sebastian junto a los jardineros, una ola de decadencia y desolación me envolvió al instante. Inhalé el aroma rancio del tabaco impregnado en las cortinas pesadas que se mecían suavemente con el viento que penetraba por la ventana entreabierta. Mis ojos, acostumbrándose a la penumbra, encontraron muebles cubiertos de polvo.

Las botellas vacías de licor y las copas sucias adornaban la mesa cercana que notablemente había utilizado como bar, una macabra exhibición de los excesos del lord.

La cama con las sábanas arrugadas y manchadas habían sido testigos mudos de noches de insomnio y libertinaje.

Una sensación de desolación y tristeza se aferró a mi pecho, solo pude que salir fuera a esperar al doctor.

En la puerta, nerviosa, caminaba aquella sirvienta que desde que entré en aquel hogar me había dejado ver que Sebastian era mucho más para ella que el sobrino del barón.

—¿Cómo ha dejado que suceda eso? —Señalé la puerta de la alcoba de Sebastian.

—Nadie traspasa las puertas desde que usted se marchó de Ashford Abbey.

—¿Conoce qué le ocurrirá a usted cuando termine el plazo de pocos meses?

Marianne escondió la cabeza avergonzada entre sus hombros, como una tortuga que teme por su vida y se esconde en el interior de su caparazón.

—No importa lo que me ocurra, solo importa el joven Sebastian.

—Él no es su responsabilidad, en cambio usted sí que lo es de él. Debería de preocuparse por sus empleados y hacer esfuerzos, no vivir sin preocupaciones, deleitándose en la libertad y la felicidad que caracterizan su existencia privilegiada.

—El joven Sebastian nunca fue un privilegiado, él siempre estuvo enfermo, esa cama que hay en su alcoba era su compañera de vida —dijo señalando la puerta negra—, solo meses antes de su compromiso con el barón consiguió alejarse del lecho y comenzó a vivir.

—Pues debería de aprovechar su vida y agradecerle a Dios que está sano y no comportarse como un necio.

—Es por su culpa, usted es la culpable.

—¿Qué dice, por qué me culpa a mí?

—Desde aquel día que el joven acompañó a su tío a pedir su mano, en aquel momento comenzó una guerra entre tío y sobrino para impedir que usted formase parte de esta familia.

—¿Por qué? —pregunté con miedo.

Yo no recordaba haber visto a nadie que acompañase a Rupert tal día, pero es cierto que mi nerviosismo pudo cegar cualquier cosa o persona que anduviera aquella mañana en casa de tía Rose.

—¿Todavía no se acuerda de él? —No entendía lo que me quería decir—. No importa, eso es pasado, y cuando la vio en casa de su tía... Primero creyó que usted era una cazafortunas, al poco después de tenerla por aquí —Marianne se alejó de la puerta de la alcoba de Sebastian y

susurró—, él se enamoró de usted.

—¡Se lo inventa!

El doctor llegó, las puertas de la mansión se abrieron con fuerza rebotando con un fuerte golpe al volver al sitio. Trevor, el cochero cargaba con su maletín para que el galeno subiera la escalera más rápido.

—Por aquí, doctor. —Abrí las puertas de la alcoba de Sebastian.

—Ventilen, por Dios, este olor es insufrible —espetó el doctor al entrar y ver el estado de abandono.

Con un ligero movimiento de cabeza y mirando toda aquella basura, ordené al servicio que recogieran todo con premura.

—¿Qué hacía el lord en el momento del desmayo? —quiso conocer el facultativo.

—Leía en la biblioteca —se apresuró a mentir Marianne.

—No es cierto —dije al doctor. Después volví el rostro hacia la sirvienta y levanté una ceja mostrando mi enfado, más tarde la eché de la estancia—. Sebastian se encontraba en la biblioteca sí, pero no eran libros lo que sostenía en sus manos, más bien licor y fulanas, doctor.

—Entiendo. —Parecía que conocía bien a su paciente.

—¿Se recuperará? —Apreté fuerte mis manos la una con la otra y sentí miedo de haber formulado aquella pregunta.

—Esta recaída tendrá consecuencias, no puedo engañarle, y suerte tiene que goza de una buena fortuna de la que seguro le ha dotado su tío. Si no fuera así, moriría en poco tiempo.

¿Morir?



Capítulo 23

Inglaterra

Abril del año 1816



Dos días con sus soles y sus lunas habían transcurrido ya, dos de los cuales poca mejoría se había notado en Sebastian. El doctor acudía a diario para visitarlo, pero en cada ocasión, las noticias no eran diferentes.

Las alfombras del pasillo de la alcoba de Sebastian debían de estar horadadas, pues las largas consultas del doctor me las pasaba caminando de un lado para otro frente a su puerta, esperando noticias mejores. Era muy consciente que lo principal del asunto era la salud de

Sebastian, pero sin dinero, aquello iba a ser imposible, así es que tomé la decisión, la única que existía.

La puerta se abrió lentamente para dejar salir al doctor, me acerqué a su encuentro para que me repitiese de nuevo y ser consciente de lo que podría ocurrir en caso de no recibir la medicación.

—Tengo buenas noticias —dijo con una sonrisa impresa en su rostro—, la medicación está funcionando como esperaba, todavía está débil, sus riñones lo están, pero todo marcha como nunca imaginé que conseguiría.

—¿Entonces cuando mejore esto será una pesadilla del pasado?

—No se equivoque, si deja de tomar estas pastillas —dijo agitando un frasco que sostenía en su mano—, morirá.

Apreté fuerte la mandíbula hasta notar el crujido de una de mis muelas, me llevé la mano a mi rostro de inmediato para apaliar el dolor, y después de despedir al doctor entré en la alcoba de Sebastian.

Había mandado cambiar las alfombras, cortinas y los muebles que componían todo el mobiliario, y después de tomar la decisión de la que estaba más que segura, también trasladaría hasta allí mi tocador.

Me senté sobre la cama junto a la mano de Sebastian, no estaba despierto pero sabía que pronto lo estaría, y también conocía lo difícil que iba a resultar la vida junto a ese hombre que tenía frente a mí, pero yo era una Lawson, y nosotras éramos mujeres fuertes y valientes.

—Haga el favor de mandar llamar al abogado de la familia —le dije a Marianne cuando cerré la puerta de la alcoba de Sebastian al salir.

—Como desee, baronesa.

No tenía claro si debía informarle del estado de Sebastian, o solo ponerle en conocimiento de los cambios sufridos hasta ahora. Era muy consciente de que lo fundamental era la salud de mi esposo, y por ello velaría.

Mientras tanto, poco podía hacer yo, más allá de esperar a que llegase, y recriminarme los errores cometidos en el pasado. Y el mayor de ellos tenía por nombre Sebastian, ese caballero apuesto que con su picaresca y su arrogancia había sabido llegar hasta hacerse un hueco en mi corazón.

Me senté en el despacho, antes llamado el despacho del barón. Aparté las cortinas de una de las ventanas, en ese momento pude ver que se había teñido el cielo con un manto espeso negro, y que algunas estrellas adornaban en lo alto.

Unos suaves y repetidos golpes resonaron en la madera de la puerta, di por supuesto que sería el abogado, y regresé a mi lugar en el escritorio, sentada en la silla de cuero verde. Todo estaba a punto de cambiar, un esfuerzo titánico por salvaguardar la salud de una persona.



Capítulo 24

Inglaterra

Abril del año 1816



—Buenas noches —dijo el abogado en medio de un bostezo poco cortés.

—Lamento haberle hecho llamar a estas horas de la noche, si le soy sincera no me había dado cuenta de lo tarde que era.

—No se preocupe en exceso, entiendo que la vida relajada de una dama debe ser así, sin responsabilidades, sin horas de esclavitud...

Aquel anciano que tenía frente a mí no tenía ni idea de las responsabilidades que una mujer podía adquirir en poco tiempo, pero no era eso lo que importaba en el momento, así es que ignoré lo pronunciado.

—Le he mandado llamar para que haga efectivas todas las donaciones que mi difunto esposo dejó escritas en su testamento, como era su voluntad. Todo permanecerá como siempre debió ser.

—Lamento lo que voy a decirle baronesa, si me permite... —Sacó un documento de su desdeñado maletín y me lo ofreció apoyando su trasero en el borde de la silla.

Lo recibí confusa, creía que todo estaba dicho, y no entendía que nuevos capítulos se abrieran a estas alturas.

Comencé a leer, y cuando llegué al final me di cuenta de que todo lo que se mostraba ya era sabido con anterioridad.

—No es nada nuevo —dije confundida.

—Así es, nada nuevo, pero como bien ha leído —carraspeó—, no puedo hacer efectivas las dotes hasta que tenga conocimiento de que un heredero se alberga en su interior.

—¿Me ha tomado por estúpida?

—Baronesa, no es mi intención...

—Si no fuera así ¿por qué demonios iba a llamarle yo a usted?

Vi que en su rostro se reflejaba la incredulidad, por lo tanto no me dejó opción a otra cosa.

Me levanté de mi silla, rodeé el escritorio del despacho y sin dejar de mirarle, igual que él a mí cerré la puerta con cerrojo.

—¿Baronesa?

—Un momento, no se impaciente. No me resulta fácil hacer esto, pero veo que es necesario.

El abogado se sintió nervioso y se removió inquieto en su silla, hizo un intento de levantarse, pero puse mi mano sobre su hombro para que no lo hiciera.

—Dicen que el poder de una imagen eclipsa las palabras mil veces.

Incliné mi cuerpo hacia delante, recogí la falda de mi vestido por la orilla del bajo, comencé a doblarlo dejando mis piernas al descubierto, el abogado familiar cerró los ojos y también se los cubrió con ambas manos.

—No es decoroso para una mujer esta actitud, baronesa.

—Abra los ojos de una maldita vez —le dije mientras dejaba mi vientre a la vista.

El abogado abrió uno de sus ojos, separó los dedos de una de las manos dejando un hueco entre ellos y miró frente a él mi figura.

—¿Pretende hacerme creer que su vientre ha sido bendecido?

Rebufé, deje mis ropas caer, y me coloqué muy cerca de su rostro, dejando el mío a su altura con la escasa separación de menos de un palmo.

—La palabra de la baronesa debería de haberle servido desde el principio de esta conversación, me ha obligado a enseñarle parte de mi cuerpo desnudo, así es que no me enfade. Dentro de menos de treinta semanas el nuevo barón de Ashford vendrá a este mundo, engendrado por el sobrino de Rupert, mi difunto esposo, ahora salga de aquí y haga efectivas las dotes si no desea tener problemas con esta casa.

Mis manos se encontraban frías y sudorosas, y el corazón me latía con fuerza en el pecho. Estaba experimentando una sensación de opresión en el pecho y una sensación de vértigo en la cabeza. Además de eso empezaba a tener dificultades para respirar y sentía un nudo en la garganta. Agradecí que aquel hombre se marchase de forma rápida y dando por válido mi discurso dijo que en los días venideros todo aquel que apareciese en el testamento obtendría su dote.



Capítulo 25

Inglaterra

Mayo del año 1816



Tomé aire disimuladamente, de nuevo me encontraba frente a aquella puerta pintada en color negro. Eso tendría que cambiar también, mandaría pintar la puerta aquella misma mañana.

Antes de traspasar el quicio de la alcoba de Sebastian me detuve a preguntarme, ¿qué pensaría mamá sobre lo que acababa de hacer la noche anterior? Papá se estaría removiendo en su tumba al ver en lo que me había convertido. Más de diez personas destinadas al servicio, carros y caballos propios, asignaciones varias, todo lo que él siempre odió.

Tras pasé las puertas, todo se encontraba en la máxima penumbra, descorrí las cortinas para dejar que el sol iluminara la alcoba, abrí una rendija de la ventana para ventilar, y ojeé la cama donde mi esposo descansaba ya por más de veinte días.

El doctor dijo que su cuerpo recobraría la fuerza de antes, pero que las secuelas durarían al menos ese tiempo, y ahora tan solo cabía esperar que despertase de un momento a otro, los sedantes se retiraron en la visita anterior, y el miedo se albergaba en mi interior cada segundo que permanecía junto a él.

—No espero nada de ti, solo que te recuperes, tan solo eso. —Deposité un beso en mis dedos y los estampé con delicadeza en sus labios.

—Usted sabe que cuando el señor despierte nada habrá cambiado para él, ¿verdad? —Las duras palabras de la sirvienta me golpearon fuerte para hacerme regresar a la realidad.

—Debía de hacerlo, si no hubiera mandado llamar al abogado quizá ahora estaría usted llorando cerca de su tumba.

Quise sonar fría, distante, como si Sebastian no me interesara lo más mínimo, como si no soñase con el momento en el que abriera los ojos y pudiese contemplar sus ojos acero, como si mi piel no extrañase sus caricias, o escuchar su risa no fuese lo que más echaba de menos entre aquellas paredes.

—¿Y usted? —Marianne se acercó hasta mí.

—Como ya ha podido observar es un hombre entregado a todas las mujeres, no podría enamorarme jamás de alguien así.

Aquel recuerdo de Sebastian junto a esas dos mujeres era lo más duro de soportar.

—Ya le dije que solo trataba de olvidarla, está enamorado de usted, aun cuando su tío era su esposo. Conozco bien a mi niño —dijo Marianne acariciando la mejilla de Sebastian con su mano.

—No vuelva a hablar de eso, lo importante ahora es su salud, su bienestar y que todo en Ashford marchará como siempre.

Sentí un mareo, y algo ácido se posó en mi estómago que fue subiendo por mi garganta. A medida que subía lo quemaba todo a su paso, y cuando llegó a mi boca vomité sin poder controlarlo.

Nadie allí conocía mi estado, solo yo lo descubrí, el doctor no me había visitado, el abogado no era hombre de muchas palabras, y en el testamento de Rupert no decía nada de comunicar al mundo lo que él solicitaba.

Marianne se acercó hasta donde estaba, arrugó la frente y observó mi cuerpo. No podía notar nada, pues los vestidos que había mandado coser eran más volados bajo el pecho y mi barriga aún no era notable para nadie más que para mí.

—¿Se encuentra bien, baronesa?

Sonreí al escuchar que se dirigía a mí de aquella forma. Le había costado pronunciar aquel título, pero finalmente lo había hecho.

—El desayuno no me ha sentado bien, me empeño en tomar vitaminas tomando naranjas,

pero aún son demasiado ácidas. —Escondí mi rostro mientras le mentía.

Gracias a la buena suerte que parecía acompañarme un fuerte revuelo se formó en la casa, y sin pedir permiso la puerta de la alcoba de Sebastian se abrió para dejar pasar después a una de las sirvientas de la casa.

—La buscan, es su familia.

—No vuelvas a poner un pie en esta estancia, ¿queda claro? —pregunté.

—Debía de avisarla, baronesa —me respondió. Al parecer le gustaba mucho irritarme.

—He sido indulgente contigo, a pesar de ver con mis propios ojos como salías del camastro del lord... —Estuve a punto de acercarme hasta ella y abofetear su rostro inmaculado, pero de pronto recordé que una señorita no entra en la cama de nadie si no es bien recibida.

Respiré profundamente, me volví para comunicar a Marianne que me disponía a recibir la visita, y cogiendo sus manos le pedí que al más mínimo movimiento de Sebastian me llamase.

Marianne me dedicó una sonrisa y yo se la devolví en señal de gratitud.

—Volveré tan pronto como pueda desalojar a mi hermana Jane, seguro que viene a reprocharme que no asistiera a su boda.

—Yo estaré pendiente de él —me tranquilizó—, no se preocupe.

Descendí por las escaleras nerviosa, todo en aquel día me generaba nervios.

—Solo he cumplido con mi obligación, no te enfades conmigo —le dije a Jane al tenerla frente a mí.

Ella me respondió con un abrazo tan fuerte que sentí miedo al pensar que algo terrible había ocurrido.

—¿Emma está bien? —conseguí preguntarle zafándome de sus brazos.

—Es el duque —me dijo entre sollozos.

—¿Tu esposo? Los matrimonios pelean en ocasiones, no debes de tenerlo todo en cuenta, eres demasiado sensible, mi duquesa —bromeé.

Tía Rose apareció de entre las sombras, no la había percibido allí en un primer momento.

Nos mantuvimos la mirada unos instantes. Yo intentaba encontrar allí una respuesta para esa visita, además al no ver a Emma, la pequeña de nosotras empecé a preocuparme, y a creer que Jane tenía motivos para llorar.

—No consigo comprender nada, ¿qué ha ocurrido con el duque? —Miré a tía Rose.

—Quizá no haya mucho que entender. Quizá sea la naturaleza de ese hombre y ya está.

Abrí mucho los ojos. Toda Londres, y buena parte de Inglaterra conocía los gustos del duque de Summerfield. En infinitas ocasiones intenté poner en preaviso a Jane, pero ella eclipsada por su belleza exterior no quiso ver cómo era realmente.

—Jane, ¿por qué estás aquí? —La tomé por la barbilla.

—Se ha marchado, el duque se ha marchado, no me dijo a donde, ¿me ha abandonado?

Cuanto dolor debía de estar experimentando mi joven hermana, su esposo se marcha dejándola sola, y lo peor de todo, enamorada, porque toda Londres sabe también que Jane es la joven más enamoradiza que existe entre las damas.

—Baronesa, baronesa —me solicitó una sirvienta.

—Ya le he dicho que tenías asuntos de los que ocuparte —dijo la tía acercándose hasta Jane y arropándola con un suave abrazo—, ¿Sebastian continúa recuperándose?

Al escuchar el nombre de él, corrí hasta su alcoba como alma que lleva el diablo. La sirvienta me había llamado porque seguro Marianne le había mandado llamarme. ¿Se había despertado? ¿Por fin podría ver sus dos aceros de nuevo?



Capítulo 26

Inglaterra

Mayo del año 1816



Cuando mis pies pisaron de nuevo aquella alcoba a la que había sido llamada, el corazón tamborileó tan fuerte que tuve que echar la mano al pecho para lograr apaciguarlo.

—Ha despertado —dijo Marianne con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

Estaba claro que aquella sirvienta sentía un amor innegable por el joven Sebastian.

—¿Ha dicho algo? —pregunté todavía sin acercarme al camastro. Me daba miedo la

reacción que pudiera tener al encontrarme allí.

—Solo balbuceaba antes de abrir los ojos, preguntaba por su madre —dijo en un susurro acercándose hasta mí.

—Entiendo.

—Pero acérquese, ¿No desea verle despierto?

Afirmé con la cabeza, pero no me atreví a decir ni una palabra. Me estaba acercando y no quería que reconociera mi voz.

Ya en la distancia que me separaba de él pude apreciar el color de sus ojos, su mirada estaba enfocada en la ventana. No culparía a nadie de querer mirar por ella, aquella alcoba tenía las mejores vistas de toda la casa. El jardín trasero de la abadía, el mejor cuidado, el más colorido, donde había descubierto especies de flores que no conocía.

—Sebastian, mira quien está aquí —dijo Marianne intentando llamar su atención.

—Déjanos solos. —Sus palabras me estremecieron.

Agarré fuertemente el brazo de la sirvienta para intentar que no me abandonase, no estaba preparada para quedarme a solas con él. Y aunque me había prometido no volver a caer en sus manos, no deseaba escuchar que él no me quería cerca.

Marianne se soltó de mi agarre y depositó un beso en mi frente.

—Están destinados a amarse, ¿qué más pruebas necesita? —pronunció con un suave y fino hilo de voz.

La puerta se cerró después de que ella se marchara, y Sebastian en ese instante volvió su cabeza hacia la puerta. —Imaginé que para asegurarse de que estábamos solos.

—¿Cuántos días han pasado? —Continuaba sin mirarme.

—Casi un mes. —Yo si que le miraba, no podía desaprovechar la oportunidad de hacerlo.

—No sé como lo has hecho para que podamos permanecer en la casa Ashford, imagino que le he tenido que dar excesiva pena al abogado para que no terminara echándome como a un perro de aquí.

Comencé a sudar, mis manos también estaban empapadas en un sudor frío, en cambio mi cuerpo se estremeció y mi vista se nubló, tanto que comencé a perder el equilibrio.



Capítulo 27

Inglaterra

Mayo del año 1816



Unos suaves golpecitos en mi mejilla que provenían de la mano de Marianne me hicieron volver en sí.

—Baronesa, ¿qué le ha ocurrido?

—Deben ser las temperaturas del mes, debería de ir sin enaguas en estos meses tan calurosos, sí es eso seguro. —De nuevo volví a evitar mirarla mientras le mentía.

—Mandé llamar al doctor, él nos dirá si ciertamente se debe al calor, me tiene preocupada.

Si me negaba a que el galeno me visitase levantaría las sospechas que de momento debían ser un secreto, así es que acepté cuanto dijo y me marché a mi alcoba a esperarle con la ayuda de Marianne.

Sebastian no dijo nada mientras me encontraba en el suelo tirada, imaginé que no sentía el mínimo interés en lo que me ocurriese.

Para terminar un día de lo más extraño, el doctor acudió acompañado de Marianne, algo que al poco corregí y la mandé salir para tener privacidad con el facultativo.

Me tomó el pulso, escuchó el latido de mi corazón, miró mis ojos, mi boca, mis oídos, y a los pocos minutos me dio la enhorabuena.

—¿Por qué dice eso, doctor Gerber? ¿Como ha notado mi estado? ¿Acaso he cometido algún error intentando ocultarlo? —me puse de nuevo nerviosa.

—Mi enhorabuena fue por el despertar del joven Sebastian, he podido ver todo este tiempo todo lo que usted se preocupa por él.

—Oh, claro, claro —intenté que no volviese al tema anterior.

—Levante su vestido, veremos si todo parece estar bien con su embarazo.

—Shhhhhh... —Tapé la boca del doctor con mi mano.

—Puede estar tranquila, el secreto entre mis pacientes es un derecho que respeto siempre.

—Sebastian es ahora mi esposo, ya sabe, si conocía bien al barón Rupert sabrá de sus excentricidades. Y al morir fue su deseo, su sobrino y yo, una locura. Este hijo es de mi reciente esposo, pero me gustaría ser yo quien le de la noticia cuando se encuentre del todo recuperado.

—Ya le he dicho que puede confiar en mí. Y sí, Rupert era un hombre extraño, peculiar, también algo taciturno desde que su hermana abandonase al niño al conocer de su enfermedad. Referente a su unión más reciente, pues creo que era más acertada que con el barón de Kent.

Lo que había empezado siendo una estrategia para cubrir un secreto se había convertido en una conversación donde el doctor me descubría historias familiares.

La puerta de mi alcoba se cerró tras su salida, y más tarde se volvió a abrir para que el cuerpo debilitado de Sebastian apareciera por el quicio.

—Deberías de descansar —le dije al verlo.

—Casi un mes es mucho tiempo, yo creo que mi cuerpo está descansado de sobra.

—Podrías caerte si te fallan las piernas.

—Entonces haz un hueco a los pies de la cama para que pueda sentarme. —Apoyó primero sus manos y después giró su cuerpo para quedarse sentado mirándome de frente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es debido al calor —le dije.

—El doctor Gerber dijo algo de anemia.

—También, es un poco de todo.

Sebastian caminó su mano por la orilla de la colcha que tapaba mi cuerpo, sus dedos caminaban lentamente hasta que se toparon con mi mano. Miré su rostro y él me estaba mirando, sus ojos ardían, el frío del acero ahora era candente. Abrió su boca, imaginé que querría decirme algo, pero cuando se paró sus labios, su cuerpo se abalanzó sobre el mío.

El terror de que pudiese notar mi vientre hinchado me hizo ponerme rígida como una tabla.

—¿No me deseas? —preguntó.

—No deseo que me conviertas en otra de tus mujercuelas con las que desahogas tus deseos y después te permites echarlas de tu lecho.

—Si no recuerdo mal has sido tú siempre la que has hecho tal cosa, primero con la doncella aquella mañana, después cuando entraste en la biblioteca.

—No es necesario el detalle, todavía está fresco en mi memoria el recuerdo.

—Eliza —pronunció mi nombre y mi vientre se contrajo—, ¿qué esperas de mí?

—Nada. Eres tú el que me mantiene prisionera en esta cárcel.

—¿Cárcel? Nadie te ha traído hasta aquí obligada, es más puedes irte cuando plazcas, no eres necesaria aquí. En breve todo esto desaparecerá, cuando el abogado deje de sentir lástima por mí las puertas de Ashford Abbey se cerrarán como tío Rupert hubiese deseado. Él siempre tuvo razón sobre todo lo que decía de mí. No valgo para nada, solo soy un enfermo al que ni mi madre quiso. ¿En qué demonios pensaba cuando escribió tal barbarie? Seguro que soy incapaz de procrear.

Fui a decirle que no hablase así de uno mismo, que nada de aquello desaparecería ya, que no era lástima lo que yo sentí sino amor, y que esperaba un hijo suyo, pero antes de que pudiera decir nada de aquello él volvió a hablar y aquella palabra resonó en toda la mansión.

—¡Vete!



Capítulo 28

Norfolk

Junio del año 1816



—Él dijo que me ama, pero que tiene otros asuntos que atender además de este matrimonio —Jane se movía inquieta por toda la casa—. Eliza la fortuna de mi esposo no crece en los árboles, tiene que salir a hacer negocios.

Jane no aceptaría que nadie le dijese algo contrario a lo que ella pensaba, así es que enmudecí y tan solo daba cabezadas cada ciertas palabras que ella pronunciaba.

—¿Vas a parar ya, me mareas dando todas esas vueltas? —Siempre fue la más nerviosa de

las tres, y ahora con su vida sosegada no podía hacer otra cosa que venir a visitarme a casa de nuestros padres, que era donde me había instalado el mismo día que Sebastian me invitase a marcharme de Ashford Abbey.

—Deberías de cambiar el tono de las paredes, es demasiado blanco.

—Es blanco, Jane, y ahora no me apetece oler el pestilente aroma que emana la pintura.

—Vuelve a casa de tía Rose, mandaremos a algún sirviente a que pinte mientras tanto.

—Pero, ¿tú dónde estás alojada? No me dirás que has abandonado la casa de Londres del duque..

—Colin, mi doncella, me manda avisar cada vez que viene de regreso, nunca se da cuenta de que abandono mi hogar.

—No deberías de engañarle, el servicio podría decírselo.

—Tú preocúpate de tus problemas, que cuando nazca ese bebé van a crecer. ¿O piensas retenerlo ahí dentro para toda la vida? —Vino corriendo hasta donde me encontraba— ¿Se podría?

Jane era tan bruta como ignorante.

—Claro que no, necia, el bebé deberá salir en su tiempo, y cuando llegue el día ya veré que es lo que hago.

—Por cierto, tía Rose me mandó decirte ayer que tengas cuidado.

¿Ayer? Veamos, se te olvidó.

—Tranquiliza a la tía, todos los días vienes a verme, también los vecinos a traerme huevos frescos a diario, y ahora han ocupado la casita que dejaron disponible los Moore cuando se marcharon a la ciudad. Vi estos días pasados como van trayendo muebles, seguro que muy pronto me entero de quien es la familia.

—No, que debes de tener especial cuidado porque ya conoces que tía Rose se codea con nobles de todos lados, y le han dicho que Devon Stirlinton —hizo una mueca y una reverencia—, ya sabes, nuestro tío, aquel desgraciado que quiso ganar dinero a nuestra costa. Está en Londres.

—Después de la amenaza de... —Evitaba mencionar su nombre siempre que podía—, no creo que se atreva.

—La ignorancia es muy atrevida.

Se hacía mayor, Jane estaba dejando de ser una niña.



Capítulo 29

Norfolk

Junio del año 1816

Casa familiar de las hermanas Lawson



Jane llevaba dos días sin aparecer por casa, imaginé que su duque había regresado y estaría ocupada intentando llamar su atención como acostumbraba a hacer cuando era echa de menos.

Un fuerte viento del norte azotaba durante las noches de aquella semana, cuando se escondía el sol era bien incómodo permanecer en el porche exterior, incluso el columpio de madera era agitado con fuerza por el viento embravecido.

Elegí un nuevo libro de la estantería y me acurruqué en el sillón mullido que tía Rose había mandado traer para que me sintiera más cómoda durante el embarazo.

El crepitar de la madera de las ventanas al ser golpeadas por el viento me desconcentraban de la lectura, y cuando la puerta de la casa fue vapuleada con tanta fuerza, di un respingo en el sillón y como si fuera un resorte me puse en pie de forma inmediata.

Caminé con pasos lentos y silenciosos hasta llegar a la ventana del salón que daba al porche, desde donde se podía ver la puerta principal por fuera.

De no haberme movido de mi sillón hubiese sabido igualmente de quien se trataba, porque la paciencia no era algo que le caracterizase al tío Devon.

—Abre de una maldita vez, el viento araña mi rostro —dijo gritándome.

Conocía que estaba allí, y aunque me negase a abrirle la puerta, los dos sabíamos que podía ser derribada con un fuerte empujón, así es que no tenía más opciones que abrirle, y por el camino, rezar para que pronto se marchase.

—Ya va —traté de disimular.

Abrí con una mano y con la otra me pellizcaba las mejillas para aplicar rubor a mi rostro, no quería que me viera pálida, y el embarazo acrecentaba mi piel blanquecina. Las ropas que llevaba puestas eran placenteras para andar por casa, y el vientre lo disimulaba sin miedo.

—Tío, que alegría verte —le dije y dudé en si arrojarle a sus brazos, pero no lo hice porque hubiera levantado sospechas, sus muestras de cariño nunca fueron excesivas.

Debía de ser rápida pensando, y que no se me notase tensa al hacerlo.

—Me enteré de que habías vuelto a tus orígenes. Una baronesa viviendo en una casucha en el campo...

—Te fuiste sin despedirte, ¿negocios que atender?

Quise desviar la atención con preguntas sobre él, pero era astuto y no se dejaría amedrentar por una joven inexperta.

—Lo que vengo a hacer aquí sí son negocios, aquello fue estúpido por mi parte, no debí marcharme.

De nuevo debía ignorar sus palabras, pero había dicho que venía aquí a hacer negocios y tuve cierta curiosidad.

—Papá siempre dijo que eras un hombre de negocios incansable. —No estaba mintiendo, solo que sí omitía la segunda parte de aquello, porque no era un halago hacia él.

—Nunca me gustó perder el tiempo en los negocios, ni dar demasiadas vueltas para decir lo que deseo.

—Adelante.

—Necesito dinero, cien mil libras esterlinas.

—Vaya, eso es mucho, no sé si poseo tanto.

—¿Te burlas de mí? El barón te dejó todo, también podrías vender la propiedad.

—Todo debe seguir como siempre, no se pueden vender las propiedades, el barón fue riguroso en su testamento. Además comparto mi dote con su sobrino —Evité de nuevo pronunciar su nombre.

—No me estás entendiendo, o mañana a estas horas me proporcionas lo que te he pedido o tú tendrás que ayudarme a conseguir el dinero.

La conversación no estaba siendo agradable, además de que Devon había comenzado a sudar, y a moverse incómodo por el saloncito de la casa.

—Está bien, veré qué puedo hacer.

—¡No! Debes hacerlo, sino, mira lo que te ocurrirá.

Dijo aquello y mostró su brazo. La mano la tenía enfundada con trapos sucios, y cuando los retiró, dejó a la vista un muñón en el lugar que debería de ocupar su mano.

Grité fuerte al verlo.

—¿Quién te ha hecho eso?

—La misma gente que te cortará a ti a pedazos si no me traes el dinero mañana.

Terminó de hablar y se marchó dando un sonoro portazo dejando la puerta temblando.



Capítulo 30

Inglaterra

Junio del año 1816



Cuando tía Rose vino a visitarme a la mañana siguiente guardé silencio y no dije nada de lo que había ocurrido con Devon y su visita. La tía llevaba semanas aquejada de salud, y no quería preocuparla en exceso. Lo que sí que le pedí fue que me dejase en Ashford Abbey de camino a su hogar, después ya vería como regresaba a casa.

—¿Vas a volver? —dijo clavando su mirada en mi poco notable barriga.

—No, solo necesito recoger algunas cosas que dejé olvidadas.

—Y como lo harás con... —Ella sabía que no me gustaba mencionar su nombre, y también lo omitió.

—Solo estaré muy poco tiempo, con suerte pocos me percibirán.

Tía Rose no se quedó del todo convencida, pero aun así aceptó llevarme.

Ashford Abbey



Al abrirme la puerta de la mansión deposité mis guantes sobre la bandeja de oro que uno de los criados sostenía en sus manos.

—Qué alegría, baronesa, la hemos echado de menos. Llamaré al señor para que sepa de su llegada.

—Marianne sabes perfectamente que el señor me echó de aquí, lo último que deseo es cruzármelo. Solo vine a por algo que dejé olvidado.

Hice una corta reverencia para que me disculpase y caminé en dirección al despacho. Solo debía encontrar la chequera, escribir la cantidad solicitada por Devon y entregárselo cuando esta noche regresara a casa. Fin del problema, y si el barón era tan millonario como todos decían, mi acción no sería un problema para nadie.

—¿Cómo te atreves? —Me sobresaltó cuando registraba los cajones del escritorio.

Ahí estaba. Se mostraba ante mí, con los cabellos notablemente más largos, vestido de color azul, un chaleco color marrón oscuro, y una mirada penetrante que me hizo sentir desnuda.

Mantuvo su mirada un poco más de tiempo y entonces respondí.

—Este hogar es tan mío como tuyo, me marché después de que me lo pidieras —negué con la cabeza—, me lo ordenases. —corregí.

—¿Esto es lo que siempre has querido?

No lo entendí.

—¿Qué me trates como un perro? Oh, sí, siempre rogué a Dios casarme con un hombre y que me echara a patadas de mi hogar.

—Me refería a esto. —Aireó la chequera que sostenía en su mano.

—Necesito dinero.

Mi madre me había enseñado a que nunca se mendiga, que se aprende a vivir con lo que uno posee, y que si es necesario más para vivir es que tu vida no es todo lo humilde que puede serlo.

Me lanzó la chequera y se acercó después. No hubo más palabras, él solo se colocó detrás de mí para ver lo que hacía con aquel talonario.

Ignoré su cuerpo, había llegado hasta allí para coger ese cheque y así lo haría. Me senté de nuevo sobre la silla de piel verde, abrí el cajón donde minutos antes buscaba y saqué la pluma para escribir la cifra.

Me temblaba el pulso, sabía que estaría mirando lo que yo pusiera, pero no podía hacer otra cosa que lo que había venido a hacer.

—Nunca quise creerlo de verdad, busqué mil excusas para convencerme de que tú serías diferente, pero ya veo que no.

Sebastian dijo eso, y yo que todavía permanecía sentada frente al escritorio con la pluma en mi mano, cerré los ojos en los que se agolpaban cientos de lágrimas que no iba a permitir dejar salir, y respiré lentamente para tratar de calmar mis ganas de gritarle que le amaba, por que lo hacía con tanta fuerza que ese amor me debilitaba para continuar con mi vida. Pero callé, respiré pausadamente, después profundamente y abrí los ojos. Ya se había marchado.

Doblé el cheque en varias partes y lo guardé en el interior de mi pequeño bolso de mano.

Salí del despacho para despedirme de Marianne, como imaginaba esperaba en la puerta de la mansión por si marchaba sin decir nada.

—Tan bella como siempre —dijo al verme.

—Lo lamento mucho, siento si con mi presencia he podido desencadenar algún comportamiento difícil de dominar en él.

Sí, temía que Sebastian corriera a ahogar su rabia en vasos colmados de licor.

—No se preocupe por eso, el joven señor ya no bebe nada desde que despertó.

Me alegré de escuchar aquello, al menos mereció la pena hacer el esfuerzo para que recibiera sus medicinas, y oír que no probaba gota de alcohol me regocijó.

—Cuídese —dije antes de regresar al carro donde Trevor, el cochero de tía Rose me esperaba.

—No sé que ha ocurrido ahí dentro —movió la cabeza señalando la gran puerta verde del despacho—, pero el señor salió muy afectado.

¿Afectado era lo mismo que lleno de rabia porque me llevaba parte de su dinero?

—Ya nada importa, solo nos une un documento, pero por mi parte no tienen de que preocuparse ninguno, todo debe de permanecer como el barón deseaba.

Me encogí al momento en el que note la suave patada en el interior de mi barriga. Era su primer acto de rebeldía.

—¿Está usted bien? —preguntó Marianne.

—No es nada, solo un pinchazo —De nuevo le mentía a aquella mujer que lo único que había tratado de hacer era protegerme y ayudarme desde que me conoció.

Sin darme cuenta coloqué mi mano en la zona baja de mi vientre. No era muy grande, pero cualquier mujer al ver esa acción se hubiera dado cuenta de que estaba en estado de buena esperanza.

—¡Dios Santo! Por el amor de Dios, Dios mío...

—Calle, calle, no grite —le pedí tapando su boca y estirando de ella hasta sacarla al jardín delantero.

—¿Por qué no lo ha dicho? ¿Lo sabe el señor? Tengo que prepararlo todo para el nacimiento, dígame qué colores le gustan para su alcoba...

Endurecí el rostro, me dolía hacerle eso a Marianne, pero ni un atisbo de flaqueza dejaría que vieran en mí.

—Nadie debe de saber, ¿me ha escuchado? Nadie.

—Pero...

—¿Me ha escuchado? Nadie.

—Baronesa, ese niño merece conocer a su padre...

—No, y no se hable más. Regresé hace un mes a esta casa para darle la alegre noticia de que esperaba un hijo, y encontré a mi esposo en la biblioteca con dos... —Me resultaba difícil también decir aquello—. Más tarde cuando el doctor me comunicó que sin su medicamento no viviría —Tomé aire para aplacar mi angustia al recordarlo—, hice llamar al abogado familiar para que supiera que los deseos del barón —Coloqué mi mano en el vientre—, se habían cumplido. Es de esa manera que todo se mantiene como siempre, y que tu señor, como tú le llamas, puede recibir sus medicamentos.

Marianne se tapó la boca con ambas manos después de escucharme.

—Están destinados a amarse.

De nuevo volvía a insistir en aquello.

—Créame, por el bien de todos, deje que haga las cosas a mi manera.

La señora Marianne no asintió con la cabeza ni verbalizó el ansiado sí, eso me decía que corría el riesgo de hacer lo que le viniese en gana.

Puse un pie dentro del carro y solicité a Trevor que se diera prisa en llevarme de vuelta a Norfolk.

No podía borrar de mi memoria esa mirada de Sebastian, siempre había sido una seductora y ahora resultaba colérica. Qué estúpido era, ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado de nada? Debería de pensar que bajo ningún pretexto se le mantendría las riquezas de su tío si no se cumplía con lo establecido. ¡Demonios! ¿Por qué no podía amarme como yo a él?

Lloré, dejé que mis lágrimas empaparan mis ropas, dejé que resbalaran por donde desearan hacerlo, sentaba tan bien hacerlo qué pensaba decirle a tía Rose que estaba muy equivocada en intentar reprimirlas. Pero eso sería cuando la viera, y ahora tenía algo que resolver.

El carruaje se detuvo frente a la casona, le agradecí a Trevor el desplazamiento, él insistió en acompañarme hasta el interior, pero yo intuía que Devon ya habría llegado, y lo mejor para todos era que aquello terminase con la entrega del dinero y sin hacer demasiado estruendo.

Devon había demostrado con creces que era un ser interesado, nada bondadoso como mamá nos contaba, al parecer otra de sus virtudes también era la de mentiroso.

Entré a sabiendas que él ya esperaba en el interior, porque no había sido cuidadoso con sus zapatos y había llenado la madera del porche de barro.

—Buenas tardes, espero que lo hayas encontrado todo de tu agrado —anuncié al entrar.

—Poco cortés por tu parte no tener ningún licor para tu pobre tío.

—No bebo, lo siento.

Ignoró mi respuesta y continuó por donde él deseaba.

—Y cuando digo pobre, quiero decir muy pobre, pero seguro que eso es por el momento ¿verdad? —Me dio una sonora palmada en el trasero.

Aquello no lo esperaba.

—¿Qué pretendes? He traído tu dinero, y ahora vete de aquí.

—¡Qué modales, señorita! Una baronesa como tú no debe de hablar de esa manera.

—Ambos sabemos que nunca fui noble, que el título que ostento es heredado y ni tan si quiera lo merezco, estuve casada con el barón de Kent mucho menos de un mes.

—¿Sabes lo más valioso que podemos poseer? —dijo acercándose mucho a mí.

Negué con la cabeza, y me incliné un poco para atrás.

—Los títulos nobiliarios, esos son los que me podrían dar acceso a ese mundo, podría codearme con hombres influyentes, hacer negocios que me convertirían en alguien importante y rico. Amasar la fortuna que siempre merecí.

Estuve a poco de perder la compostura y carcajearme de él, pero verdaderamente deseaba que desapareciera de mi vista de una vez por todas.

—Yo no puedo hacer nada, mi título no me da opciones a cumplir tu sueño.

Golpeó la madera de la mesa con su puño, se levantó tirando la silla donde estaba sentado por el impulso, y vino hacia mí para sacudirme por los brazos y zarandearme.

—Debes hacer que se case conmigo.

No entendía lo que quería decir con aquellas palabras. ¿Que se case con él, quien?



Capítulo 31

Inglaterra

Junio del año 1816



Deposité los guantes en la bandeja de cobre que sujetaba el sirviente frente a mí.

Aquella acción me recordó que había dejado olvidados mis guantes nuevos en Ashford Abbey días atrás.

—Me alegra verte de nuevo por aquí, ¿tienes noticias de Jane? No he sabido nada desde la última vez que el duque regresó a Londres. Debe de estar muy ocupada para no venir a visitarnos.

—Tampoco yo, no creo que debamos preocuparnos, Jane es muy resuelta. ¿Y Emma, como está ella? —pregunté extrañada al no verla por allí.

—Hizo amistad en el último baile...

Arrugué la frente, me parecía tan insólito que Emma se codeara con personas de la nobleza, aristocracia, o simples plebeyos. Ella siempre fue algo más introvertida, quizá su enfermedad la obligó al principio.

—Necesito ayuda, tía Rose.

—Lo que haga falta.

Si supiera lo que hacía falta seguro que no habría dicho aquellas palabras a la ligera.

—Es un tema delicado, no quiero que piense que no he consultado con la almohada las posibles soluciones antes de venir a exponerle el problema.

—Debe de ser importante —dijo acercándose.

—No estoy segura, la verdad. Vengo a usted porque es una mujer experimentada, y yo no tengo arrojo suficiente.

—Eliza, me asustas.

—No tía, no se asuste que ya lo estoy yo por las dos.

—¿Debo de llamar a algún caballero?

Iba a decirle que no, pero en realidad no quise hacerlo, porque no conocía como se debía abordar el problema.

—Devon ha regresado —dije y abrí las manos pidiéndole paciencia para que me dejase explicar todo de la mejor manera.

—Temía que su nombre saliera a la luz.

—Me pidió dinero, se lo di —Vi como tía Rose negó con la cabeza—, después comenzó a delirar con querer asistir a reuniones de nobles para hacer buenos tratos y llenar sus arcas.

—Siempre fue así. Cuando mi padre, tu abuelo le retiró a tu madre la asignación por casarse con tu padre, el que vino a quejarse fue él. Siempre le importó demasiado el dinero. —Se cubrió la boca pensativa—. Si ya le has dado el dinero que te solicitó, ¿qué pretende ahora?

—Que te cases con él.

Tía Rose abrió mucho los ojos, tanto que jamás había visto a nadie hacer algo así.

—Nunca pensé que a mi avanzada edad se me solicitaría algo así. Todo un despropósito por su parte, pero viniendo de alguien como él, nada que me escandalice.

—No sé qué debo hacer. Además de todo esto que te he contado también hay algo oscuro. Le han cortado una mano.

Mi tía rio al escucharlo.

—No exagero, es cierto, le falta la mano derecha.

—No es propio eso de cortar manos por aquí, debe de estar envuelto en algo turbio. No me

asusta demasiado, a decir verdad nada me asusta, así es que le daremos lo que busca. ¿Desea contraer matrimonio con la viuda de un duque? Pues tendremos que hablarlo.

Aquella actitud tan calmada de tía Rose me tranquilizó tanto que me permití sonreír.

La puerta de la biblioteca, donde nos encontrábamos la tía y yo, se abrió de forma poco sutil. Me sorprendió que no le llamase la atención a Jane por mostrar aquellos modales impropios. Y cuando miré a tía Rose para reclamar una riña la vi con los ojos cerrados y sosteniendo su frente con la mano.

—¡Estoy más que cansada de su indiferencia! —gritaba y hacía aspavientos por toda la sala.

—Yo también me alegro de verte, Jane. —Me levanté de mi asiento para besar a mi hermana.

—Perdona, no me había dado cuenta de que estabas. —Me ignoró y acudió a mi tía—. ¡Que anulen el matrimonio! No soporto ni un segundo más permanecer al lado de ese hombre.

—¡Eso es inconcebible! No se puede andar anulando matrimonios como si fueran compras de última hora.

—No me quiere allí, se lo noto, me odia, odia mi presencia, mi perfume, mi voz, me odia desde la cabeza hasta los pies.

—¿Y tú? —Al ver a tía Rose callada me atreví a preguntar.

La mirada asesina que mi hermana me lanzó me hizo enderezarme y abandonar la conversación, y ya de paso la biblioteca.



Capítulo 32

Inglaterra

Julio del año 1816



Me miré una vez más en el espejo del vestíbulo, enderecé mi vestido por tercera vez, el vientre comenzaba a ser más que evidente, y debía de tomar una decisión cuanto antes. O me marchaba lejos de Inglaterra hasta que la criatura naciese, o me escondía detrás de los muros hasta buscar una excusa para después aparecer con un hijo.

Me acerqué hasta el despacho del difunto duque, el esposo de tía Rose, abrí la puerta sin pedir permiso, así era como la tía lo había pedido. Me quedé mirando el gran cuadro que colgaba

detrás de la tía.

Se le veía muy segura, yo en cambio estaba muerta de miedo. Frente a ella se sentaba Devon, aquel ser mezquino que nos estaba poniendo en aquella tesitura poco cómoda para ambas.

Cuando tía Rose me pidió ayer que le hiciera venir le pregunté qué estaba dispuesta a hacer, pero ella respondió con un escueto: mejor no te cuento nada, podrás verlo todo con tus propios ojos. Digamos que no me dejó nada tranquila sus palabras, pero desde que ella nos arropó bajo su manto, he de decir que nuestras vidas, la mía y la de mis hermanas, no han sufrido.

—¿Podemos empezar ya con los tratos? —dijo Devon al verme aparecer.

—Sí, podemos, pero en todo esto me surge la curiosidad. —Tía Rose se levantó y movió sin tener que hacer un gran esfuerzo aquel cuadro que mostraba la imagen de la sirvienta del duque difunto—. No sé qué es lo que gano yo en todo este asunto —. Continuaba a lo suyo mientras hablaba con Devon.

Dejó a la vista una caja fuerte de la que sacó bastante dinero y lo depositó en la mesa.

—No vengo a por más dinero —dijo Devon retirándose de la mesa y acomodándose en su silla.

—En el caso de que yo accediera a casarme contigo, dime, ¿qué beneficio saco yo de eso? —La tía insistía.

—Protección.

—Eso es absurdo. —Rio ella divertida.

La sonrisa de Devon se fue diluyendo en su rostro y fue sustituida por una mirada desafiante.

Las cosas no estaban saliendo como esperaba, seguro que la tía creía que entregándole todo aquel dinero aplacaría la sed de Devon, pero lo que de verdad deseaba aquel hombre era codearse con hombres de otro estatus social.

Unos golpecitos sobre la madera de la puerta suavizó el gesto de él, era uno de los criados empujando un carro con bebida.

Los negocios se formalizan con un buen trago de licor, eso sí que lo había aprendido desde mi llegada a la casa.

—Entiendo que lo que usted desea es asistir a los clubes, rodearse de nobles adinerados, pero, ¿cómo cree usted que confiarán en un recién llegado?

—Eso es asunto mío, lo que puedo ofrecerles seguro que nadie más lo ha hecho antes.

Una sonrisa amarga se dibujó en esta ocasión en el rostro de tía Rose.

—Está bien, yo me desposaré con usted, a cambio solicito solo una cosa.

—No sé si está en situación de pedir demasiado.

—Es algo sencillo. Además de ventajoso para ti.

Fruncí mi frente, ladeé la cabeza, y me adelanté un paso para acercarme a la tía.

—Espero impaciente escuchar esa condición.

—El título del duque se extingue, como ya sabe no tuvimos hijos, y mi esposo no disfrutaba de hermanos, he pensado que con la estrecha relación que albergo con la casa real, no tengo dudas de que podría ofrecerle un título a usted. Casarse con la viuda de un duque podría ser considerado digno de un título igual, aunque no creo que sea necesario para usted mayor jerarquía que la de marqués que esa. —La tía levantó una ceja e hizo un ademán señalando a Devon—. ¿Cree que el título nobiliario sería suficiente para conseguir alejarle de aquí?

—Debería de pensar en ello. —De su boca salió aquello, pero su cuerpo ya bailaba de alegría—. Ya sustituyó el apellido familiar de mis sobrinas cuando se encargó de ellas.

—Era lo justo. Creo que se pagó bien aquel trato. Es usted un buen hombre de negocios, pero yo también.

Podría haberme mostrado escandalizada al escuchar decir eso a tía Rose, pero yo conocía que la repentina decisión de tío Devon al llegar ella a nuestra casa debió de ser ventajosa para alguien, y a medida que pasaban los días estaba claro que esa persona fue él.

Devon me miró, imaginé que quería inventar alguna excusa para hacer lo que hizo, pero no le dejé hablar.

—No es necesario que digas nada, han quedado expuestos cuáles son tus intereses desde el principio. Puedes horrar las mentiras.

—Veo que vuestra tía ha hecho un buen trabajo contigo, me alegra ver esa frialdad en tu mirada, aún queda algo de Stirlinton en ti.

Controlé mi rabia, miré a la tía y ella me animó a marcharme para no tener que lamentar más tarde nada.

Al cerrar la puerta tras de mí noté un ambiente diferente al que minutos antes había dejado. Quizá era yo, quizá la conversación en el despacho me había alterado la percepción, quizá aquella alimaña que aún ocupaba la estancia había enrarecido todo a su paso.

Caminé hasta la biblioteca a esperar a que terminasen y la tía se reuniera conmigo, y lo que encontré allí no fue otra cosa sino que al hombre que había perturbado mi vida, mi juicio...

No esperaba que Sebastian estuviera allí, así es que mi brusquedad al abrir las puertas le alertaron de mi llegada, poco pude hacer para desaparecer sin ser percibida. Aun así traté de marcharme lo más rápido que pude en cuanto mis ojos lo descubrieron.

—Eliza —pronunció mi nombre y me desarmó de nuevo—, no te marches, vengo a pedir perdón.

—No es necesario, nada es necesario. —No conocía el motivo por el que estaba allí, ¿qué era de lo que se arrepentía? Lo único que importaba era que no descubriese mi estado, que continuase creyendo que disfrutaba del favor del abogado y por eso todo permanecía de igual manera.

—Marianne me ha contado todo. —¿Cómo podía haber hecho eso?

Mi cuerpo se estremeció, mi estómago se encogió, los latidos descompasados golpeaban con fuerza mi pecho, y mi respiración se volvió agitada. Tanto fue así que Sebastian se acercó hasta

mí intentando averiguar si me ocurría algo.

Di dos pasos hacia atrás, no podía permitirme tenerlo tan cerca, y sin darme cuenta quedé atrapada. A mis espaldas la librería se levantaba robusta deteniendo mi única salida.

—Ni un paso más, no te acerques —dije colocando una mano entre nosotros.

—Deja que te agradezca lo que has hecho por mí, de no ser por ti quizá ahora mismo haría compañía a mi tío en el panteón familiar. —Se acercó un poco a mí.

Lo que más deseaba en ese momento era arrojarme a sus brazos, sentir de nuevo sus besos, el calor de su boca, sentir su piel, el olor que emanaba él. Tenía la mandíbula apretada, se notaban los músculos de su rostro, aquel rostro que me hacía perder la razón desde el mismo momento en el que lo vi.

—Era mi obligación, ya sabes, soy tu esposa.

Vi como tragaba saliva, y aparté la mirada, no podía resistirme a aquellos ojos.

—Siempre has sido buena...

—Eso tú no lo sabes, me conoces desde hace tan solo meses.

—No, no es cierto...

La puerta se volvió a abrir, en esta ocasión la tía Rose fue quien apareció por el quicio de la puerta. Su rostro no anunciaba buenas noticias como yo esperaba.

—Eliza, tenemos que hablar. —Miró a Sebastian y le sonrió levemente—. Espero y deseo que te hayas recuperado por completo, siempre es un halago tu visita a esta casa.

—Duquesa —Hizo una corta reverencia al verla—, esta biblioteca no ha cambiado nada durante todos estos años.

No lograba entender nada, ¿años?

—A mi difunto esposo le encantaba la lectura, nunca entendí ese afán por acumular tantos y tantos libros, en fin, imagino que cuando uno ya no sabe en que gastar su dinero, comienza a acumular cosas.

Mi tía podía ser muy torpe y bruta en según qué momentos.

—El duque siempre me pareció un hombre muy educado y culto, recuerdo que siempre hablaba de flores. —Después de pronunciar la última palabra me miró—. Un día me dijo que hasta las flores más hermosas pueden hacerte daño, pero que no sería propio despojarla de sus espinas, pues perderían su esencia, que uno debe de acostumbrarse al dolor, y solo de esa forma comprenderá lo que también es el amor —dijo Sebastian.

—Propio de él, siempre lo comparaba todo con las flores.

—Nunca comprendí el significado, hasta hoy.

Un escalofrío intenso recorrió mi cuerpo, terminó en mi rostro, y tuve que colocarme las manos sobre las mejillas para detener el frío generado.

—Sebastian, lamento dejarte solo, apenas serán unos minutos, pero preciso hablar con mi sobrina en privado.

—No se preocupe, esperaré afuera.

—No —gritó tía Rose—, aguarda aquí mejor, nosotras saldremos.

Aquella reacción me adelantó que Devon todavía permanecía en la mansión.

Nada más salir de la biblioteca esperaba el cuerpo inquieto de Devon tras las puertas. Si alguien hubiese observado la escena podría haber pensado que algo andaba mal, pero nada más lejos de la realidad, pues todo acababa siendo ventajoso para él. La tía haría que le otorgasen un título nobiliario, recibiría la mitad de todo el dinero, y además durante dos años podría disfrutar del usufruto de la mansión, tiempo suficiente para hacer sus negocios en Londres, después debería de marcharse lejos de Inglaterra. Ese era el trato.

Pero aquello ya estaba hablado, ahora solo quedaba la peor de las partes, Devon Stirlinton cumpliría su parte solo y cuando, pudiera poseer la casa familiar de Norfolk.

—¿Ya se lo has dicho? —dijo el sinvergüenza de Devon mirando a tía Rose.

—Te pido que lo pienses, no tiene sentido hacerte con una propiedad que más tarde no podrás ocupar. Recuerda que el trato es desaparecer en el tiempo.

—O es mía o no acepto, y no puedes hacerte una ligera idea de lo desalmados que son los que me hicieron esto —Miró a la tía e inmediatamente a mí—, estoy seguro de que puedo contenerlos un poco, disfrutaran contigo.

—Me das asco, no tienes suficiente con todo que pretendes despojarnos del único recuerdo que nos queda de nuestros padres...

—Compré esa casa para ellas, para que cuando sintieran que sus vidas habían cambiado tanto que no se reconocían, fueran allí y recordasen sus orígenes. —Tía Rose dejó escapar una lágrima que rápidamente limpió—. Nunca me gustó la manera en la que vivían, pero estas tres niñas lo son todo para mí, ellas me han enseñado a ser mejor persona, a ver al resto antes que a mí misma. Me han devuelto el amor a mi corazón.

—Me has enternecido el alma con tus sinceras palabras Rose. —Devon caminó un paso hasta quedarse frente a mí—. O me quedo con la casa, o te vienes conmigo.

Era un ser mezquino, funesto, un desgraciado que se aprovechaba de las debilidades de las personas para sacar tajada.

—No conozco cada detalle del acuerdo con mi tía, pero sé que es más de lo que nadie le daría a cambio de dejarnos tranquilas para siempre.

Él chasqueó la lengua, y caminó en forma de círculos durante unos segundos.

—Estoy decidido a dejar a tus hermanas la casucha esa de campo a la que tanto a mor tienes.

—¿A cambio?

—Como ya he dicho y repito, estoy decidido a dejar a tus hermanas —repitió, y ahora puso más peso al pronunciar: a tus hermanas.

Miré rápidamente a la tía, la que en ese momento lo observaba sin pestañear.

—¿Cuál es el trato? —pregunté.

—Te vienes conmigo.

Se acercó a mí y me agarró del brazo con fuerza, yo traté de separarme de él haciendo movimientos bruscos, y la tía comenzó a darle golpes con su mano sobre el pecho para que me soltase.

Ninguna de las dos recordaba ya que Sebastian tan solo estaba a unos metros de nosotras, y con el revuelo formado que seguro escuchó, abrió las puertas de la biblioteca y nos encontró a los tres peleando, cada uno por intentar conseguir su deseo. El mío y el de la tía que me soltase de una vez, y el suyo llevarme con él a Dios sabe dónde.



Capítulo 33

Inglaterra

Julio del año 1816



—¿Usted? —dijo Sebastian al ver a Devon—. ¿No le quedó claro en el pasado que jamás volveríamos a vernos?

Devon al reconocerle me soltó de inmediato y al mirarle pude ver como sintió algo de miedo, pero enseguida se repuso y se cargó de fuerza.

—Vaya vaya, no esperaba encontrarme con usted, lord Ashford. Solo vine a resolver un asuntillo tremendamente necesario. —Sonreía—. Pero vaya acostumbrando a verme, porque

tiene ante usted al nuevo marqués de Norfolk, ¿verdad sobrina?

No entendía como una persona podía ser de aquella manera, no poseía título alguno y ya estaba alardeando de hacerlo. Carecía de elegancia, jamás podría codearse con esas personas de las que ansiaba hacerlo.

—Creo que deberías marcharte, tío —Intenté que aquello terminase de la mejor forma para todos, y esa era que ambos se alejasen de mí.

—Responde a la pregunta que te he hecho, no me dejes en ridículo frente a este caballero.

Me sujetó fuerte por el brazo y estiró de forma brusca de mí para colocarme a su lado.

La tía mantuvo la calma, pero Sebastian no lo hizo.

—Deje a mi esposa, no volveré a repetírselo.

Miré a Sebastian sorprendida de lo que sus labios habían pronunciado, después Devon tiró fuerte de mi brazo de nuevo para dejarme frente a él.

—¿Es cierto, su esposa? —Comenzó a reír como si hubiese perdido la cabeza.

—Fue parte del testamento del barón de Kent, mi esposo así lo exigió.

—Retira tu mano de su brazo —Volvió a dirigirse Sebastian a Devon.

—¿O sino? —Devon le retó.

—Juro por Dios que acabaré contigo.

Devon parecía enajenado, porque en lugar de soltarme se carcajeaba.

Sebastian se atrevió a dar dos pasos y fue entonces cuando el que debía de protegerme, el que debía de preocuparse por que a su familia no le ocurriese nada malo, el hermano de mi padre, él, sacó una daga que escondía bajo las solapas de su chaqueta. Fue rápido, con el brazo que carecía de mano me atrapó, y con su mano hizo aquel movimiento clavando ligeramente el filo de aquel arma sobre la piel de mi cuello.

Grité, al notar el frío en mi piel, grité, supliqué por mi vida, lo que más deseaba en aquel momento era poder ver el rostro de mi pequeño al nacer.

—Se está equivocando, Devon, déjela a ella, esto seguro que podemos resolverlo entre nosotros. —El rostro de Sebastian comenzó a brillar, el sudor se acumulaba sobre su piel.

Tía Rose temblaba, y en su rostro solo podía encontrar miedo.

—La soltaré cuando ella prometa lo que hemos acordado, y sin olvidarme de mi última petición, la casa familiar también será mía, ¿recuerdas sobrina?

Zarandé mi cuerpo y temí que mi notable vientre quedara expuesto en aquella postura.

—No tiene de qué preocuparse, todo se hará efectivo esta misma tarde si así lo desea.

—Sí, podrá también poseer la casa de campo.

Lloré al escuchar salir las palabras que yo misma acababa de pronunciar.

—Suéltala, desalmado, ya has escuchado lo que deseabas —tía Rose le gritó.

Devon me dio la vuelta y en esta ocasión me apresó por la espalda juntando mucho su cuerpo al mío, mi vientre quedaba junto a su cuerpo, y eso le extrañó tanto que miró para abajo.

—Vaya, eres como tu madre, libertina y poco astuta como ella.

—Como vuelvas a hablar de ella seré yo la que termine con tu vida.

No pude morder mi lengua, si moría aquel día lo haría defendiendo a mi familia, no como él, aprovechándose de ella.

—Por Dios, suéltala —volvió a pedirle la tía.

—¿Sabes que tu querida esposa —Miró a Sebastian—, está embarazada? Las mujeres son todas infieles, mira lo poco que ha tardado en meterse en la cama de alguien.

No podía ver la expresión que Sebastian puso al escuchar lo que le decía.



Capítulo 34

Inglaterra

Julio del año 1816



No hizo falta ver nada, pues antes de que Devon pudiera mover un pelo de su cuerpo pude ver como el puño de Sebastian impactaba en el mentón de él.

—¡Eliza! —dijo tía Rose abrazándome tan fuerte como le era posible.

Mientras tanto el cuerpo de Devon era vapuleado en el suelo por Sebastian, quien dando un fuerte grito nos ordenó que saliéramos de allí.

Corrimos hasta llegar a la puerta de la mansión, donde Trevor aguardaba inquieto, y le pedimos que se acercase para separar al señor de aquel malnacido.

Poco tardó en llegar Sebastian caminando a paso lento por el *hall* de la mansión.

Yo sentí miedo al verle. Miedo de su ignorancia después de haber escuchado a Devon decir aquello sobre mi estado. Miedo de que me preguntase cual había sido el motivo para esconderle que su esposa estaba embarazada. ¡Miedo! Un terrible sentimiento que no podía esconder de ninguna de las maneras que conocía.

La tía se abalanzó sobre él, no dejaba de repetir que gracias a él yo estaba viva, que jamás olvidaría lo que había hecho por su familia, y lo último que pronunció fue lo que hizo que mi piel se erizase.

—No sabes cuanto me alegro de haber podido descubrir en lo que se ha convertido aquel niño enfermizo que pasaba semanas enteras en el St. Tomás Hospital. La primera vez que te descubrí acariciando la pequeña cabecita de mi sobrina Emma sentí un cariño al instante.

Él, era él, ese niño paliducho y flaco, ese niño que cada día acudía a la sala de los bebés, a la misma sala donde permaneció Emma más de una semana. Aquel niño que me hizo prometerle que cuidaría de mi hermana y al que yo le pregunté que quien cuidaría de él.

Rompí a llorar cuando descubrí que Sebastian era él.

El miedo quedó atrás, ahora ya nada importaba demasiado. Había conseguido aplacar la furia de mi tío Devon, quizá ya nunca se atrevería a acercarse a nosotras, y todos nos encontrábamos a salvo.

Sebastian devolvió el abrazo a tía Rose, y yo me alejé junto a Leandra, la que al parecer no se había percatado de nada de lo que estaba ocurriendo.

Unos pasos rápidos se escuchaban a mis espaldas, y de pronto una mano se apoyó sobre mi hombro.

—¿Es cierto? —Era Sebastian.

—Podría hacer la misma pregunta. Jamás imaginé que fueras aquel niño de ojos claros, piel amarillenta y flacucho del hospital. El barón hizo grandes cosas —le dije.

—Creo que mi tío hizo por mí más de lo que nadie podría haber hecho jamás, incluso tú. —Me sostuvo la mano—. Me obligó a casarme con la mujer más maravillosa que puede existir.

Aquello hizo que en el interior de mi estómago bailasen millones de mariposas. Sus alas hacían cosquillas por cada espacio que rozaban, y una enorme sonrisa me obligaron a dibujar en mis labios.

—El barón unió a dos personas que estaban destinadas a amarse. —Como Marianne se empeñaba en decir.

—¿Estás esperando un hijo? ¿Ese es el motivo por el que todo continúa de la misma forma? —Sus ojos brillaban.

—No es necesario que nada cambie si no lo deseas, pero de desearlo, te pediría dos cosas.

Sebastian colocó su mano de forma muy lenta sobre mi vientre, y al hacer contacto con él

sonrió.

—Pide, lo que quieras.

—Lo primero es que todo el mundo deberá saber que eres mi esposo, no puedo esconder esto por más tiempo, y lo segundo es que deseo estar junto a ti cada segundo del resto de mi vida.

Epílogo



Pocos meses después.

Ver como sostenía a nuestro hijo entre sus brazos era lo que mayor regocijo me hacía sentir. Sus muecas al bebé, sus caricias por su cabecita, todos aquellos besos sobre su cuerpo. Y cuando cruzábamos la mirada, a ambos se nos encendía una llama difícil de apagar en nuestros cuerpos.

Escuchar las discusiones de Jane con ella misma frente al espejo no nos hacía otra cosa que romper a reír a la vez. ¿Cuándo entendería que su esposo solo se había casado con ella para que el linaje del duque continuase?

—Jane, detén toda esa verborrea, los criados te están escuchando, ya basta —Me acerqué para corregirla.

—No importa, tengo que ensayar frente al espejo para estar preparada la próxima ocasión en la que se digne a regresar.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace —hizo una pausa—, entonces seré yo quien vaya a buscarle.

Tía Rose pasaba largas temporadas en Ashford Abbey junto a nosotras, Jane estaba en casa siempre que el duque se marchaba, y Emma, ella era diferente a todas, mantenía su vida tan en secreto que de no ser porque el suyo también sería un matrimonio acordado, jamás nos enteraríamos por ella.

Gracias, gracias por leer esta novela. Si has llegado hasta aquí y te ha gustado, puedes ayudarme dejando una reseña en Amazon.

Muy pronto os mostraré la portada del siguiente título de esta serie.

Obligada a casarse con el duque

Jane me está resultando muy fácil de escribir, porque quizá ella es una mujer muy impulsiva y me recuerda mucho a alguien muy cercana... No obstante me exijo mucho, y deseo que llegue hasta vuestras manos lo más perfecta posible. Cada día sois más las que confiáis en mi trabajo y me siento tremendamente agradecida e ilusionada. No puedo defraudaros.

Gracias.

ABOUT THE AUTHOR

Zoe Scotland

Puedes encontrar más información sobre mí en mis redes sociales, y si deseas estar al tanto de mis novedades ségueme en instagram.

Besos, Zoe.

`zoe_scotland_autora`

BOOKS BY THIS AUTHOR

[Cenizas En Las Highlands](#)

Arya McWallace es tan solo una joven muchacha que deberá enfrentarse a un viaje, el que la llevará a las sucias manos del mismo demonio, Duncan McDougal, un highlander del clan enemigo.

Puede que esta historia creas conocerla, pero no como deberías, pues esta joven que luchará contra guerreros, sufrirá a manos de un ser despiadado, y encontrará a su príncipe, deberá ayudar también a un hombre que viaja en el tiempo para sanar un corazón despedazado.

Amor y pasión, lucha y engaños, viajes en el tiempo, son algo de lo que vas a encontrar en este maravilloso inicio de saga.

[Deseando A La Bruja De Las Highlands](#)

Peyton Smith es una fanática de Outlander, esa mujer que viaja en el tiempo a través del círculo rocoso de Craigh Da Nun en Escocia.

Hace un año que su hermano Harden desapareció en aquel mismo lugar imitando a la perfección una escena de la famosa serie televisiva, y como nadie la cree cuando lo cuenta, decide ser ella misma la que vaya a buscarlo.

«—¡Eres una Campbell! —gritó Niall—. Has venido a tenderme una trampa, te envía ella, deseas seducirme para culparme después de algo de lo que ella misma no es capaz de darme. Peyton se volvió al escuchar aquella insinuación y caminó hasta él con la intención clara de abofetear su rostro.

Levantó su mano y con gesto de rabia fue a propinarle el golpe, pero Niall fue más rápido y más fuerte, y le detuvo la mano justo cuando esta iba a impactar en su mejilla.

—Ni se te ocurra volver a insinuar que soy una fulana. Yo no intento seducir a nadie, quizá tú tengas las hormonas alteradas como un adolescente en plena pubertad.

Niall la miraba confuso, pues la mayoría de las palabras no las entendía, pero tenerla tan cerca lo estaba desarmando de nuevo».

¿Conseguirá ese McKenzie dejar que Peyton cumpla su cometido?

¿Encontrará ella a su hermano y regresarán juntos a Los Ángeles?

Descubre todo lo que esta mujer tan moderna puede enseñarle a un highlander gruñón.